

Luis Antonio de Villena

Mareas del mar

XXX años del Premio Loewe

–Antología–



 LOEWE
FUNDACIÓN

Colección Visor de Poesía

MAREAS DEL MAR

LUIS ANTONIO DE VILLENA

MAREAS DEL MAR

XXX años del Premio Loewe
–Antología–

VISOR LIBROS

VOLUMEN MXXIX DE LA COLECCIÓN VISOR DE POESÍA

Cubierta: *La gran ola de Kanagawa*
Ilustración de cubierta: Katsushika Hokusai

© Prólogo: Luis Antonio de Villena

© De los textos sus autores

© Fundación Loewe

© VISOR LIBROS

Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-329-9

Depósito Legal: M-7107-2018

Impreso en España - *Printed in Spain*

Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (<http://www.conlicencia.com>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

XXX AÑOS DEL PREMIO LOEWE MODERNIDAD, TRADICIÓN Y AVANCE

Que un premio de poesía (en cualquier lengua) haya llegado ya, y con voluntad clara de continuar, a las XXX ediciones cumplidas, es sin duda un hito. Más si el premio ha mantenido, en general, gracias a un jurado plural, pluralista y riguroso, un alto nivel de calidad, en líneas generales. La historia del Premio, cómo la generosidad y la mucha sensibilidad de Enrique Loewe, lo puso inicialmente en mis manos prácticamente del todo —contando con su apoyo y con muchos intercambios de opinión— hasta que, poco a poco pero decididamente, lo hemos ido realizando entre todos, con cambios en los jurados y en los menos conocidos pero notables preseleccionadores de los muchos libros que el premio recibe cada convocatoria desde España toda, Europa o los Estados Unidos y naturalmente mucho más de la enorme América que habla en español (es un premio de siempre “internacional”), está contado en parte del prólogo de las dos antologías que ya existen, de mi mano, *La Poesía plural* (1998) y *Los senderos y el bosque* (2008), ambas editadas, como todos los libros premiados, en la Colección Visor de Poesía y celebrando cada década del premio. No lo repetiré, por tanto. Apenas apuntar dos detalles que siguen siendo fundamentales: El primer premio *Galería de fantasmas*, de Juan Luis Panero —fallecido en 2013—, era el libro notable de un poeta amigo de varios de los miembros de aquel primer jurado, desde mí mismo hasta Francisco Brines o Carlos Bousoño. Es cierto que su autor nada nos había dicho sobre

que su libro concurría al premio, pero dudábamos si ello era mejor o peor. Porque Juan Luis tenía “voz”, manera propia, y era seguro —como así fue— que reconoceríamos sus versos. A la vez, la habitual voz maldiciente del mundillo literario, que es fea, pero que alguna vez —alguna— tiene razón, empezó a hacer circular la noticia de que el naciente Premio Loewe (como luego se ha dicho de tantos) estaba de antemano dado. Huyendo de eso, que naturalmente no nos gustaba, Bousoño, Brines y yo —haciéndoselo saber a los otros jurados— llegamos a la conclusión de que si había un libro que nos pareciera mejor que el de Panero (por leve que fuera ese “mejor”) se lo daríamos al otro y no a Juan Luis. Había un buen libro raro, con una excelente primera parte y una segunda, algo distinta, y menos buena. No nos cabía duda, el libro mejor era *Galería de fantasmas*, pero no eludimos el bulo al fallar el premio, sino que lo comentamos a la prensa desde el primer instante, para hacer valer la calidad y la verdad, que el chisme no cundiera. Que no nos habíamos equivocado quedó claro al saber que ese libro dual (que resultó finalista) pertenecía al buen poeta canario Luis Feria, también desaparecido ya. Pero cuando Feria —que habló con Brines— publicó su libro, no hizo uno, sino dos libros distintos. De esta anécdota/categoría sale la idea perseverante del Premio Loewe (que debiera ser general) de que el premio jamás esté predeterminado o concedido de antemano, por notable que el poeta fuese, aunque si de veras es notable, sin duda en algún momento lo tendrá. A mí —como seguro que a otros miembros del jurado— nos han dicho y auto recomendado personas que se presentaban. Se lo hemos agradecido sin más. También más de una vez, cerca del día del premio, nos han preguntado: ¿Quién ganará el Loewe este año? La respuesta siempre es: No lo sé. Ni idea. El jurado es distinto, plural en sus opciones y gustos y siempre se ha pro-

pendido —y obviamente se propende— a esa muy repetida por mí, básica pluralidad. Los mismos cambios de parte del jurado (digamos, los no “socios fundadores”) han obedecido frecuentemente a este mismo afán plural.

Desde la presencia de Octavio Paz en el jurado —antes y después de ser Premio Nobel— ha quedado otro recuerdo, que personas profesoras como Víctor García de la Concha, se encargan cada año de recordar: El jurado delibera y argumenta. Llegados a las últimas votaciones, no vale decir el libro A me gusta más que el libro B. Debe ser explicado y razonado por cada jurado, y a veces se discute y se discrepa, aunque eso naturalmente (que ocurre en todos los ámbitos de la vida) no se sepa o no trascienda. No hace falta. La propia presencia de Paz —y luego de muchos otros y otras— venía también a ser recuerdo de que el premio quiere abrirse más cada vez a los países de lengua española. Si nosotros somos “grosso modo”, 50 millones de hablantes, en América hay 450 millones. Eso ha de notarse y es algo que nunca olvidamos —aunque a veces parecía difícil de realizar— en el rico período de Enrique y que continúa y se incrementa en los aún no muchos años que lleva su hija Sheila Loewe, cuya mano ya se nota. El primer año que ganaron dos latinoamericanos el premio, tanto en su modalidad plena, como en la joven (otra idea constante, resaltar si vale, ayudar a la poesía más joven), fue en 1990, cuando el argentino Bernardo Schiavetta ganó con *Fórmulas para Cratilo* y el premio joven fue para el mexicano Aurelio Asiain con *República de viento*. Sin embargo, en un tiempo —quizás a veces por falta de buena difusión— los premios recaían mayoritariamente en españoles. Pero el número de voces americanas ha crecido (y mucho) en estos últimos diez años. En 2007 el premio joven —acaso el más joven que se ha dado— fue para el nicaragüense Carlos Fonseca, nacido en 1988, y que declaraba

haber escrito los poemas de su libro, “entre mis 15 y 18 años”. Ya en 2014, gana el notable poeta chileno Oscar Hahn con *Los espejos comunicantes*, y el premio joven corresponde a la colombiana María Gómez Lara por *Contratono*. Consolidando la tendencia en 2015, gana el cubano Víctor Rodríguez Núñez con *despegue* y el premio joven corresponde a la ecuatoriana Carla Badillo Coronado por el libro *El color de la granada*. Diré como curiosidad y al hilo de lo antes aludido, que ese año, al abrir las plicas de los ganadores, ambos nos eran del todo desconocidos al jurado, sólo el editor Jesús García Sánchez, sabía de Víctor Rodríguez por haber editado ya antes un libro suyo. En 2016 el premio joven es para un cubano de nuevo, Sergio García Zamora por *El frío de vivir* y en 2017 de nuevo el premio joven recae en otra latinoamericana, esta vez la argentina Luciana Reif. Creo que no es difícil ver cómo el camino latinoamericano ha crecido ampliamente en estos últimos años, y la idea motriz (dependerá de la calidad para que se cumpla) es que aún puede o debe crecer más... Por aquello de los millones de hablantes, siquiera. Que el premio se ha vuelto esencial —por su prestigio— para muchos poetas es evidente, desde el número de libros que concurren, como atendiendo a cuanto se escribe o comenta del galardón. Pero el premio (si puedo decirlo así) también ha seguido a los poetas y así son ya tres los que, con el normal lapso de años, han ganado primero el premio a la creación joven y más tarde el absoluto: Vicente Gallego (1990 y 2001), Vicente Valero (1992 y 2007) y Joaquín Pérez Azaústre (2005 y 2010).

El tema de la presencia femenina en el premio se ha visto como importante y ya empezó a ser así con Enrique Loewe, y trajimos mujeres al jurado: María Victoria Atencia, Ida Vitale, Clara Janés y Ana Rossetti, por citar alguna. Ahora hay ya miembros fijos en el jurado como Soledad Puértolas

o muy últimamente la colombiana Piedad Bonnett, y procurando que haya al menos dos representantes femeninas. El problema de la presencia de mujeres en muchos ámbitos (no sólo en el terreno de la cultura) es importante porque viene a solucionar —aunque a mi entender no puede hacerse por arte de magia ni saboteando la gramática— un problema viejísimo de preterición y marginación de la mujer. Claro que es algo —“mutatis mutandis”— que ha afectado de modo distinto pero no menor a homosexuales y evidentemente a lesbianas. Yo no creo en la solución de las cuotas por decreto, creo en el hacer valer la cultura y sensibilidad de muchas mujeres en el caso que nos afecta. Lejos, voluntariamente, de la “guerra de sexos” que algunas feministas muy radicales están provocando últimamente. No es ese nuestro camino. Pero es cierto que en la primera etapa del Loewe faltaron mujeres. La primera mujer que aparece ganando un premio joven fue (en 1995) la gaditana Josefa Parra con *Elogio a la mala yerba*. En 1998 irá otro premio joven a la argentina Silvina López Medín por su *La noche de los bueyes*. Pero el Premio Loewe máximo no es ganado por una mujer —la hispanouruguaya Cristina Peri Rossi, que antes sí había sido jurado— sino en 2008 con el libro *Playstation*. Como he dicho el tema nos preocupaba a Enrique y a mí, pero se ha hecho mucho más caudal con Sheila, que ha buscado claramente aumentar el número de mujeres. El hecho está en buena manera conseguido, como lo atestiguan en los años últimos desde Elena Medel a Luciana Reif. Obviamente no es una imposición —no creo que se hubiese aceptado— sino un modo más directo de encarar o paliar un problema que llama la atención y que hay que cuidar, lógicamente, aunque sin pensar en fórmulas milagreras. Trato de decir que el período que está inaugurando Sheila Loewe, con clara voz propia, pero siguiendo más abiertamente sendas que iniciamos

su padre y yo, parece tener dos vectores claros que el lector notará en esta antología-homenaje a los primeros treinta años de este premio: El elemento o factor latinoamericano tiene que crecer porque en esa “nuestra América” que dijera Rubén Darío, nos espera un orbe vastísimo en todos los terrenos, pero especialmente fecundo en la poesía, y ya señero desde los días modernistas de finales del siglo XIX. ¿Cómo olvidar a Martí, a Gutiérrez Nájera, a José Asunción Silva? ¿O ya más cerca a Neruda, a Lezama, a Borges por ejemplo, o Gonzalo Rojas, que fue jurado varios años de nuestro premio? Y si hablamos de mujeres, incluso antes, Gabriela Mistral —que fue premio Nobel— Delmira Agustini, Rosario Castellanos, Fina García Marruz o Idea Vilariño y a mero ejemplo, de nuevo... Y eso moviéndome en un terreno alto y clásico. El territorio cultural y poético hispanoamericano es, verdaderamente, el mayor y mejor reto de futuro de este Premio Loewe. A él lo está acompañando la búsqueda de más mujeres nuevas premiadas o en el jurado, sin que ello suponga nunca la menor dejación en el rigor o la calidad. España y América.

En otro orden de cosas (aunque la poesía y el poema las conjugan todas) está la también muy repetidamente nombrada pluralidad. La poesía buena —como nada humano— no tiene nunca ni un único color ni un único estilo. Todo es posible —si se hace bien—, todo cabe y todo debe haber, del hermetismo al realismo meditativo, sin poner nada antes que nada. Nunca. Así ha sido desde el inicio del Premio Loewe y no va a cambiar. Reelaborando ideas de Octavio Paz y algunas otras, bastaría recordar que la inmensa tradición de la poesía (y de la cultura, en general) asume ya hoy en día lo que fueron rupturas y vanguardias. Hoy de hecho todo avance —siempre muy necesario— se hace partiendo del asumir la enorme tradición y su variedad. Por tanto hay que

buscar lo nuevo, pero no partiendo de cero ni de la destrucción o abolición de la *Victoria de Samotracia* (Marinetti), sino de ver que eres depositario de una inmensa cadena poética y que tu máximo éxito (y no es nada fácil) consistirá en añadir un nuevo eslabón, del color y modo que fuere, a esa enorme tradición. No “descubrir el Mediterráneo”, sino buscar rincones distintos o asumir que hay otros mares conectados, porque todos los mares se comunican. De ahí el título de esta antología de treinta años de un premio, no muy distinto en el fondo de los anteriores, *Mareas del mar*. El mar es uno y el mismo y prodigioso (la gran tradición de la cultura y de la poesía) pero las mareas cambian el mar con las horas, la luna, los vientos, los diversos climas. Igual la poesía. Varía, se mueve, es plural, avanza —tiene mareas varias— pero no deja de ser parte de un mismo gigante y poderoso mar común en el que todo cabe, pero donde siempre hay que cuidar y salvaguardar la calidad y la excelencia. En tiempos como los que vivimos, de grande pobreza cultural y mental en términos generales (y no sólo en España), importa mucho no dejarse llevar por lo que dijo acertadamente Antonio Machado: “Qué difícil es/ cuando todo baja,/ no bajar también.” En efecto, difícil es sin duda ninguna, pero es noble y lícito intentar remar contracorriente. En esas estamos. Como recuerdo de esa pluralidad y esas varias mareas, recordemos que en el Premio Loewe hay libros tan distintos como *Fórmulas para Cratilo* (poesía experimental o visual), realismo meditativo (*Galería de fantasmas* o *Sombras particulares*), poesía de la inteligencia más que de los sentidos o clara poesía de la que suele llamarse “metafísica” para no entrar en más distinguos, que los hay: Desde *Semáforos, semáforos* a *La lengua de los otros*, pasando por juvenilidades catulianas como *La ciudad de las delicias*, hasta libros hondos, sensibles o sensitivos o acendradamente culturalistas, como *Templo sin dioses*, *La*

lágrima de Ahab o *Fuente de Médicis*, tan diferentes de *Estado sólido*, *Puntos de fuga*, *En la estación perpetua*, *Días del bosque* o *Las Ollerías*. Son sólo ejemplos (y muy multiplicables) que demuestran obvia y fehacientemente, que el Premio Loewe lejos de haber seguido una línea única, como acusó con antigua maldad, el notable Valente poeta, ha sido y es un premio donde la variedad y la pluralidad son signos identitarios... Y ello se debe no a una mera convicción de un jurado —por lo demás cambiante—, sino al respeto y acatamiento del aludido juego del mar y sus mareas o del bosque que, para recorrerlo y conocerlo, admite y pide diferentes senderos. Una necesaria variedad visible (sólo con leer unos cuantos poemas de diferentes autores) que nunca excluya la calidad, hoy día acaso más primordial aún que nunca. El lector que se acerque a esta nueva antología, percibirá que ese criterio de pluralidad más bien se ha ensanchado y que sigue siendo compatible con la idea de que se innova (lo que es fundamental) básicamente desde la tradición asumida y ensanchada y nunca contra ella, o mucho más grave aún, ignorándola...

Curiosamente los patronos literarios (hay otros) de la Fundación Loewe, que se dedica a la poesía, siempre han sido notorios novelistas. Fallecido Juan Benet (con quien Enrique y yo pasamos ratos estupendos), le continuó Mario Vargas Llosa, que dio un día —dentro del marco de la Fundación— una conferencia sobre su relación con la poesía, *En torno a la poesía* en 2006 que, con prólogo mío, pues había oficiado de presentador, editó ese mismo año Visor en una edición no venal, para los amigos de la casa. El paso del tiempo ha hecho lo que suele: César Simón murió un año después de su premio, algo después murió también trágicamente Miguel Ángel Velasco —premio en 2002— y en estos últimos diez años, nos han dejado Juan Luis Panero, el primer premiado o Carlos Bousoño, que era Presidente de honor del jurado porque

su edad le había hecho no ser ya el brillantísimo jurado que fue, y asimismo el gran Pablo García Baena, fallecido este año con 96, y que fue varias veces miembro del jurado y al que (tras dimitir por su edad y graves problemas de la vista) la Fundación había tributado un homenaje, al que se unió el Instituto Cervantes. El mejor y más cálido recuerdo para ellos. La poesía queda y de alguna extraña manera reluce más, ya en sí misma. Modernidad es hacer más ancho y rico y largo el caudal de la tradición. Modernidad (querida y buscada) es saber que mareas y aún galernas u olas mansas, son parte de un único y sorprendente mar océano. Modernidad son mujeres y hombres, en igualdad, y es modernidad la total libertad de expresión que en el caso de la poesía va o puede ir aún más lejos que en la vida cotidiana o civil que es de donde suele reclamarse el dicho de esa libertad fundamental. Como dijo el poeta mexicano Ramón López Velarde, uno de los iniciadores de la modernidad en su país y en la lengua con otros varios, “teje la sístole y la diástole/ de los penados corazones/ que en la penumbra están alertas.” (De *La Sangre Devota*). Alertas en la penumbra del mundo hoy a salvar la luz, la emoción, el rigor, la excelencia...

Siguiendo el camino de mis dos anteriores antologías del Premio Loewe (especialmente de *Los senderos y el bosque*) esta es, parcial pero muy decididamente, una antología consultada. Se les ha pedido a todos los autores, en cualquier modalidad, que envíen un máximo de diez poemas entre los que ellos más estiman de su libro galardonado; de esos diez textos, yo he seleccionado cuatro poemas, según mi propio criterio y atendiendo a que no fuera excesivamente voluminoso, pero tampoco insuficiente, el tomo que resultara. La selección es pues dual. Si a veces hay sólo tres poemas, se debe únicamente a la aludida razón del espacio (se trataría de poemas largos), del mismo modo que sólo van fragmentos de los

libros de Guillermo Carnero y de Álvaro García, porque sus libros son realmente un poema único. La idea de *Mareas del mar* —helo aquí— es testimoniar la variedad y riqueza de un Premio Loewe que, en treinta años, se ha convertido en un irrenunciable y básico referente de la poesía que se escribe en lengua española. “Salutem plurimam!”

LUIS ANTONIO DE VILLENA
Madrid, febrero de 2018

GALERÍA DE FANTASMAS
JUAN LUIS PANERO
(1988)

I Premio Fundación Loewe

NOCHE DE SAN JUAN

Anticuado, interrogo las estrellas,
su desnudo, inapelable misterio,
mientras miro las llamas en la playa,
en esta noche cuando empieza el verano.
Lector de Drieu o Pavese, sé también
lo sencillo que puede ser acabar con la historia,
no preguntar ya nada, olvidar para siempre
esta apariencia de tarjeta postal.
Frente a mí, imperturbables, desveladas,
pasan, en silencio, vida y muerte,
evitando, con un rictus cansado,
este fantasma insomne, este papel en blanco,
esta hoguera apagada que perdura.

EL ÚLTIMO BAILE

—Zelda Fitzgerald—

No, no son llamas en el cristal, qué absurdo,
ni humo lo que entra por las rendijas de la puerta,
no, son las luces, las luces de las barcas y del puerto,
el humo de un cigarrillo, aquella noche
de principios de verano, en la Riviera.
Bailaba y bailaba para mí sola, para todos, para nadie,
con aquel oficial francés —recuerdo su blanco uniforme—
mientras Scott gritaba y maldecía, me insultaba,
mirando fijamente una botella. Pobre Scott, dónde estará
ahora.

No, cierto que no son llamas abrasando esta puerta cerrada
y esos cristales rojos que saltan al vacío,
son las luces, los farolillos de aquella fiesta,
y las copas rompiéndose entre carcajadas
cuando la pequeña orquesta tocaba «Coge una estrella para mí».
Claro que no son llamas, son bengalas iluminando el cielo,
aquel jardín, el baile y luego nuestros cuerpos
desnudos en el mar, el roce del agua fría
y Scott nadando a mi lado, besándonos entre las olas.
Pobre Scott, dónde estará ahora. Tal vez haya muerto,
—mejor para él— así no podrá leer, mañana o pasado, en los
periódicos,
los siniestros informes sobre un cadáver carbonizado.

LA DUSE EN PIAZZA CAVOUR

Festival de Poetas, Roma 85

Robert Creeley habla, inteligentemente, de su poesía y Dario
Bellezza despótica contra los poetas extranjeros
—los invitados a este curioso festival—
mientras afirma la supremacía de los poetas romanos,
o sea de él mismo —pequeña polémica provinciana—.
Pero allí, en el escenario, no está la poesía, no lo estará nunca.
La poesía la traes tú, en esta noche tórrida de final de julio,
sin saber nada de mí, ni siquiera que escribo,
sentada a tus ochenta años, con el pelo cuidadosamente teñido,
tus medallones, tu pequeño gato en una jaula
y tus manos al aire recitando a d'Annunzio,
en la terraza de este bar desierto de la Piazza Cavour.
Sé que esperas, mientras me cuentas hermosas mentiras,
que te pague esta copa, que te regale unas liras,
lo que no sabes, no lo sabrás nunca,
es hasta qué punto me has hecho feliz.
«Me decía d'Annunzio», repites, inventas, recitas
y se escuchan sus versos en la plaza en silencio,
mientras el camarero retira ya las mesas.
Fingida Duse de esta noche loca,
mascarones de proa, riéndonos tú y yo,
sin querer me has traído, de verdad, la poesía,
con su mezcla de fábula y sueño, de fantasma y fracaso,
con su oscura verdad que nunca se define.

Fingida Duse, muchas gracias por todo,
brindemos por d'Annunzio esta última copa,
ahora que se pierde en el aire el eco de tu voz
y a través de los árboles llega un poco de brisa.
Que nuestras voces roncadas de tantas carcajadas
y tu rostro de magia, de pasión y de farsa,
nos expliquen un poco este absurdo destino,
este extraño conjuro que afirma que aún vivimos.

CABALLOS EN LA NOCHE

—John Ford—

Todos los caballos sin jinetes,
todos los caballos sin jinetes,
—Cooper, Wayne, Fonda, muertos—
tiembla la tierra bajo las herraduras.

Todos los caballos sin jinetes,
desbocados esta noche en la memoria,
relinchos frente a las rocas rojas,
chispas en las piedras, llamaradas de sueños.

Todos los caballos sin jinetes
frente a la tumba del viejo mago tuerto,
resplandor y polvo, ceniza y fuego,
por el Valle de la Muerte los caballos galopan.

SEMÁFOROS, SEMÁFOROS

JAIME SILES

(1989)

II Premio Fundación Loewe

SEMÁFOROS, SEMÁFOROS

A Pedro Lain Entralgo

La falda, los zapatos,
la blusa, la melena.
El cuello con sus rizos.
El seno con su almena.

El neón de los cines
en su piel, en sus piernas.
Y, en los leves tobillos,
una luz violeta.

El claxon de los coches
se desangra por ella.
Anuncios luminosos
ven fundirse sus letras.

Cuánta coma de rimmel
bajo sus cejas negras
taquigrafía el aire
y el aire es una idea.

El cromo de las motos
gira a cámara lenta.
Destellos, dioramas,
tacones, manos, medias.

Un solo parpadeo
y todo se acelera.
El carmín es un punto
y es un ruido la seda.

La falda, los zapatos,
la blusa, la melena
se han ido con la luz
verde que se la lleva.

En un paso de cebra
la ví y dije: ¡ella!
Y todos los motores
me clavaron su espuela.

El semáforo dijo
hola y adiós. Y era
muy pronto para todo,
muy tarde para verla.

El ámbar me mordía
los ojos y las venas
y la calle tenía
resplandor de pantera.

En qué esquina de yodo
su mirada bucea.
En qué metro de níquel
o burbuja de menta.

Ningún libro me dice
ni quién es ni quién era.
Ni su nombre ni el mío
intercambian fonemas.

Lloran los diccionarios,
lloran las azoteas
y dicto mis mensajes
en una lengua muerta.

Ha llegado hasta junio
y estoy en las afueras.
La costura del cielo
tiene blondas de niebla.

Las boquitas pintadas
dejan polvo de estrellas
en el borde de un vaso
boreal de ginebra.

Escrito en cuneiforme
el perfil de sus ruedas
los taxis amarillos
tatúan la alameda.

La noche me maquilla
con su breve tormenta
de bares y de hoteles
sonámbulos que tiemblan.

Otoño de terrazas
vacías y de mesas,
de toldos recogidos
y sillas genuflexas.

Los lápices de labios
con la aurora despiertan.
Los espejos los miran
dibujar sus dos letras.

En un paso de cebra
la ví y dije: ¡ella!
y todos los motores
me clavaron su espuela.

Esta es la misma calle.
Esta, la misma acera.
Y la hora, la misma.
Sólo ella no es ella.

La falda, los zapatos,
la blusa, la melena.
El cuello con sus rizos.
El seno con su almena.

¿Y la coma de rimmel
bajo sus cejas negras?
El aire me grafiá
aún su silüeta.

Esculpida en el ámbar
de algún paso de cebra
fosforece su piel,
fosforecen sus medias.

VARIACIÓN BARROCA SOBRE UN TEMA DE LUCRECIO

I

En una noche nos hacemos viejos
y, al despertar al mundo, la mañana
en la luz del cristal de la ventana
nos clava, como insultos, sus reflejos.

Los ojos en el agua son espejos
de la memoria llena de gris grana
y la palabra, para siempre cana,
nos deja sus acentos circunflejos.

En el lavabo de las horas lavo
el hollín de los días. Las semanas
dejan cal en el cuerpo; ladeada,

la sombra de los años; ignorada,
la inteligencia de las cosas vanas:
el grifo, el jabón, este lavabo.

II

El grifo, el jabón, este lavabo
adelantan la ciencia soberana
del existir: mirar por la ventana,
ver cuántas cosas cada día lavo.

Un resplandor de rayas, rojos lagos,
una copa, un libro, una mañana
de otro rostro mirando en la ventana
el mismo gris de sus contornos vagos

me hacen saber que acentos circunflejos,
auroras grises de los días, granas
sombras inmovilizan los espejos;

que somos el rumor de los reflejos
de las horas, de los días, las semanas
y que una noche nos hacemos viejos.

HIMNO A VENUS

Amor bajo las jarcias de un velero,
amor en los jardines luminosos,
amor en los andenes peligrosos
y amor en los crepúsculos de enero.

Amor a treinta grados bajo cero,
amor en terciopelos procelosos,
amor en los expresos presurosos
y amor en los océanos de acero.

Amor en las cenizas de la noche,
amor en un combate de carmines,
amor en los asientos de algún coche,

amor en las butacas de los cines.
Amor, en las hebillas de tu broche,
gimen gemas de jades y jazmines.

MAYO DEL 68

La falda resbalaba
por el fucsia frambuesa
de sus medias. La lava,
por su tez de tigresa.

Nevaba, sí, nevaba
una canción francesa.
Por su boca marchaba
la armada japonesa.

Era París en mayo
Botticelli: la diosa
que surgía del tallo.

Cimabué. Cimarosa.
Libertad: aquel rayo
de pestaña furiosa.

LA COLECCIONISTA
JUAN PABLO ZAPATER
(1989)

II Premio Fundación Loewe
Joven Creación

ERES TODAS LAS HEMBRAS QUE ME EXCITAN,
he podido saberlo en estos años de apartada existencia
cuando alguna mujer ha enfurecido la emoción de mi carne
y en sus ojos no he visto otra mirada
que la tuya acechando,
ni he sentido en la jaula de su cuerpo agitarse cautivo
sino el mismo animal que, desde siempre,
en tu interior habita.

Tal vez sólo por eso haya aceptado el consuelo
de una forma menor de poseerte, pues con la ausencia fuiste
en la puerta del templo la gitana descalza en cuyas manos
posaba al dar limosna mi deseo,
o en un viejo hotelucho de la costa
la ansiosa camarera, que amparada en la noche
subía hasta mi cuarto su aderezo de almidón y cocina,
también la adolescente de las playas solitarias de marzo
dispuesta a seducirme desde el brote de sus pechos futuros,
o aquella fiel esposa que a las doce,
terminadas las uvas,
despreció su virtud y me propuso temblando de vergüenza
compartir esa misma madrugada su primer adulterio.

Ocioso fue buscar cualquier refugio,
cualquier nueva ciudad y hacer apenas las justas amistades,
porque tarde o temprano un sentimiento de nudo corredizo
se apretaba en el alma y transmitía su irresistible ahogo
a los labios sedientos,
los llevaba, sin compasión ni tregua,
a intentar tu saliva en otras bocas ajenas al engaño,
actrices secundarias y mediocres

con quienes ensayaba cada día mi reencuentro contigo.
Temo ahora que acudan todas ellas, cuando al fin interpreto
frente a ti las secuencias decisivas
de este hambriento retorno,
que al entrar en la alcoba se recuesten
sobre la cama limpia
y bajo tu apariencia me reclamen tanto ardor que no alcance
a saldar toda deuda con sus bajas pasiones.

PESA EL SOL EN LAS PÁGINAS DEL LIBRO
y la mirada a veces declina la lectura,
concentra su fatiga en las siluetas
que corren por el parque escandalosas
y juegan a alcanzarse. Todas visten
el mismo traje azul, pero es distinta
la elegancia que expresa el movimiento
de una sola entre ellas.

Vuelvo al libro,
mas ya nada contagian sus palabras,
y los ojos rendidos al final se abandonan
a la contemplación del ser que alivia,
con dejarse admirar, tanto cansancio.

Expira el mediodía, las alegres
colegialas se cuelgan de los hombros
sus pequeñas mochilas. Me hacen señas,
alguna llega incluso a provocarme
levantando las faldas de las otras,
y al momento unas manos en el rostro
aplantan toda luz, mientras escucho
por la espalda unas risas contenidas
y tras ellas la voz que se despide
diciéndome al oído:
“Hasta el próximo jueves, mujeriego”.

AL INTENTAR DE NUEVO LA DISTANCIA
que existe entre la sala de lectura
y el piso superior donde los cuartos
enmohecen vacíos,
he vuelto a detenerme, como entonces,
oculto en aquel tramo de escalera
sumido en la penumbra.
La misma luz difusa de las viejas veladas
delataba un litúrgico abandono
a lo largo del húmedo pasillo,
parecía arrastrar un humo denso
revuelto con partículas de polvo.
He avanzado despacio, deslizando
mi sombra por los muebles, he apretado la frente
contra el grueso cristal de la vidriera
sin poder distinguir con quién compartes
estas últimas noches.

Dos golpes de marfil
y las cuentas del ábaco corriendo,
la mano temblorosa sobre el pomo,
la misma excitación de aquellos años,
la puerta que se abre descubriendo la sala de billar,
su chimenea dorándote los hombros y el cabello,
tu voz entrecortada,
ajena a mi presencia y a mi odio,
rendida bajo el bulto, sobre el paño
de una mesa de juego que cojea
como un camastro verde en equilibrio.

AMARTE DESDE UN GUANTE,
desde el fondo del hueco destinado a la mano en un guante,
compartir el armario de tu alcoba con las prendas de abrigo,
con las medias de blonda que conservan el temblor invisible
de todos cuantos fueron tus esclavos,
acechar a través de la rendija, proscrito entre dos luces,
esos vicios vulgares con que ocupas el ocio de la siesta
mientras te crees a salvo de mi gozo furtivo,
comprobar aliviado que las tardes cada vez son más cortas,
que el mensaje del fuego, con frecuencia,
desvanece el silencio,
y aguardar impaciente a que el otoño
se asfixie bajo el peso de las hojas.
Saber cercano el día, la hora y el minuto
—la saliva del frío cuajando en las ventanas—
en que se abra la puerta de este armario tan triste
y vuelvas a posar sobre mi piel curtida el tacto de tus yemas,
un segundo tan sólo, justo antes de cumplir fatalmente con
el rito invernal de penetrarme.

FÓRMULAS PARA CRATILO
BERNARDO SCHIAVETTA
(1990)

III Premio Fundación Loewe

ESPEJO DEL EXORCISMO

EIDOLON

espejo del reflejo
endiablado y amado
espejismo y abismo
idolejo o diablejo
abismo y espejismo
amado y endiablado
reflejo del espejo

CONJUNCIÓN DE OPUESTOS

un no sé qué que quedan balbuciendo
con latidos y alientos, porque escuchan
como Todo se nombra y los saluda
sin más voz que latidos y que alientos
cuando ambos se despiden de ellos mismos,
de esos opuestos dos, el tú y el yo,
si se dicen adiós en un encuentro
con lo Otro, lo que es Uno en uno y otro,
si se dicen adiós en un encuentro
de esos opuestos dos, el tú y el yo,
cuando ambos se despiden de ellos mismos,
sin más voz que latidos y que alientos,
como Todo se nombra y los saluda
con latidos y alientos, porque escuchan
un no sé qué que quedan balbuciendo

LA POESÍA DE LOS OTROS

airosa esplendorosa milagrosa
calurosa ardorosa fervorosa
numerosa anchurosa generosa
memoriosa lustrosa marmorosa

praderosa olorosa nemorosa
ruborosa amorosa primorosa
vaporosa borrosa penumbrosa
umbrosa soñorosa vagarosa

morosa pesarosa quejumbrosa
suspirosa llorosa dolorosa
ojerosa onerosa impudorosa

escabrosa asquerosa mentirosa
cancerosa horrorosa estertorosa
desastrosa astrosa leprosa prosa

REPÚBLICA DE VIENTO
AURELIO ASIAIN
(1990)

III Premio Fundación Loewe
Joven Creación

DE QUÉ MODO SE ESCRIBEN LOS POEMAS

De qué modo se escriben los poemas,
no sabría decirlo y sin embargo,
como en el duermevela, la otra noche,
el sueño me vencía mientras riendo
me llamabas al día y yo bogando
entre dos aguas respondía es verde
la hiedra a tu pregunta por la hora
de irnos, y es tan lenta: desde dónde
me reía contigo agradeciendo
tenerte aquí a mi lado todavía
donde yo peso ahora y tú pesabas
cerca entonces, fluyendo, desde dónde
al disiparse me llamaba, urdimbre
de mi lumbre saciada, la espesura
sonámbula de sílabas de vaho
movida por la luna y la redonda
plenitud de tus nalgas en mis manos
fruto de luz madura entre las sombras
donde sediento bebo sin saciarme
de ti, sumido en ti y a tus orillas
siempre llevado, a mis orillas, alba
de mí lo que no llamo con mi nombre
aunque lo llame mío ya en tu lumbre
desposeyéndome: saliva, labios,
humedad de mi aliento y ese tacto
mío con que te tocas, desde dónde
llamándome a mi pulso, mi extraviado

temblor de agua profunda en la que eres
estrellas en silencio, luz del fondo
en un pozo por el que yo desciendo
lamiendo las paredes, lenta fiebre
que busca demorándose la oscura
nuez de tu ano y tu sabor de savia:
yo soy en ti la hiedra y la adherencia
sedienta desatada, soy la oscura
avidez de lo oscuro, soy la lengua
y la sed reclamándote a la lengua
de tu piel, soy el hambre a la deriva
devorándose, lengua que claudica
de las palabras y mudez que guía
la voz del extravío, espesa urdimbre
que la luna evapora, soy la sombra
y la sed, soy la lengua y no sabría
de qué modo se escriben los poemas.

ARTIFICIO

El salto de una liebre entre los álamos
remueve la hojarasca
y basta para abrir el fuego.

Arden de música las ramas.
Alzan cien pájaros el vuelo.

DESPUÉS DE TODO

Tienes razón: sin duda
esto era el mar y nos mecía
entre una orilla y otra, removía
las sábanas, marcaba con espuma
los gritos de partida o de llegada,
aventaba a cubierta peces muertos.

Tienes razón. Pero en el puerto
nos esperaba el hambre de las ratas.

DEDICATORIA

Estoy pensando en ti mientras escribo.
Siempre lo hago, y nunca he dicho nada
que de veras te nombre. Las palabras
en que pienso al pensar en ti no pueden
ser un símbolo tuyo, ni tú puedes
ser símbolo de nada que no tenga
nombre preciso desde siempre.
Cosas elementales, que no vale la pena
empeñarse en nombrar: a fin de cuentas,
no hablaremos jamás de nada diferente.

LOS OJOS DEL EXTRAÑO
VICENTE GALLEGO
(1990)

III Premio Fundación Loewe
Joven Creación

MI IDEA DEL AUTOR

(A man of no fortune and with a name to come)

Wim Mertens

Entrego muchas horas a mi cuarto,
comparo algunas tardes, por ejemplo,
a un animal prehistórico y herido,
o a la dama que arroja, lentamente,
su lencería oscura a mi ventana.
Pero sé que la tarde es sólo eso:
una costumbre antigua de mis ojos.
Me reprocho a menudo muchas cosas
a las que no me atrevo, y los errores
que a veces cometió mi atrevimiento.
Procuro parecer un poeta mundano,
como John Donne, profundo y algo frívolo,
que se cuente conmigo en cualquier fiesta,
aunque suelen mis versos, y mi vida,
traicionar esa imagen.
No sabría explicaros, con rigor,
por qué razón escribo, abandono
esa fatiga a mis colegas doctos,
mas no quiero curarme el vicio absurdo
de las letras. Me gustan las mujeres,
pero ellas, por más que yo lo intento,
no me ayudan a ser un mujeriego.

LA NOCHE DE LAS CIUDADES

(Looking for the heart of saturday night)

Tom Waits

A Luis Antonio de Villena

A lo largo del tiempo
y en diversas ciudades, he observado a esa gente
que transita en la noche: bebedores anónimos,
muchachitas de un día, cuarentones
que regresan vencidos del amor, todos ellos
buscadores sin mapa de un tesoro.

Por calmar otra sed beben sin ganas,
y en sus ojos he visto esas preguntas
que a veces el amor supo acallar,
pero muerto el amor, de regreso en la noche,
en sus ojos seguían las preguntas,
esas mismas preguntas que se hicieron
los poetas románticos al contemplar la luna,
pero también los griegos y los árabes
y tantos otros cuya historia
desconoce esa gente que se hace
esas mismas preguntas. esas tristes preguntas
que a mí me asaltan hoy ante esta copa:
en la falsa moneda de la noche

IN DUBIO PRO REO

Esta tarde releo mis palabras
para ultimar su acento y ofrecerlas
a un oscuro editor. Y al repasar
sus sílabas exactas y traidoras
me tienta el desaliento y la pereza.
¿Dónde ocultan la vida que guardé
en su desván de sombras, dónde esconden
esa pasión que me obligó a trazarlas?
No hallo en ellas respuesta, y en su espejo
sólo descubro el rostro de un extraño.
No hay luz en mis palabras, y a mis ojos
carecen de belleza. ¿Por qué entonces
obstinarse en su engaño, y para qué
ofrecerlas ahora a los demás?
¿Quizá con la esperanza
de ese lector futuro que imaginó Cernuda?
Es hermoso su sueño, y el poema
es también muy hermoso, pero yo me pregunto,
descreído, si puede mi lectura,
con su fervor de hoy,
entregarle a aquel hombre una dicha
que escribió no sentir; si yo mereceré
ese incierto lector; y de qué extraña forma
los versos y la vida que sentimos frustrados
sabrán cumplirse un día en los ojos de otros.

UNA OCULTA RAZÓN
ÁLVARO VALVERDE
(1991)

IV Premio Fundación Loewe

LA SOMBRA DORADA

Abro la verja del jardín sin nadie.
Espera mi llegada el viejo limonero
y al verlo me parece
que no hubiera pasado en parte alguna
todo este largo tiempo,
que siempre hubiera estado
sentado en esta sombra, silencioso,
viendo pasar los días
con la mirada turbia de los que nada esperan,
pero al fin sobreviven.
Con tanta asiduidad he recordado
este mismo lugar
que no es extraño
sentir la vuelta a casa
como un hecho casual, como si ahora
volviera una vez más y simplemente
cerrara una vez más la misma puerta.
La casa es hacia dentro el laberinto
que siempre he perseguido. Permanece
sitiada por los muros
azules de la infancia,
por ecos de una edad sobrevenida.
En la azotea,
el puerto sigue siendo un sueño antiguo
y arriba en las estrellas
leo de nuevo
el rumbo del viaje que comienza.

UNA OCULTA RAZÓN

Miro la hiedra que a mi puerta muestra
la verde lluvia sucesiva y ciega;
traspaso un nuevo umbral, piso sus losas,
me sé en otro recinto que conozco.
Entro, y en la costumbre de la luz mis ojos
penetran el silencio, en vano se preguntan.
Se saben de paso, se contentan
con su pálida atmósfera, se funden
con el olor que el tiempo ha reposado
en sus estancias húmedas.
Su oscuridad se puebla de palabras
repetidas al ritmo de la asfixia,
entre alacenas y humo.

Esta casa es ahora mi morada,
el territorio inhóspito que aloja
las aguas placentarias
donde el canto construye
su forma hacia lo hondo.
Donde torna la rosa subterránea
(que urge material, que hermosa emerge)
en lengua poderosa.
Me interno en los rincones que rodean el patio.
Conservan sus enseres
la apariencia observada por los viejos objetos:
la urna, el astrolabio, la máscara, el espejo.
De su interior destilan la tensión que no dicen

Compone su armonía una vasta intemperie,
un interior que oculta un dios oscuro.
Me encuentro a gusto entre su accidental presencia
de gastadas imágenes, de inscripciones caducas.
Lo que supuse, ellos, desvaídos asertan.
La penumbra de las cosas que habito
es el dulce lugar donde halla el asombro
la alta luz del encuentro,
la velada noticia de su origen más claro.

El cristal ha adoptado una distancia equívoca.
Lo que fui, lo que he sido, no lo sabe mi mano
(que desconoce el pulso de mi centro,
que yerra al calcular mi edad perfecta).
La mano desconoce el atributo
de quien alza y perece, se levanta,
y es hueco su cimiento, y es de aire.
¿Es derrota silencio?
Acaso este horizonte conocido
en el recuerdo de la Habana Vieja
sea la salvación, la piedra, el sueño.
Acaso ya mi nada.

En el blanco, la huella
que recorre el pasado,
la niebla de febrero sobre el lago
y la velocidad ajena
con que los coches cruzan sus orillas.
Sobre el papel, los claros de un bosque
a las afueras
de una ciudad que ignoro,
la vegetal sabiduría de la sombra,

el oquedal solícito.
En estas letras, tinta del fondo de la noche.

El espacio se torna fragmentario, difuso.
He recogido restos de un discurso arrasado,
de un canto ya abolido.

Me detengo en el vidrio
que mi hálito empaña.
Súbitamente sopla el *sirocco* de Roma
(hace tanto...), la tarde (*via Gesù e Maria*)
en que quiso la muerte
aventar sus cenizas.
(La palabra *nada* es hermosa, dijiste.)
No acepta la costumbre la sombra que tuvimos:
es pura argucia el tiempo.

La mirada se fija en las llamas azules.
Ya nublada, se vence.
Es inútil saber dónde me encuentro.
¿Son acaso estas aguas un fiel eco del Tíber?

Ha cesado la lluvia. La ciudad ahora altera
la visión de su herrumbre.

ESCRITO AL ALBA

Habr  estado esperando que la noche
cumpliera su sentencia contra el tiempo,
el terco maleficio que la habita
y que a solas padece
cada vez que en el sueño le despierta el temor
y, después, la vigilia se establece imponiendo
una extraña alianza de excepción y costumbre.
Habr  intentado acaso explicar el porqué
de aceptar sin ceder esa ciega amenaza
que le cerca y, no obstante, él espera implacable.
En la primera claridad tras la penumbra
que agota de la noche el cauce oscuro,
la realidad ordena en sus contornos
la tregua en que apagar otra conciencia.

DE UN VIAJERO

Quise volver de donde no se vuelve.

Si el viaje duró lo que dura una vida,
fue el destino culpable.
Nada hice que hoy me recuerde el pasado.

Una bruma extravía los mares que cruzara
y en el puerto se cubren las balizas de sal.
De las ciudades guardo la nostalgia del límite
y ningún barco lleva el nombre de mi reino.

Demoré la llegada sin saber que perdía
esa clave dudosa que dibujan los atlas.
Sólo sé que fue inútil.
Viviré de olvidarme.

SOMBRAS PARTICULARES
FELIPE BENÍTEZ REYES
(1992)

V Premio Fundación Loewe

EN CONTRA DEL OLVIDO

Si el tiempo en la memoria no muriese
tan lento y torturado, disponiendo
por tanto una manera melancólica
de volver al pasado y de sentirlo
no como un algo muerto, sino siempre
a punto de morir y siempre herido
—y renacido siempre, y de tiniebla.

Si el tiempo, en fin, tuviese potestad
para borrar su estela de memoria,
para enterrar sin daño los recuerdos
en vez de darles rango de abstracción
—y en las tardes vacías recordar,
con algo de tahúr y algo de mago,
lo que ya sólo es ficción del tiempo
como un viento lejano, un eco frío.

Si todo fuese así, si en el pasado
no fuera uno la estatua de sí mismo
en una plaza oscura y sin palomas
o el actor secundario de una obra
retirada de escena, me pregunto
qué sería —imagina— de nosotros,
que sellamos un pacto tan antiguo
como el color del aire en la mañana.

Qué habría de ser entonces, sin memoria,
de nosotros, que hacemos renacer
al juntar nuestras manos esta noche
tantas noches y lunas y ciudades
y el tembloroso mar de las estrellas.

NOCHE DE SAN JUAN

Qué secreta y hermosa
es la noche festiva para aquel
que no tiene pasado: un tiempo frío
dentro del corazón.

Qué exacta noche
de fuego y juventud.

Qué diferente
ya de cuando éramos
aquellos que en la sombra
furtivos se besaban y reían.

Las muchachas se obsequian como entonces
y los amigos beben en una copa igual
a la que ya apuramos cuando fuimos
como estos que ahora se adueñan de la vida.

HABITACIONES PRESTADAS

Era un sonar de llaves indecisas.
Un ruido profundo de ascensores;
inquietados huéspedes de aquellos edificios
de la periferia, dorados por la tarde.
Era buscar a ciegas
interruptores de luz, como quien busca
en esas bibliotecas truculentas
el secreto resorte
que conduce a la cámara privada,
al sitio inconfesable. Era el olor
de sábanas extrañas, y el olor
desconsolado de los cuartos
de huéspedes, con libros y revistas
de desecho. Era
vestirse con el frío. Salir de allí
de nuevo como extraños.
Más unidos, en fin, por una sombra.
El amor tiene ahora en el recuerdo
olor a cuartos húmedos
y el sonido furtivo de una puerta al abrirse.

AIRES DEL XV

Amores lejanos hay veces que vuelven,
pues es privilegio de amor la memoria.
Amores con frío de hielo radiante,
su luz confundida por siempre con sombra.

Memoria ya muerta de amores con luna
doliente revive los cuerpos perdidos:
recuerdo dañado, vencido en el tiempo,
de noches de amores con sueño enemigo.

Amores que vuelan cegados de niebla,
amores que vuelven con frío de luna.
Herido de tiempo, pasado de amores.
Amores que fueron, y son noche oscura.

TEORÍA SOLAR
VICENTE VALERO
(1992)

V Premio Fundación Loewe
Joven Creación

II

Bajo la sombra exhausta del almendro, algunos pocos, *éstos que aún quedamos por aquí*, nos hemos puesto a cantar y a bailar, desnudos, batiendo palmas, misteriosamente sorprendidos por esta lluvia nueva en flor que no sabíamos...

Pero, como en esto de salir a oscuras no somos más que principiantes, nos hemos puesto a descifrar antes de hora, confundidos por este olor a luna llena que hoy brota del almendro, para poco después no haber sabido qué hacer ni qué decir...

Ah, noche reforestada. ¿Qué significa todo esto? El mar en equilibrio: blanco, rojo... (etc.) Danzad, danzad bajo el frío de enero todavía, bajo la flor primera del año: ésta que se nos cae con sólo una mirada. ¿Mensajera de qué?

Noche de primavera, sí, *pero aún en invierno*.

V

(bañista)

Éste que sale a media tarde y solo,
sin nada más que una toalla limpia
bajo el brazo, a la luz
menos comprometida de septiembre,
con cara de haber visto, no sé, algo muy nuestro,
y ganas poderosas de bañarse,
de entrar como si nada en este mar
de oleajes sin fondo,
en este mar que ya *ni es cielo ni es azul*,
pero busca y alcanza y desaloja
con fuerza todavía;
éste que sale a media tarde y solo,
en fin, con ganas de bañarse y disfrutar
de veras, a la luz
ya casi clandestina de la playas,
para salir después como borracho,
otro y el mismo, limpio,
con los ojos a punto para ver nuevamente,
parece saber algo de nosotros,
algo que ya sabemos,
pero qué.

XXI

(visión de noviembre)

Como estamos a punto de perderlos,
(se van rápidamente hacia lo otro),
en la humedad de las fotografías,
ya por los entresijos de los años,
han salido a buscarnos esta noche,

tan tranquilos. Y como no dejamos,
últimamente, de pensar en ellos,
(no queremos perderlos para siempre),
en todo lo que hacían o decían,
han salido a buscarnos esta noche,

risueños como nunca. Se les nota
otro mirar: extraño, diferente.
(Saben alguna cosa más que callan.)
Otro salir a oscuras, verdadero.
No van de primavera porque sí.

XXIX

(epitafio)

Solo, pero no muerto, casi muerto diríamos,
pero aún resoplando, con las manos inútiles
y el rostro azul. Vencido, pero ansioso. El mar
puso palabras viejas a mis plegarias. Ola,
madrépora, medusa, acantilado... He sido
el ahogado más duro de roer. Bajo el agua,
digno, iba cantando los poemas de Shelley.
Y cuando las gaviotas querían devorarme,
yo les daba pan limpio de sueños incompletos.
El mar era un dios torpe y no me merecía.

HABITACIONES SEPARADAS
LUIS GARCÍA MONTERO
(1993)

VI Premio Fundación Loewe

NUESTRA NOCHE

Quisiera perseguir algún poema
que hablase de mis noches, nuestra noche,
la misma noche cálida de rostros conocidos,
en el mismo rincón, ya no hace falta
preguntar lo que bebe cada uno.

Escribir, por ejemplo, puedo cerrar los ojos
y todo sigue igual, abro despacio
la puerta fría de color madera,
intimidación con humo de luz almacenada,
y risas en el fondo,
y una voz que denuncia mi costumbre
de llegar siempre tarde.

Escribir, por ejemplo, son ahora
mucho menos frecuentes estas noches,
y recuerdan inviernos negociados
con renta de amistad,
y tienen algo
de temblor fugitivo.
Las caras han cambiado, saben cosas
y se parecen más a nuestras vidas.

Escribir, por ejemplo, que los ojos,
cuando pasa la noche y en la calle
duele la luz del alba,
tienen otra manera de mirarse,

un modo más avaro de pensar
en los años, los meses, las semanas,
los días y las horas.

Noche eterna, tal vez
será mejor llamarte reincidente.

CANCIÓN DE BRUJERÍA

Señor compañero, Señor de la noche,

haz que vuelva su rostro
quien no quiso mirarme.

Que sus ojos me busquen
sostenidos y azules
por detrás de la barra.

Que pregunte mi nombre
y se acerque despacio
a pedirme tabaco.

Si prefiere quedarse,
haz que todos se vayan
y este bar se despueble
para dejarnos solos
con la canción más lenta.

Si decide marcharse,
que la luna disponga
su luz en nuestro beso
y que las calles sepan
también dejarnos solos.

Señor compañero, Señor de la noche,
haz que no cante el gallo

sobre los edificios,
que se retrase el día

y que duren tus sombras
el tiempo necesario.

El tiempo que ella tarde en decidirse.

LIFE VEST UNDER YOUR SEAT

A Dionisio y José Olivio

Señores pasajeros buenas tardes
y Nueva York al fondo todavía,
delicadas las torres de Manhattan
con la luz sumergida de una muchacha triste,
buenas tardes señores pasajeros,
mantendremos en vuelo doce mil pies de altura,
altos como su cuerpo en el pasillo
de la Universidad, una pregunta,
podría repetirme el título del libro,
cumpliendo normas internacionales,
las cuatro ventanillas de emergencia,
pero habrá que cenar, tal vez alguna copa,
casi vivir sin vínculo y sin límites,
modos de ver la noche y estar en los cristales
del alba, regresando,
y muchas otras noches regresando
bajo edificios de temblor acuático,
a una velocidad de novecientos
kilómetros, te dije
que nunca resistí las despedidas,
al aeropuerto no,
prefiero tu recuerdo por mi casa,
apoyado en el piano del Bar Andalucía,
bajo el cielo violeta
de los amaneceres en Manhattan,

igual que dos desnudos en penumbra
con Nueva York al fondo, todavía
al aeropuerto no,
rogamos hagan uso
del cinturón, no fumen
hasta que despeguemos,
cuiden que estén derechos los respaldos,
me tienes que llamar, de sus asientos.

MUJERES

Mañana de suburbio
y el autobús se acerca a la parada.

Hace frío en la calle, suavemente,
casi de despertar en primavera,
de ciudad que no ha entrado
todavía en calor.

Desde mi asiento veo a las mujeres,
con los ojos de sueño y la ropa sin brillo,
en busca de su horario de trabajo.

Suben y van dejando al descubierto,
en los cristales de la marquesina,
un anuncio de cuerpos escogidos
y de ropa interior.

Las muchachas nos miran a los ojos
desde el reino perfecto de su fotografía,
sin horarios, sin prisa,
obscenas como un sueño bronceado.

Yo me bajo en la próxima, murmuras.
Me conmueve el recuerdo
de tu piel blanca y triste
y la hermandad humilde de tu noche,
la mano que dejaste
olvidada en mi mano,
al venir de la ducha,

hace sólo un momento,
mientras yo me negaba a levantarme.

Que tengas un buen día,
que la suerte te busque
en tu casa pequeña y ordenada,
que la vida te trate dignamente.

DONDE ROMPE LA NOCHE
ALEJANDRO DUQUE AMUSCO
(1994)

VII Premio Fundación Loewe

ESCRITURA

He visto la luz,
su aullido blanco en la mañana,

la ternura de la noche revestida
de fatuos centelleos,

he visto
el mar con su rizada lengua

y la boscosa tarde a punto de enmudecer
en un invierno embravecido.

He visto un jardín
abriéndose
a un desierto—
el desierto era sólo
la soledad del hombre.

Y más.

He visto la obra limpia:
la llama y la belleza
—refulgían las dos como un único fuego.

Fuego verbal
para mi noche
escrita.

OFELIA

Desconsuelo es
mi nombre.

No me llaméis,
dejadme.

(Barre el vacío
un lecho
de hojarasca.)

Siento
alejarse los jardines
colgantes
del amor.

VICENTE ALEIXANDRE VISITA
LAS NAVAS DEL MARQUÉS (1965)

En esta villa fue. Era el verano desolado y duro
del año diecisiete —una guerra arrasaba
las fronteras. En este pueblo alto, fresco y ligero
como un regato amable, entre rocas y cielo,
la tierra me dio el beso —amargo y fuerte— del saber.
¿Quién lo hubiera predicho? Las Navas... Un viento
estremece mi memoria. Rubén... Yace una voz
dormida bajo el tiempo, y aquel adolescente que yo fui
la oyó,
y la hizo suya, hasta la médula de la claridad.
Sí, recuerdo en mis rodillas el libro abierto,
la hora recogida, el mirlo
desgranaba su canto en los pinares, llovía
el oro lento de la tarde,
y allí, oh luciente poesía, la página suspensa,
con su brillo de aurora que no pasa,
alumbraba mi vida como una madre eterna.
Madre de quien nací
a otro mundo más mío.

ESTADO SÓLIDO
RAFAEL COURTOISIE
(1995)

VIII Premio Fundación Loewe

METALES

La gramática del bronce y de otras aleaciones es simple. Es una gramática de dos, de tres, o de cuatro.

La gramática del hierro, en cambio, es más compleja pues consiste en un solo elemento con todas sus variedades y verdades.

El hierro es la melodía y la composición del tino.

En la complejidad y el silencio terroso de sus óxidos está el otoño, está el recuerdo de la madera viva, está el vinagre.

El vinagre se manifiesta en los puentes, en las vigas y en las torres, al costado de los buques por corrupción y herrumbre, pues el hierro es un vino espeso y duro.

El hierro deviene vinagre por la acción del agua, sobre todo de la salobre: se trata de un vinagre polvoriento, terroso, con los atributos de la declinación y el sacrificio.

Un clavo de hierro recuerda al espíritu. Un clavo de hierro recuerda la cruz y las llagas. Pero también la posibilidad de una resurrección.

Los parientes del bronce, en cambio, constituyen las frases complejas de las aleaciones, los complementos directos e indirectos que hacen a la palabra de cualquier metal, aunque pulida, burda.

El bronce se presenta menos dispuesto que el hierro a la corrupción y al meteoro, pero exhibe una impudicia: con esta materia se componen las estatuas de los héroes.

Una fortaleza pervertida se advierte en los miembros, en las poses estáticas, en las manos y en los pies de bronce.

El hierro rara vez imita al cuerpo. El bronce, en cambio, se parece a la carne en su moldeado.

El bronce se presta a la ortopedia. Las imágenes, los contornos y los volúmenes brindan en él una parodia. Este material se aproxima, simula la carne para desmentirla, es falaz hasta el ridículo. El bronce persistente sostiene la forma de una burla y a veces, de un simulacro o sacrilegio.

Su rigidez, su exudación de una verdosidad venérea, recuerdan hasta qué punto lo sustancial y animado, lo cierto en grado mayor puede prostituirse.

Espadas, hombres, y caballos.

PALABRAS DE LA NOCHE

La noche es una desobediencia.

Los murciélagos conocen una razón distinta. Se posan en un eco, en la consecuencia de una palabra que pronuncian, en la respuesta persistente a una pregunta. Los silogismos del murciélago le sirven para andar. La noche está empedrada de palabras.

Un animal volador de la noche confía solamente en las ideas, cavila con sus ojos interiores, avanza por sus pelos.

A cada paso una contestación, el sonido refleja en las paredes que devuelven una mirada de palabras. Reflexiona. El paso del murciélago es puro espíritu, es escritura.

La vergüenza también usa la noche, y el descaro. Pero ese uso implica un paso vacilante y una manera que termina por borrar su posibilidad y hacerse añicos, termina por descubrirse y degradarse. El uso de la vergüenza es efímero y pueril, y el descaro desvelado baja un grado, hasta dar con la luz.

El paso del murciélago, en cambio, es un paso firme y riguroso. La sombra del murciélago es la sombra. El miedo del murciélago es el miedo. En el vacilar oscila una palabra y esa palabra es única y exacta como la piedra negra de otra luna.

El mamífero nocturno no consiente el tiempo. La materia del tiempo siempre viaja en la luz y la luz está llena de augurio y de motivos, derrama una procacidad mayor que da paso a la ansiedad y a la memoria. La noche, en cambio, es la memoria misma. La noche es el día, pero de perfección insoportable.

Sólo el silencio resiste los brillos inauditos de la noche, y los refleja por momentos en el día, cuando todo se calla o pasa un ángel.

Algunas aves imitan la noche en su plumaje, se empeñan en procrear, ponen huevos melancólicos. Un hijo se pierde en la noche, y otro se recobra. Sueñan los mudos en la noche, y los sordos, un sueño sonoro y refulgente.

El canto del gallo, su cuchillada, también pertenece a la noche. No anuncia nada salvo una presencia. Los pasos que andan en la noche tienen algo cierto, pero se desprenden como criaturas solas del pie que los creó, y andan a tientas como bestias terrestres persuadidas.

Los hombres en la noche ignoran todo.

Membranoso, el murciélago sólo va en el pensamiento, como una cosa pura.

ARMA BLANCA

En la oscuridad del mundo una niña con una daga es un extraño sol.

Ese filo sostenido por la mano menuda, ¿qué ilumina? La ciudad, con su bosque sombrío de personas y cosas, antes y después, crece sin presentirla. En el trajín cotidiano, en el nemoroso paisaje de los días, una niña con un puñal en la mano es simplemente improbable.

Los atareados transeúntes miran sin verla.

La dureza, la violenta soberbia de la escena reside mucho más en el misterio que en el arma. Un enigma hecho duro, un acero de pensamientos, de una singular sustancia compromete de pronto la regularidad del mundo, altera el ciclo circadiano, va en busca de un inicio, de un origen remoto que se oculta en algún sitio para dar cuenta de lo que se percibe como un prodigio inmóvil, como una maravilla comprimida, feble y exacta, a punto de estallar.

¿La niña irá a avanzar? ¿Dará unos pasos? ¿Retrocederá y dejará caer el juguete improvisado, bizarro, que tomó sin permiso de un estante, que encontró oculto o colgado como adorno en una pared?

¿El arma es de un material inofensivo, innoble, de plástico, de resina o cartón?

Pero, aun cuando se tratara de papel, ¿es inofensivo un puñal, una daga? ¿Y por qué brilla? ¿Se trata de un simulacro? ¿Es un simulacro el arma? ¿La misma niña es un simulacro, una visión? ¿El mundo que la rodea es un simulacro, hecho de paredes de papel de seda que la niña rasgará como

a una mentira? ¿La vida es ese simulacro, que la niña ilumina y evidencia? ¿Es la vida misma, la vida en la mañana imposible lo que la niña con la daga va a cortar?

Imaginar un sacrificio, un cuello, una víctima. Habrá un altar de piedra en lo alto de una pirámide, habrá una ciudad sitiada y arrasada más tarde por los Hunos, habrá una reina minúscula y un corpulento jefe enemigo derrotado. La visión repentina, aunque agitada y tosca, compromete una garganta. Hasta las armas imaginarias solicitan la temperatura de un cuerpo.

El mundo está ahí: toda cosa que existe es fútil y posee la sencilla fatalidad de un juguete. La inminencia emana de la niña más que del puñal.

El peligro irradia de la niña, sale de su dulzura tristísima y filosa, está en la claridad invulnerable, en la determinación con que cierra pequeñísima la mano sobre la empuñadura, en la certeza con que levanta el brazo, pavorosa, y lo sostiene cerca, muy cerca, perfectamente cerca de un hilo invisible.

Y EL FONDO

Cuando la forma comienza a declinar aparece el fondo. Se adelgazan las paredes, se afina la membrana, la noche extensa, sencilla o intrincada de la forma. El fondo se opaca entonces, comparece.

Hay un instante de atraso, de desfasaje entre la forma y el fondo y es allí donde se ve su orilla, su materia dispersa, su líquido sin continente. Espesura, densidad opaca.

Un punto. El punto concentra el fondo, el fondo despojando.

La intemperie como una precipitación en el seno de un líquido, como un cuerpo extraño. Pero el fondo siempre estuvo en la forma, la pulpa en la fruta, el agua en el vaso, la carne con sus linfas en el cuerpo. El cuerpo dentro del mundo. El mundo dentro del cuerpo.

Pues abandonada la forma queda una circularidad, una huella.

Cuando la forma comienza a declinar, aparece el fondo.

ELOGIO A LA MALA YERBA
JOSEFA PARRA
(1995)

VIII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

CÁSTOR Y PÓLUX

Como bellas estatuas gemelas.
Los nombres se entrelazan sin recato.

Desnudos,
bien sé que la locura os posee igualmente,
que las mismas salvajes laderas os recorren
los cuerpos adorables, oscurísimos cuerpos
donde el rizado vello se vuelve en contra mía
con el olor del ámbar y del lirio silente.

Os amo desde el borde del miedo.

EL SOLDADO Y SU PROFECÍA

No hubiera visitado, sibila, tus estancias,
no hubiera visto nunca los días que me esperan:
las espadas, los cascos, los caballos abiertos,
las insignias amadas hundidas en el lodo.

No hubiera dado oídos a tus himnos proféticos,
a esos tremendos cantos donde ruge mi nombre
por debajo del verso torturado. No hubiera
comprendido de pronto, súbitamente lúcido,
que la batalla está preparada, y mi cuerpo
piedra hollada será para mis enemigos,
pues la muerte tendido me tiene un lecho amargo.

Que nunca cumpliré los veinticinco años,
ni escribiré las cartas que he dejado pendientes,
ni volveré a nadar en las celestes playas
de Lesbos, donde tengo una casa pequeña
y un naranjo.

Que nunca conoceré el amor...

PRIMERAS TARDES EN LESBOS

Recuerda aquellas tardes de noviembre.

La lluvia

hacía del patio claustro, y el olor de la tierra
subía hasta la ventana donde nos asomábamos.
Era entonces la casa aún más nuestro refugio,
la isla donde hacíamos madurar nuestras manos,
nuestros cuerpos apenas estrenados.

Llovía,

pero era en otro mundo. En el nuestro, jardines
de carne florecían, arboledas en ciernes;
la rosa de tu vientre contradecía al otoño.

Recuerda aquellas tardes... Dormías tras el abrazo
lo mismo que un ambiguo ángel de primavera,
con la frente poblada de besos y de lirios.

PROFANACIONES

Dios te salve, Señora de los ojos tristísimos,
llena eres de gracia, el Amor es contigo.
Bendita tú eres entre todas las mujeres,
entre las potestades, ángeles y luciérnagas,
y bendito es el fruto que tu vientre me ofrece
como una rosa tibia y desvalida.

Salve,

Señora de los pechos de sedosos estigmas,
llena de resplandores de la carne. Contigo
es el fuego celeste que me arrasa. Bendita
eres todos los días con sus noches. Bendita
la herida de tu nombre clavándose en mis versos.

TEMPLO SIN DIOSES
CÉSAR SIMÓN
(1996)

IX Premio Fundación Loewe

QUÉ TIENE ESTE SILENCIO

¿Qué tiene este silencio?
Yaces en esta cama
y contemplas el sol de la pared,
y no se sabe qué vivencias,
qué pulsaciones te ensimisman.
Es algo transparente, delicado,
acaso pesadumbre,
viejo problema de la carne.
Hay un temblor profundo,
sensual, trascendente, doloroso,
sutil y refinado,
que no se sabe a qué se debe.

LAS ÁGUILAS

Durante los veranos
las vi volar, familiarmente.
Parecían polluelos que pieran;
eran águilas, sin embargo.
Sobre el azul de agosto,
las imaginaba como símbolos,
significado eterno,
majestuoso,
solemne.
«Ya están ahí», pensaba, cuando llegábamos.
Un verano llegamos.
Noté un vacío,
un silencio de muerte.
Águilas de los años
ausentes.

ALGO SECRETO

A Federico Chopin.

Hay en tu vida algo secreto;
es una noche en una casa,
los balcones abiertos al jardín.
En las habitaciones ya no hay nadie,
y, fuera, sólo luz lunar.
Pero el piano suena quedamente
con una melodía muy antigua,
tan antigua que nunca ha enmudecido.
Un pájaro es quien canta, hay una rosa
y hay una espina, en el balcón.
Tú eres el pájaro que canta.
Tu voz es inmortal, porque no es tuya.
Y tu carne es efímera y doliente.

CONOCIMIENTO

Cuando caminas lento,
por el pasillo silencioso,
al comedor, y te acomodas
en el sofá tranquilo,
y acaricias sus telas,
y miras vagamente las honduras
del cielo fuera,
y sientes cómo late
tu corazón, que nunca quiso
abandonarte,
y respiras tan lento que lo escuchas;
cuando, como una misteriosa
libélula, contemplas
las líneas de los bordes
de las terrazas de las casas,
sí, cuando las contemplas
y ni afirmas ni niegas;
cuando en la música callada
de tu carne, ya antigua,
suenan voces distantes;
cuando mueves muy lento la cabeza
como animal antiguo,
como animal extraño de la tierra,
del universo, el más extraño,
el único consciente, que no sabe
y que lo sabe todo, que no es nada,
entonces te confiesas:

esto es conocimiento, ningún juicio,
aspirar y espirar discretamente,
mas con los ojos luminosos
y tenebrosos, que contemplan
y saben que contemplan, y que miran
y en la verdad resbalan: apariencias.

VIAJE AL FIN DEL INVIERNO
JENARO TALENS
(1997)

X Premio Fundación Loewe

RETRATO DE POETA EN NUEVA GRANADA

SENTADO en el umbral, como los viejos
de mi niñez, el hombre se demora
en no pensar. Su cómplice, la aurora,
esa promesa inhóspita. A lo lejos

oye un batir de alas. Son vencejos,
como una nube tímida y sonora
que todo lo oscurece, porque ignora
lo que hay en él de fábulas y espejos.

Puro aprendiz de dudas, de certezas,
sólo comprende su estupor. El día
le sabe a noche, a sueño y a humedad.

Si consiguiese al menos que las piezas
cuadrasen, pero no. Ya no confía:
el sol es siempre ajeno a la piedad.

ELOGIO DE LA VOZ

ALGUNA vez lo supe,
murmura el frío en el amanecer.

Voces que se irisaron como escamas,
sólo el zumbido de un aliento, que

nadie imagina sobre los maderos.
Un nombre apenas. Ya qué importa. Fue.

Nunca hubo mar, sino la luz pintada
con el escueto trazo de una piel.

Las horas vuelven, se repiten. Oye
cómo su olor nos cubre, sin memoria, cómo
es.

EL FIN DEL INVIERNO

EL ALBA quiere que la dejen sola.
Bajo la noche inmensa y sin compensaciones,
arrojados a las puertas de cualquier lugar,
estamos todos los que fuimos.
No hay una lágrima de más. Se nos nota en los ojos.
Ciegos y a la deriva, con el sol de la infancia
inauguramos tantas promesas bajo tantos párpados,
que ahora asumimos cicatrices sin pestañear. Descubro
la ceremonia de sus migraciones, de
su redención obtusa, el puro enigma
que vino hasta nosotros como un tráfuga
con el que ya no pactará la muerte.
El latido del mar no aporta huellas,
y ése fue, invierno, nuestro error. Buscamos
ser un espejo roto al borde del camino
pero ni tú ocupaste, ni tampoco yo,
lugar alguno en el misterio,
por eso nunca te entendí.

EL BULEVAR DE LOS SUEÑOS SIN NOMBRE

I

LA VOLUNTAD que niega su deseo
funde pavor y límites, dibuja
una fingida red, un muro inexpugnable.
Voluntad de no ser, sin luz y a solas,
esa inquietud inscrita como un ala
bajo la ingenua morbidez
con que otro cuerpo, el mío, asume su agonía,
¿qué otro calor posible
cuando ya no hay calor
sino el silencio frío de la noche?
¿Quién es ése que mira,
más allá del deseo de sobrevivir,
un horizonte en brumas,
como si fuese el premio a la serenidad?
Estas palabras dicen lo que nombran,
son el residuo escueto
de una quizá buscada lucidez
vuelta memoria y reflexión y
no,
nunca memoria, sino asombro, sólo
estos guijarros donde ...
Infinita es la sombra para llegar a mí,
infinita la música de su silencio.
¡Cuántas palabras caen de mi boca

con la impaciencia ciega de un nublado!
Ya sé que su vacío es necesario,
como la luz que muere sobre mi ventana,
cuando el domingo empieza a anochecer.

V

NO TENER sueños, ni lugar, ni nombre,
y allí ser nadie, sin buscar refugio
ni pretender un aire que no llega.
Solos, la noche y tú, su sola compañía.
Y al calor de la lumbre,
con la paciencia extraña de la lluvia
escribir superficies, serenidad, otoño,
al aire de un domingo hecho jirones.
Un olor a ceniza todavía caliente
impregna las paredes de su habitación.
Junto a unos pocos libros y el papel en blanco,
sentado ante mi mesa, escucho su agonía,
cómo construye desde su silencio palabras que
son humo,
que hacen, al fin, el cielo más hermoso.

PHYSICAL GRAFFITI
JOSÉ EUGENIO SÁNCHEZ
(1997)

X Premio Fundación Loewe
Joven Creación

PROBABLEMENTE APRENDERÍA A QUERERLA SI
SE ROCIARA EL CUERPO DE BOURBON

acaba de pasarse una toalla entre las piernas
porque estuvo debajo de un tipo de mediana edad
al que obligó a usar condón
y le bailó y le mamó la verga
por 100 dólares que habían sido acordados
en la esquina de sunset y western

ahora se ajusta las pantimedias y la falda de cuero
se pone los zapatos
cierra el zipper de su chamarra negra a la mitad del busto
se alborota el cabello
se despide sonriendo antes de cerrar la puerta
y camina bajo una pertinaz llovizna
por una calle iluminada y sola

arrastra su bolso con cierto desgano
y algo de poesía hay en todo esto.

EL ASALTO A LAS PUTAS
(MÚSICA DE RY COODER)

mientras nuestros cuerpos abajo arriba abajo
las putas corrieron a esconderse al entrar los bandoleros:
y los balazos las copas rotas las fichas
las cartas en el suelo
el tipo que lo descuentan y lo deslizan por la barra
el disparo el mecate que sostiene el candelabro
muchos muertos la huida con pistola en mano y ramera
a cuestras
y toda la cerveza cacahuets whisky y caja registradora

la polvareda:
el silbido del tren a lo lejos los pañuelos agitando
la tibieza de tu piel que se da como pregunta
las ramas secas girando en el abandono del pueblo

dos días después aparece la dorada cobarde estrella del sheriff:
los hombres tienen sed y preparan el cadalso
los bandoleros y las putas ya habrán cruzado tejas
completamente
ebrios y desnudos pensando abrir un congal en ciudad Juárez
y aquí: la pianola no tiene compostura
nuestros cuerpos abajo arriba abajo ingeniería perfecta
y la puerta del saloon está que se cierra
se abre
se cierra
se abre.

DESCRIPCIÓN DE LA ESPOSA DE UN CUADRO DE PAUL KLEE

tiene carácter: ha lanzado una cantidad de floreros a la pared

tiene elegancia: ha roto la vajilla y aventado cucharas tenedores figuritas de porcelana grabadora y ceniceros por el piso hasta crear un paisaje armónico

tiene buen gusto: entretejió arcénicamente un dialecto parecido a un horóscopo chino

y se enoja porque hay polvo en los libros
y es rubia amable y nunca te rechaza un martini.

MICK JAGGER NO CANTARÁ SATISFACCIÓN
A LOS 50

A mi padre

estabas en los brazos de tu madre
y el país en manos de díaz ordaz

la pantera negra enloqueció wembley
la bola de hechicera en sus botines
el pasto: una alfombra a palacio: pero no

bobby moore —qué seriedad—
charlton el muchachito burgués que untaba la pelota
con melancolía
& gordon banks dándole vuelta al sentido de la gravedad
(entre las espantosas tomas del vídeo)
alzaron la jules rimet
con el gol fantasma que todos vimos que no entró
la jules rimet se dejó besar por la realeza
sí isabel II a la que le dieron un botellazo a su auto
en belfast

y franco: españa llena de polvo y calles grises
johnson bombardeando haiphong hanoi
y nueva delhi aprobando la matanza de vacas sagradas

marlon brando filma motín a bordo
y compra por 200.000 dólares

a madame duran la isla tetiaroa en haití
con la promesa (muy hippie de su parte) de no talar
ningún *tow*

y luego tragedias: los beatles se niegan a dar conciertos
paul mc cartney le borra las pistas a ringo y graba otra
batería encima:
yoko ono inicia su maléfico plan para destruir el cuarteto

balbuceabas y la gente hablaba de la muerte de george
duhamel

buster keaton anna ajmátova andré breton
de la guardia roja en pekín
de fidel castro y la encíclica del *paul six*
del polipropileno la terlenka el poliubretano expandido
o peter paul & mary

todo mundo andaba ocupado
yo por ejemplo
me dedicaba a comentar cualquier cosa
acerca del culo de brigitte bardot.

LA LÁGRIMA DE AHAB
JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ
(1998)

XI Premio Fundación Loewe

ANATRON

—¿Y tú quién eres?

—*La Ocasión poderosa*

POSIDIPO

*Raya algún destello histórico allá entre las lobregueces
del siglo*

EDWARD GIBBON

Para Evelyne Sinnassamy y Michael Nerlich

No existían. He aquí un producto
del siglo XX en sus finales. Genuino:

Esta criatura,
aún ni siquiera adolescente,
vestida y maquillada como puta,
exhibiendo (ignoro si sintiendo)
lumbre de furia sensual,
fantástica,
letal.

Esas piernas, ese culo, ese cuerpo
moldeado por la lycra,
no son ya piernas, culo, cuerpo,
—como no lo es esa mirada
pervertida— capaces
de una devastación

normal. Esos ojos, esa boca, ese rostro con ese maquillaje, es otra dimensión de la belleza y la sensualidad que controlábamos.

Mientras tú aún estás pensando en Lampedusa, el Rey Arturo, o en el *Ramayana* o en Rimbaud, o dándole vueltas a la Guerra de los Treinta Años, o qué sé yo, pensando aún que nuestras vidas son esos ríos, según Manrique, que van al mar / morir,

este Ser de la Noche, bizarre déité como diría el disipado Baudelaire, ha descubierto que ni Gatopardos ni Wallenstein, ni siquiera el mar/morir. Sino que todo es, simplemente, una molestia, y que toda molestia ha de evitarse. La televisión, y en el colegio, y en su familia, ha aprendido que el mundo es suyo.

Y ah, cómo retoza, cómo brilla, fantástica, a las luces de este bar, qué hermoso es ese rostro sin destino, excitante, cómo mastica nuestras entrañas, ese juguillo que le resbala por la comisura de los labios...

Por fin, la quintaesencia
de la sonrisa de la Esfinge,
morfina de la desesperación,
que bailaré, llamándonos
más allá de las cenizas, las ruinas, los despojos,

por fin, la dulce mano
que sostendrá, arrancado del cadáver,
el corazón aún latiendo del Horror.

PIEDRA DEL SUEÑO

*En medio de tantos desórdenes siempre reinó una alegría
que los hizo menos funestos*

VOLTAIRE

Para Hélène y Bobo Ferruzzi

Este pasador... En el oro más fino
cincelado. Cuántas veces
dedos anhelantes lo habrán apartado
para que una melena oliendo a mujer
cayese abandonada
sobre unos hombros mórbidos.
Ahora, muerto en esta vitrina,
parece reírse de nosotros, reprocharnos
que seamos capaces de pasar el tiempo
admirándolo.

«No soy nada
—nos dice—, sólo un objeto
para sujetar el pelo. Soy hermoso
porque cuando alguien me hizo
era impensable no modelar belleza.
Pero sólo existo cuando brillo
allí para donde fui concebido,
no en el acabamiento de esta veneración mediocre,
sino sobre un rostro hermoso y moreno».

BEZAQUID o PIEDRA DE LA SERPIENTE

Sé más de lo que puedo expresar en palabras, y lo poco que puedo expresar en palabras no habría sido expresado si no hubiera sabido más

VLADIMIR NABOKOV

—¿Y bien?—preguntó Van Helsing

ABRAHAM STOKER

Para Fernando Savater

Una vez más, te encuentro. Casi puedo
llamarte ya buen, viejo amigo,
querido... Tantas veces
a lo largo de mi vida
—como quien al volver una esquina en cualquier sitio
de pronto ve a un conocido ¿Qué haces tú aquí?

La primera vez, recuerdo
muy bien, fue durante
una enfermedad, de niño, y cómo me sacaban
de aquella postración las peripecias
de Candide, Pangloss, el apesadumbrado Martin.
Hay libros tuyos, por ejemplo
El siglo de Luis XIV,
que cuántas veces he leído...

O tus cartas, tu *Diccionario*... No sé; y un montón de biografías.

Tú siempre ahí,
mirándome,
irónicamente, a mí
y al mundo. Como aquel día en París,
cerca del río; caminaba yo muy amargado, y al doblar
la calle, en la placita, tú, y esa sonrisa.

Pero esta vez, te lo aseguro,
has estado magnífico.

Tú no viniste nunca aquí. No sé por qué,
pues es una ciudad que bien entraba
en el placer —y conveniencias—
de tus viajes.

Sigue siendo la ciudad maravillosa
que siempre fue. Y eso que sufren
una espantosa situación —demencia de los gobiernos. Tú
supiste
mucho de esto: Todos son iguales
en su codicia, su ineptitud, su indiferencia
ante el dolor humano—; nada funciona
en la Administración, y no logro entender
cómo puede este pueblo ni comer.

En medio de las ruinas
del mundo que no fue, que fue incapaz de darles
suerte y fortuna, y el frío de la cuchilla
del que ahora viene sobre ellos,
aún luce la hermosura de un palacio

hoy museo. Se llama el Ermitage. Qué voy a contarte de su estado: le han quitado hasta la calefacción y las luces —de diez, dos, tres— hacen casi imposible contemplar sus tesoros. Hay Rembrandt que es inútil te pongas donde te pongas a mirarlos, o algún Rubens, o Velázquez, Monet, Van Gogh, Leonardo...

Pero no es la anécdota donde quería pararme. Toda Rusia se sume en el desastre ahora, pero el coraje de este pueblo sobrevivirá —lo ha hecho tantas veces— y mañana, un día, este museo brillará de nuevo.

Y es eso lo que tiene que ver contigo.

Cuando, ya, agotado de recorrer salas y salas, helado, estupefacto ante ese caos, de pronto, al pasar a otra sala, ¿qué encuentro?

A ti, querido, en tu mármol —también es de Houdon—. Y como siempre esa sonrisa fina, esos ojillos, más sobre todo esa sonrisa de comprensión total, esa sonrisa que nos dice:

Olvida esto, pasará, como pasaron todas las monstruosidades de este mundo. Se llevan a muchísimos, sin duda, pero terminan por pasar. Y además... Son demasiado fuertes. No podríais

contra ellos. Caerán, y por la misma
ciega fuerza que los ha encumbrado. Ahora es inútil.
¿Que no es justo? La Historia no lo es,
no está en sus atributos.

Salvad

lo que podáis. Que no os arrastre.
Y el Arte, ciertas costumbres, el máximo posible
de humanidad entre vosotros,
engañad —lo que sea—
a vuestros gobernantes, entendedos
entre vosotros, tratad que sobreviva
al menos el recuerdo
de la Libertad y la Conciencia.

Y todo esto, no con tono grave,
apocalíptico, sino
con esa sonrisa, sabiendo que el humor
es parte principalísima de esa salvación.

Por eso te digo que has estado
magnífico, querido.

En tu homenaje
—en un coloquio en la Universidad—
le dije a los alumnos
que tenemos el derecho; es más,
tenemos el deber
de traicionar a nuestras patrias,
«pasarnos» y entendernos
nosotros,
desobedecer a todo
cuanto no seamos nosotros,
lo que no sea
nuestra Libertad y nuestra Conciencia.

LA NOCHE DE LOS BUEYES
SILVINA LÓPEZ MEDIN
(1998)

XI Premio Fundación Loewe
Joven Creación

LA CASITA DE LOS PISOS DE HILO

Afuera los árboles calvos
los gritos de la vieja
los tapados
deseos de envolverte.

Adentro
nos deshojamos
el tiempo se quiebra
derritiéndonos
en una caricia
abrirnos todas las puertas.

LA NOCHE DE LOS BUEYES

te metiste en mi boca
sin mapas
ni relojes
ni palabras
lejos
de la ciudad donde todos son parientes
se empantanó una rueda
y tu mirada
en la mía

sobre tierra colorada
nunca existió el apuro

esa noche
duró hasta una bocina
y otra vez
la respiración
el grito de un gallo

OTNEIMICÁN

Temblando
bajo los gritos de la lluvia
con un saquito de té
y otro de lana
me acurruqué en el hojal de tu vientre
y flotando en una burbuja de piel
me encogí.

NANO A LOS DIECISÉIS

Estamos en la edad de los vasos de whisky
me hablas haciendo figuras
con el tuyo
no tengo bolsillos en el vestido
no sé dónde poner las manos
durante cada silencio
me lleno la boca
de ese líquido con olor a abuelo
lo trago
de golpe para sentir menos el gusto
una mano en verano
se mete en mi garganta
tu boca
dice algo sobre estudiar derecho
me gusta cuando pronuncias la *o*
tus labios forman un círculo
o
espero otra palabra en masculino.

Ahora caminas más cerca del techo
tengo que estirar la cabeza
hacia atrás
para no ver sólo tu cuello tratando
de escapar de la camisa.

Nano
pasaron años

desde aquellas tardes
en que la palabra auto
significaba saltar a la vereda
entonces me gustaba buscar
tus ojos entre las cortinas de pana
y que fuera difícil.

EN LA ESTACIÓN PERPETUA
ANTONIO CABRERA
(1999)

XII Premio Fundación Loewe

LA ESTACIÓN PERPETUA

El invierno se fue. ¿Qué habré perdido?
¿Qué desapareció, con él, de mi conciencia?

(Esta preocupación —seguramente absurda—
por conocer aquello que nos huye,
me obliga a convertir el aire frío
en pensado cristal sobre mi piel pensada,
y a convertir la gloria entristecida
de los húmedos días invernales
en la imposible luz que su concepto irradia;
esta preocupación, en fin, tiene la culpa
—y qué confuso y dulce me parece—
de que duerman en mí los árboles dormidos.)

El invierno se fue, pero nada se lleva.
Me queda siempre la estación perpetua:
mi mente repetida y sola.

EL PERDÓN

Alguien ha muerto.

La tarde extiende al aire
una luz empapada en violeta y en gris.
Todo es calma. Las peñas corrompidas
por el viento y el líquen amarillo
tocan esa luz, dicen algo que es denso y leve
como la tarde misma.

Cantan los estorninos del otoño:
su silbido también guarda riquezas
minerales, el cuarzo oscurecido.

Y aquí, un viento igual y un líquen semejante
han podrido las lápidas entre las que camina
el cortejo. La luz en ellas se hace un sitio.

Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad,
ha dicho el sacerdote, innecesariamente.

Alguien ha muerto.

La tarde extiende al aire
su perdón infinito.

LUGAR DE RUISEÑORES

Está junto a una fuente. No es secreto.
Un barranco con zarzas, con aliagas,
con rosales silvestres, con adelfas.
Es un espacio donde el tiempo esculpe
un bronce vegetal exacto y limpio.
A ese lugar retornan por abril
los ruiseñores, y abren de inmediato
en las ramas su diálogo nocturno
sobre quietas verdades misteriosas,
en un dioma lleno de razones
que son un raro compromiso y son
al mismo tiempo hipnosis y soberbia.

No he vuelto a ese lugar. Lo guardé un día
en el firme paisaje de mi mente
donde el cielo pensado está cubriendo
la misma luz difícil, el prodigio
de la fidelidad que lo impalpable
a veces establece con lo grávido,
con lo real, con lo que el aire toca.

Allí también puedo escuchar el canto,
la conjetura ardiente que medito.

L'ILLA DELS PENSAMENTS

(Cullera)

Un nombre fue lo que hasta allí me atrajo,
un nombre espléndido y solemne
que prometía la homérica luz a mis sentidos,
el aire,
la espuma de un hado feroz.
Y al mismo tiempo,
me proponía la idea perpetuamente concebida
de un hombre solo mirando el infinito.

Atrás dejé las urbanizaciones,
pisé la áspera hierba entre las piedras.
Ni una sólo fragancia vegetal,
nada terrestre, pudo entonces distraerme.
Llegado al borde
del alto acantilado, vi por fin la que llaman
illa dels pensaments,
una humilde porción de roca desgajada
que las olas habrán de disolver sin odio,
sólo eso.

Imaginé a las gaviotas —me pareció muy justo
trazando sobre ella un jeroglífico con líneas transparentes,
y a la gente intentando desde siempre descifrarlo.
Así, sus pensamientos se suman al símbolo radiante
de modo que la simple luz
se hace misterio.

Sentencí que el mar es una proyección azul y abstracta
de quienes lo presencian. Y que un nombre tan noble
para un lugar tan repetido
es cuanto de admirable puede quizá concluirse.

Volví sobre mis pasos,
pisé otra vez la hierba y parecía intacta.

Supe
que podía seguir pensando
en una luz homérica y en un hado feroz,
que continuaba siendo un hombre solo
y que, por tanto, ya miraba constantemente el infinito.

EL LABORATORIO
BRUNO MESA
(1999)

XII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

ABŪ NUWĀS

Habla un amigo del poeta

El lento viaje del humo en el aire,
la tensa luz en los garitos del arrabal
donde se esconden navajas
sedientas de sangre adolescente.
El vértigo de un cuerpo bien pagado,
un cielo bruno y una urbe silenciosa,
y estrellas a lo lejos como ojos de nácar,
como anuncios de un destino irrenunciable.

Esclavas lavarán tu cuerpo con su lengua,
y serás el bufón y el rey de los poetas;
cuando mueras nadie llorará sobre tu tumba,
porque fuiste el emperador de todas las tabernas
y el peor jugador y el poeta más libre y el amante insaciable.

Que en los poemas no haya nada del hombre
es lo que desean tus enemigos.
Que en el hombre haya algo de sus poemas
es lo que yo te deseo.

TACTO

Si no creyera en lo que se derrama,
en lo que muere o brota ante mis ojos,
y es por ello vida y nunca sombra;
si no creyera en la materia viva,
en lo palpable, en el áspero roce
de los cuerpos, en lo que mancha, toca
y ensucia, en lo que suda y jadea;
si no creyera en el tacto de la vida
jamás hubiera escrito este poema
que sólo es la caricia de lo que arde,
el pulso visible de tanta nada.

EL LABORATORIO

Sólo buscas las pruebas
que refuten tus sueños,
la ecuación perfecta
que derrumbe esta luz
poblada de mentiras.
Sólo persigues
la vacuna precisa
que te cure del mundo.

Pero cuentas con poco presupuesto.
Nada tienes, excepto
las antiguas palabras
que la vida derrama, equivocada,
sobre rus manos ciegas.

Sólo te quedan
estas prácticas de laboratorio,
estas vagas hipótesis
en que apuestas tu vida.

VARIACIÓN
SOBRE UN TEMA DE EDGAR LEE MASTERS

No me cubráis con concha del río.
Enterradme desnudo y sin rituales
en una noche sin luna de un día cualquiera.
Viví sin asombro, odiando la tierra y el cielo.
Nunca participé en el eterno desfile de la vida.
Fui una sombra que camina sobre la sombra del mundo.

PUNTOS DE FUGA
LORENZO OLIVÁN
(2000)

XIII Premio Fundación Loewe

INTERIOR

La sangre es una aurora que no soporta el día
y que alumbra tan sólo entre las sombras
de la carne encerrada, en el espeso bosque
de los huesos con ramas de venas y tinieblas.

La sangre es una luz que se ciega en la luz.
Si abandona sus cauces y traspasa la piel,
se desorienta, duda, equivoca sus pasos
y, sin saber qué hacer, se va quedando quieta.

La sangre busca un norte entre lo oscuro,
en la sima en que ha hundido sus raíces
nuestro existir,
en el pozo abisal del corazón,
en esa negra grieta.

TESEO EN EL LABERINTO

Dentro del aparente
sinsentido de calles
que enmarañan mis pasos indecisos,
permanezco ligado
todavía a la externa realidad
por un fino, invisible, leve hilo.

¿O he de decir, mejor,
que la oscura, huidiza irrealidad
me conduce a su antojo en su guarida,
y envuelve mi destino
con su tela de araña más sutil?

Ariadna, no me obligues
a matar el misterio. Si lo hago
y regreso a tu lado, victorioso,
¿qué quedará de ti?
¿qué quedará de mí?

CIUDAD DE NADIE

Dentro de la ciudad, otra ciudad
en miniatura, a más pequeña escala
y entre musgosos muros. El capricho
de alguien que se entretiene con el mármol
y levanta edificios que, en su absurdo furor,
llena de miles de ventanas ciegas.

Los pasos que aquí das, ¿dónde los das?
Los oyes, redoblados,
por las calles sin gente,
con eco de otra parte.

No se respira el aire que conoces.
Se respira el silencio
que ahora rompen tus pasos.

En tan extraña atmósfera
ni las flores se muestran
con naturalidad. Fuerzan el gesto
como los de las fotos.
¿A quién tratan
éstos de convencer
de que son quienes son
si ni siquiera sus borrosas caras
se lo creen?

Lo único
que atrapó el objetivo en esos márgenes

y que convence y que no admite dudas
es el tono amarillo de todos los retratos,
como es el amarillo el color ya del agua de las flores
y el del mármol marchito.

Dentro de la ciudad, otra ciudad.
Y dentro de ella, ¿quién? Tan sólo el tiempo,
señor de nada en la ciudad de nadie.

LA SUBIDA A LA TORRE

Has entrado en un círculo de piedra.
Bajo tus pies hay piedra, piedra hay
ante tu frente y piedra hay sobre ti.
Es un pozo de piedra sin más agua
que piedra aquí en su fondo, desde donde
no puedes ver su oculta superficie.
Apoyándote en piedra, vas girando
en espiral. Tu mano toca un árbol
de piedra. Va surgiendo de tu palma
mínima un tronco gris inagotable.
Has encontrado un eje, un centro. En torno
a él das vueltas, vueltas, sin saber
si está fuera o en ti —¿Subes o bajas?—
Y de repente el pozo, el árbol se abren
en fronda y en brocal de plena luz,
y tus ojos no miran; reconocen.
Estás al otro lado. Pero, ¿de qué? ¿de quién?

SANTA DERIVA
VICENTE GALLEGO
(2001)

XIV Premio Fundación Loewe

CÁNTARO

A Pere Rovira

Naciste
con nosotros,
cuando irguieron los hombres
con dolor sus espaldas
y en lo alto escrutaron lo que somos:
la esperanza y el pánico del cielo.
Eres,
cántaro humilde,
el hijo primogénito
del genio de la especie,
y eres también de su codicia el padre.
Soñó nuestra intemperie allá en su aurora
tu regazo custodio de los dones,
y fuiste encarnación
de un arcano apetito:
la huraña saciedad hecha forma sumisa.
Eres,
cántaro dócil,
arte puro en la ciencia de vivir,
floración en arcilla
de la razón primera,
orgullo de un pensar menesteroso,
primordial recipiente

donde a fuego esculpió
su condicion sedienta el alma humana.

Te cambiarán el nombre los idiomas,
transformarán los tiempos tus hechuras,
pero será común nuestro destino,
pobre cántaro hermano,
mientras el hombre dure,
porque el hombre guardó su esencia en ti
y te creó a su imagen:
cuerpo oscuro de barro
donde habitan la miel y el agua clara.

EL ESPÍRITU DE LA CARNE

A Abelardo Linares

Nada tienes que ver con lo divino,
espíritu inmortal,
aunque nacen de ti todos los dioses
y en tus calderas funda
su insana majestad nuestro demonio.

Quien no ha tenido miedo, no te sabe.
Quien no encontró tu aliento
fue un sombrío alentar desalentado.

Viento puro en la carne,
carne pura en el soplo de estar vivo,
tu dominio reside
en el crisol fugaz de valentía
donde el fuego aquilata nuestro metal más noble.

En la zozobra brotas,
rara flor afligida de esperanza,
te haces fuerte en la playa del naufragio,
y edificas tu templo
bajo el cielo sin ley del fin del mundo.

Eje ciego de fe
donde encuentra la esfera del dolor
su punto de torsión

y gira en equilibrio redimido,
espíritu del hombre,
hipotenusa nuestra en la ordalía:
sucede en la perfecta latitud
tu suceder sin norte,
y en este deambular atribulado
gobiernas nuestra nave mar adentro:
rumbo firme en la dicha hacia la sombra,
proa invicta de amor en la deriva.

DE RECOGIDA

A Josepe, Vidal, Merenciano, Migue y Tito

Llama fría del alba, te conozco:
tú vienes a ofrecernos el destilado amargo,
la comunión marchita, la quirúrgica luz
con que el cielo ilumina nuestra herida más honda.

Llama
fría
del alba,
despedazado cráneo del ingrato deseo:
¿quién se atreve a mirarte tras la noche de magia?

Los amigos se han ido.
Conducimos ya solos.
¿Y adónde nos conduce
la alegría gastada, el oscuro consuelo
de haber sido felices en la noche?

Satisfacción del mundo,
generosa limosna de una hora,
no hay engaño en tu don insuficiente
aunque quiera negarlo la luz rota del día.

Hemos sido felices en la noche.

Los amigos se han ido, conducimos ya solos.
Buscando algún refugio, regresamos a casa.

Y esta destartalada y alta bóveda
en la que el sol incendia
eternamente el aire es nuestra casa.

EL BARRO DEL PRODIGIO

Religiones y credos te desprecian, carne,
en favor del espíritu, pero yo no conozco
trascendencia más cierta que la que en ti se oculta,
y si un dios nos habita, eres tú la plegaria
que hasta él nos eleva,
arcilla tenebrosa en la que nace
la luz atribulada de los hombres.

Por eso te persigo,
temblor santo del cuerpo,
furioso amor que el hueso tañe
contra el hueso consciente de su quieto destino.
Hondo aliento de fuerza,
sabia ley y salud este instinto animal
de buscar en el pozo de la vida
una muerte pequeña, medida al fin del ser
en su sol y en su norte,
metafísica alta sin pensamiento alguno
donde la sola idea es abrasar
en un fuego feliz toda idea del fuego.

Sacrificial cordero que redimes
nuestro temor sombrío,
morada de la ira y de la hez
hechas música clara,
tiempo fuera del tiempo,
agónico estertor sin agonía,

cuerpo puro
del alma,
yo quiero bendecirte
por la angélica gloria que de ti he recibido.

Placer limpio de culpa,
airado instante
de la sagrada y puerca maravilla,
justicia eres de dios, si un dios existe,
segundo en que la carne vuela y canta
desde el alado centro de su humana ceniza.

LA MIEL SALVAJE
MIGUEL ÁNGEL VELASCO
(2002)

XV Premio Fundación Loewe

LA ROSA SECRETA

El cáncer es una fiesta de las células

Hay una oscura rosa acurrucada
allá en tu propio fondo, en lo más tuyo,
profundo y extranjero.
No sabes su color, pero es tu sangre.
Arraiga en el ramal de tus entrañas.
La abonas con tu amor y con tu miedo.
Se cuaja en ese lecho de tus sueños más firmes
y entre la grava de tus pesadillas.
La riegas con tus lágrimas
no vertidas a tiempo.

Estaba en ti esa rosa desde siempre,
inscrita su semilla antes del vértigo
del ovario y del rayo.
Desde el caudal abierto fue a parar
a tu breve corriente;
la transportó tu savia, y se hizo carne.
Allí, sin prisa, espera; hace memoria
de su lejano clima;
desarrolla su órbita precisa,
el milenario anillo repetido;
extiende las raíces, excavando
su soterráneo cielo.
Se anuda en tierno hilo a ese respunte
de las estrellas hondas,

aguardando el instante
de pulsar una música extremada:
esa apretada munición que impulse
el mortero del tiempo, dispersando
la alta metralla de la noche en fuga.

Será entonces
cuando la inusitada rosa alumbre,
con naturalidad, la artificiera
carga de su paciencia y lance, airosa,
en sed de firmamento sus bengalas
de fiebre, hacia el exceso renovado
de una fiesta remota.

Se encumbrará la púrpura
de tu jardín recóndito
al son de una violenta primavera.
Abrirá un cauce por tu cuerpo, en pos
de su cuenca escogida.
Y al llegar a la bóveda del ojo,
con la presión de un pétalo encendido,
levantará su párpado esa rosa
hambrienta de la luz. Y estarás ciego.

RESINA

En las Navas del Marqués.

A Isabel Escudero

Desde la herida vieja
de este pino sangrado se derrama
el melodioso acíbar de su tuétano:
la lágrima encendida.
Entró el tiempo a degüello en esa brecha,
con su zarpa de sol, con el colmillo
sucesivo de inviernos y sequías,
con guadaña de escarcha.
Y dejó para siempre
vibrando en ese riel de su angostura
un crujido de hielo. Cae lento
como un óleo de luz desde el costado
del leño secular
el sudor limpio. Cae
apretada de soles esa gota
ofrecida en la pulpa.
Y bajo la lanzada
del mediodía es bálsamo que unge
la llaga del mirar menesteroso.

ALBERT HOFMANN

LSD

Dietilamida del ácido lisérgico

Fue en su ciudad, la vieja Basilea industriosa
de Paracelso y Holbein,
de Erasmo y Burckhardt, el imán insigne
arrancado con íntima paciencia
al pedernal difícil de la Historia.
Esa mañana de nuestra entrevista
me mostró los tesoros de la pinacoteca.
Yo miraba aquel cuadro
del Cristo horizontal, del Cristo hombre,
el que ya no podrá resucitar
porque pesa una losa
sobre su soledad de carne huérfana;
y usted me encaminaba hasta la amable imagen
del varón indulgente
de la humana locura.
Me llevaban los pasos hacia el rincón oscuro
de *La isla de los muertos*,
y su brazo me guiaba hasta otra roca
lujuriosa de espumas, salpicada
por el fresco tumulto de sirenas
y tritones fogosos.

Al promediar la tarde, en las afueras,
repetimos aquel itinerario
de su primer viaje de altos vuelos
en una bicicleta desmandada.
Me enseñaba el paraje donde, aquel día brujo,
a vueltas del azar y de su ciencia,
saltó de la alquitara la decidida chispa,
la que encendió en el juicio una luz misteriosa.
Ese brioso fósforo
prendió en el alma oscura de la especie,
alumbró la caverna; en ella había
huellas rojas y esquiras, animales
petrificados en el raudo espanto
de su estampida, y temblorosas sombras.
Y trepó un hombre por la escarpadura
hacia un sol cegador; le costaba al principio
acostumbrar sus ojos;
disciplinó su vista y vio las cosas
al punto definidas, como por vez primera:
esa aurora del polen,
el oro erguido de la prieta espiga,
un cielo minucioso en las corolas
y en la concha el rodar de las mareas.
Y en todas vio una misma savia audaz:
en la dura corteza y en la oruga,
en la rosa mojada y la babosa.
Conoció del erizo de mar y de los astros
la augusta simetría.
Supo la piedra en el talón de Aquiles
y la velocidad de la tortuga.
En la noche cautiva de su sangre
sintió vencerse el vuelo de la alondra

y aprendió compasión.

Hoy vuelve a mi memoria, buen amigo,
su ufana ancianidad.
Y quiero imaginarle en ese amplio
jardín de la colina,
junto al viejo mojón, allí erigido
por sus antepasados, en la linde
de Francia con la Helvecia. Sintiendo la caricia
del sol sobre su carne agradecida.
Contemplando las nubes en liviana
cabalgata de ménsulas,
la tutelar cornisa de los Alpes,
el valle en visión nítida;
y al fondo la serena arquitectura
de iluminadas cúpulas,
la limpia luz de la ciudad eterna.

LAS GARZAS

Para Angelika

Las vi al cruzar el puente, en un rasguño
de la noche cerrada; trascurrían
en formación precisa,
un sereno triángulo
corno flecha segura que apuntara
al corazón del sol adivinado
más allá de la niebla,
tatuaje rojo inscrito en el calor
del territorio propio entre las alas.
Batían en la fe de un solo pulso
el plomo de los cielos, sacudiéndose
las bajas nubes tardas.
Volaban de memoria aquellos pájaros,
fantasmas de pureza con la mirada baja
en la línea de acero de una ancha tierra santa.
Quedé como imantado
en toda mi estatura a la alta aguja
de su navegación, mientras seguía
con los ojos errantes el vector de su rumbo.
Al cabo, la bandada
fue mullendo su esquema en una mecha
de bruma, hasta perderse
en la tinta del cielo.
¿A dónde irían
las garzas? Sólo sé

que algo de mí partió
como saeta fiel aquella noche
desde el arco del puente;
algo de mí se fue y boga dichoso
hacia algún sur de luz en la flecha del vuelo.

FUERA DE MÍ
CARLOS MARZAL
(2003)

XVI Premio Fundación Loewe

FUERA DE MÍ

Sobre esta levedad, convaleciente,
sobre esta frágil osamenta hermana,
consigno mi relato
y voy que tiemblo.

Este pender de un hilo, más me enhebra,
más zarpo, en mí, sin mí, con la maroma
que ata mi cuerpo a tierra y me da el rumbo.

Salud por mi salud,
el promontorio
que doblo, a la deriva, sin ayuda,
con sólo este fanal
de carne en que titilo.

La ventisca me mece, y voy que fluyo.
El vendaval me acuna, y voy que nazco.

Salud por mi salud,
ya no hay quien vuelva.
Desde esta flojedad quiero más firme.
Más me complazco, y más yo me disfruto,
cuando me libro, en mí, de lo superfluo.

Con párvulo dolor beso mis párpados
y me atempero de liviana fiebre.

Estas décimas simples son la hoguera
con cuyo fuego, en círculo, me abrigo,
y observo, a ojos atónitos,
el éter constelado,
y aúllo hacia la luna,
y silabeo,
y danzo,
y soy mi tribu.

HECHO DE NADA

Hecho de nada.

De fábrica fugaz y carne en vilo,
barro que siente euforia de ser barro.

Eco de nada.

Música de un metal que nos conmueve,
cuando dobla de luto en su alegría.

Rezo de nada.

Salve que canta a coro este vacío,
bajo la ciudadela impávida del cielo.

Techo de nada.

Bóveda fantasmal de estar con vida,
que cubre allá en su cúspide este mundo.

Lecho de nada.

Ara donde inmolar la duermevela
de nuestro loco idilio con el tiempo.

Leño de nada.

Amorosos carbones en que pudre
el recóndito bosque de ser hombre.

Cero de nada.

Número en arrebató que ni ordena
ni cifra en su defecto nuestra fiebre.

Fuego de nada.
Antorcha inextinguible del espíritu
con que incendiar en ansias nuestra noche.

Verso de nada.
Pájaro de canción tan en su vuelo,
que no piensa entender jamás de nidos.

Lleno de nada voy.

Beso de nada os doy.

Hecho de nada estoy.

Hecho de nada.

No quiero decir más.
Quiero decir con nada.

No pinto más en mí.
Estoy en blanco.
Estoy en color vivo.

Música de la luz, te escucho y lloro.

FELICES LOS FELICES

Felices los felices,
los más fuertes,
los timoneles de su mar propicio,
los de la risa madre de lo propio,
los ilesos del poso de la vida,
los ilusos del paso de los sueños.

Ya estaban en su orilla y nos llamaban,
los desde siempre en pos,
los más alerta,
los embebidos del primer aroma,
los del cristal de aumento sobre nada,
los de la lupa en paz del sol desnudo.

Nos honran con su luz los atrevidos,
los de la desmesura,
los radiantes de ser nos enaltecen.
Los trágicos alegres en su cáliz.

Dichosos los dichosos en su dicha,
los del humor febril del universo,
los simples partidarios, los devotos,
los de la pura razón voluptuosa.

Los dilapidadores nos redimen,
los héroes terrestres, los sin culpa,
los de ya no caber en sí de gozo,

los en su misma esencia,
los posesos.

Y felices nosotros,
sus discípulos.

Por lamernos en miel la llaga viva,
por extasiados en el tiempo amigo,
por aprendices de este amor demente.

EL IDIOMA DE ADÁN

JAVIER CANO

(2003)

XVI Premio Fundación Loewe
Joven Creación

ÁRBOL GENEALÓGICO

Dibuja un tronco; escribe en él un nombre familiar; luego búscate en sus ramas igual que si empezaras, en un puzzle, por la melancolía de la pieza que lo termina. Entra en la memoria del apellido con el que antecedes la historia de tu sangre, hasta la copa, hasta ese lugar último que inicia contigo una frontera —su costumbre—. Como si el tiempo fuese un papel blanco y tú un fragmento de algo nunca escrito.

SOLO DE SILENCIO

Antes que tú y después de ti, algún día
sin rastro ni almanaques, la palabra
desconoció tu nombre y pronunció
su inexistencia hasta encontrar el aire
preciso donde anclarlo. Tú estás dentro.
Gritas con una voz que nadie oye.

ARIA

Como quien busca en todas las palabras
la precisa acepción que lo define
y acaba por abrir un diccionario
de páginas aún por escribir.

Como el que mira el mundo de un espejo
y cree reconocerse en su mentira.

Como ese que no duerme y se pregunta
quién es y qué hace aquí, adónde va,
de dónde viene, y nunca se responde.

LENTO

El miedo con que todas las ventanas
asoman la mirada sobre el vértigo
mutuo de un mismo precipicio.

El frío

que asumen las estatuas, pues se aprende
sólo en los ámbitos de la quietud.

La rosa que, inclinándose, resume
sus ciclos.

La corriente que concluye
fuera del mar.

El fondo indescifrable
de los charcos, después de haber llovido.
Lo que se anda entre sueños: su fatiga.
La impresión de saber que uno es su término.

Desierto

(2004)

XVII Premio Fundación Loewe

FUENTE DE MÉDICIS
GUILLERMO CARNERO
(2005)

XVIII Premio Fundación Loewe

—¿A qué vienes? Tuviste tu verano:
yo puse en tu camino a una feliz
y hermosa criatura,
mucho más que los versos que le escribes,
a la que heriste y renunciaste. Era
niña de pocos años,
mi encarnación, lo que yo soy en piedra
y en concepto, perfecta pero viva,
cálida en la aureola de su sangre;
y vuelves viejo y solo,
condenado a vivir en el recuerdo
y esperar el alivio de la muerte.
Yo he conducido a muchos
a la felicidad; no quiero ser
tu maldición.

—Esta fuente me atrae por sus aguas
inmóviles y negras, por sus flores
pútridas; y tu estatua,
tu desnudez, que encarna
la Hermosura suprema
junto al Amor ardiente, helada y rígida,
mohosa, tantas veces recubierta de nieve,
me recuerda mi error y mi fracaso.

Tan pronto te mostraste
me indujiste a creer en lo absoluto,
y el ser tu hechura me hace más amarga
la noche de este invierno.

—No olvides tus recuerdos más hermosos:
busca refugio en su ilusión de vida.

—Aquello que viví
ya ha sido una ilusión; no lo acepté,
no advertí su valor ni lo retuve,
y el tiempo me arrastró, dejándome en las manos
el palpito indeciso de una sombra;
y me ofreces el mísero consuelo
de perseguir la sombra de una sombra.

...

—No me atrevo
a olvidar el milagro
que sólo ella concede:
que en tinta negra brillen
los signos del amor
radiante, o que el radiante
amor que se desliza
hasta el fondo del agua azul turquesa
en la luz vertical brille y se apague
trazando un signo negro. Mira el páramo,
al que cualquiera impone su sonido:
los ecos lo recorren y lo manchan.
Hablar sobre el vacío significa
más que el vacío de no hablar,
y yo quiero el castigo
de quien cambió su vida
por un sueño de libros y museos.
Hace tiempo buscaba estos jardines
abandonados para percibir
mi identidad creciente en su vacío

de árboles grises y de estatuas yertas.
Su soledad me daba fortaleza,
y al verte entre los brazos
de tu pastor, un dejo de arrogancia
cubría de desdén mi penitencia.
Hoy sólo veo en ellos abandono,
sin vida ni esperanza,
ni más aspiración que ser escrito.
Llévame de la mano
a las aguas tranquilas.

—Todos serán tranquilas para ti
ya que vas de la mano que no sientes.

EL JERSEY ROJO
JOAQUÍN PÉREZ AZAUSTRE
(2005)

XVIII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

CONFESIÓN

Buscamos la belleza en estar vivos.

Cuando se temple el aire en los pulmones
y hacemos un recuento del día y su demora,
antes de la cena o de la barra,
acabo preguntándome qué busco.

Supongo que ya saben de qué hablo:
se anudan las secuencias de este día
para asumir su fin.

Escribo porque me salva,
para que las preguntas duelan menos
o no acechen, escribo
porque nunca fue más bello el engaño.

El sueño es una tregua o una trampa.

Buscamos una piel en que nacer.
Buscamos la belleza en estar vivos.

BREVE HISTORIA DEL GIN-TONIC

En el siglo diecinueve
todo el que tenía un pasado que ocultar
solía buscar su puerto.

El principal enemigo de esos navegantes era el escorbuto,
y en esto es cuando nace el combinado:
se vence el escorbuto en el limón,
y viene así el unguento en ese aliño
con una vitamina que apuntala.
Se vence el escorbuto en la quinina,
en esas manos blancas de la tónica.

Su llegada a España es tardía:
fue el hijo de Pedro Salinas, Jaime,
quien lo trajo de ultramar.
Encontró en Barcelona
camaradas para el rito,
y así mudé el coñac por el gin-tonic,
entre otras cosas,
porque el régimen era frecuentado
por otros escorbutos bien notables;

Gabriel Ferrater, Costafreda,
Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral,
Manu Portal y otros tantos,
alentados por Salinas,
se pasaron del brandy a la ginebra.

Ninguna escuela enérgica y crucial
para aprender a vivir
como la escuela que invita
a aprender a beber.

No se puede explicar una literatura
sin explicar, también,
la forma de alternar lo que se escribe:
lo real con lo imposible,
que casi siempre es posible.

En el rito del gin-tonic
miramos un espejo de burbujas pagadas.
La distancia no es olvido
y tampoco es ausencia:
depende de lo largo de este sorbo.

EL FOTÓGRAFO

1

Estás tan bella descalza y en vaqueros
que decido quitarte el jersey rojo:
ese deseo antiguo de horadarte
con una transparencia en los tejidos
que se hace transfusión vertida adentro.

Aparece tu vientre,
hay una niebla intacta en tu desnuda
manera de quitarte los zapatos.

Podría desabrocharte con testigos
y masticar los peces de tu espalda;
entrar quizás al mar para allí entrarnos
igual que el sol avanza y cambia el tono.

En el descapotable está el equipo;
quién quiere buscarlo en el calor
si es tu calma de esperma en los tobillos
salpicando la espuma enternecida.

EL JERSEY ROJO

Un rumor de lluvia,
un paso entreabierto en la ventana.

Cuando el cuerpo y las ganas son color
los poros reconocen un letargo,
una luz comprimida en unas cestas,
un rumiante de tiempo
o una imposición.

Se puede diseñar una estructura,
el diente de una espera,
una musculatura física y mental;
pero cómo vivir lo que nos viene,
cómo asimilar en un minuto
la dinamita o carga de una vida.

El hombre sigue sujeto a la mecánica
de la casualidad,
y hay un sentido o un significado
en la inminencia blanca de la lluvia:
un chaparrón perdiendo sus agujas
sobre la colcha gris de la piscina.

La lluvia sólo quiere que la escuches:
salir a acariciarla,

dejar que se te moje el perfil rubio,
el jersey rojo,
los tacones que ensalzan tu esbeltez;

dejarla sobre el peso de unas hojas,
del aire desenvuelto en su latencia
o en un acecho de agua.

Acepta un nuevo estado, sal afuera
por mucho que prefieras un paraguas.

Antes o después la lluvia nueva
hará que sí la escuches, que prefieras
salir de donde estás para mojarte.

EROS ES MÁS
JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS
(2006)

XIX Premio Fundación Loewe

VLTIMVS ROMANORVM

Para Rafael León

En el último disco Robbie Williams
canta aquellas palabras memorables
que con apenas diecinueve años
pronunció en África Agustín de Hipona.
Tal vez las musitó casi en silencio,
mientras la Antigüedad se terminaba.
La más humana de las oraciones,
la que probablemente ha conmovido
como ninguna a su destinatario.
Ahora que también algo se termina,
Robbie Williams dirige su micrófono
hacia la multitud, que sin saberlo
repite la plegaria de aquel joven
romano apasionado y la propaga
en videoclips y en radios y en ipods.
La más humana de las oraciones:
*da mihi castitatem, continentiam,
sed noli modo. Oh Lord,
make me pure - but not yet.*
Dame la castidad, la continencia.
Hazme puro, Señor,
pero no todavía.

SI ME DESPIERTO EN MEDIO DE LA NOCHE

Si me despierto en medio de la noche,
me basta con tocarte.
A mi lado respira
tu cuerpo de hombre joven
como animal en la naturaleza.
A mi lado descansa
esta musculatura construida
en la constancia del entrenamiento.
El tenista que triunfa
en las pistas de barrio cada martes,
el artista, el poeta, el que redacta
su tesis doctoral, el que diseña
el que canta, el que baila,
el que sonríe deslumbrantemente
el que guarda silencio,
el que lee,
el que combate contra mí en la cama,
el compañero de todas mis horas
tiene en estos momentos la perfección distinta.
La alegría, la gracia
que en las horas solares constituye
belleza que se mueve
ahora se resuelve en equilibrio.
Me gusta estar a ciegas.
No existe nada más que tu temperatura
resumiendo los datos verdaderos del mundo.
En medio de la noche,

tengo de pronto un indeterminado
número de minutos
para quererte
con el aturdimiento y la clarividencia
de los desvelados.
Siento en tu piel al ser humano bueno.
El ritmo de tu aliento
me comunica música muy simple
Me indica mi lugar
en el cosmos. Al lado
de tu serenidad viril. Empiezo
a quedarme dormido
abrazado a tu cuerpo.
Si me despierto en medio de la noche,
me basta con tocarte.

EL REINADO DE ADRIANO

«Se trata, sobre todo, de una teoría del conocimiento, del modo en que un hombre se sustrae poco a poco a las ideas de su tiempo, que rechaza.»

MARGUERITE YOURCENAR, [sobre Zenón],
Carta a Alain Bosquet, 1 de enero de 1964

El reinado de Adriano
se parece al octubre que celebran
los japoneses. Pero la nostalgia
que siento de esos años no se debe
a la ausencia de dioses. Ni tampoco
al gobierno feliz de este monarca.
Ni a su cultura helénica, sus viajes
o la estabilidad de las fronteras
de su imperio. Percibo
aquello como patria,
como época propia,
porque intuyo que entonces no tendría
la sensación de exilio
creciente que despierta
en mí la época que me ha tocado,
la cultura angustiada
dictada por algunos que no aman,
los intelectuales
de clase media, aquellos
que no son ni poetas ni filósofos,
el futuro nublado,
la situación incierta de mi patria.

GIMNASTA

Utiliza expresiones como *tren superior*,
centímetros de brazo, *horizontalidad*.
Está arriesgando mucho sobre la barra fija.
No quiso practicar fútbol ni baloncesto.
Sus padres lo apuntaron de niño en un gimnasio.
Gira. Vuela. Organiza todos sus movimientos.
Sueña con pinchar música ante la muchedumbre
en una discoteca: *Fabrik* de Fuenlabrada,
la misma en la que baila cada noche de sábado.
La naturalidad es una de sus bazas.
En Pekín estará en su mejor momento.
Tendrá 23 años. Si no falla ahora mismo,
si convence a los jueces, dentro de unos instantes
va a gozar la alegría más sencilla del mundo.
Mañana tendrá acceso *vip* en el aeropuerto.
Y será recibido por su alcalde, el de Móstoles.
Podrá pinchar su música ante su gente en *Fabrik*.
Ejercicio completo. Impecable salida.
Va a ser ya muy difícil que se le escape el oro.

DÍAS DEL BOSQUE
VICENTE VALERO
(2007)

XX Premio Fundación Loewe

I

Como palabras son las hojas de esta higuera.
Como palabras dichas en voz baja.

El mirlo las convoca y las pronuncia con su negra lengua del amanecer. Creo en vosotras todavía.

Creo en el aire amarillo de este invierno y en las hojas sin luz que ahora resbalan, desnudas, se deslizan, como palabras últimas del mundo:

mensajeras oscuras de una más honda y perfecta claridad.

II

Un día, en el bosque secreto de las palabras, cierto ciervo que vi, que se veía, me dijo, allá donde no había caminos ni senderos, sino solamente la hierba alta y el ramaje esparcido, que a los desesperados el río de la noche los alumbra, pero sólo si bañan sin miedo su dolor.

III

El aviador no es como el pájaro.

El aviador qué sabe de este limo, por ejemplo.
De estas piedras azules bajo el árbol.

Qué sabe el aviador de estas raíces.
De estas ramas podridas, de estas hojas mojadas:

tan suaves y gustosas.

V

Lazos sagrados como raíces, redes invisibles.

La escritura de la primavera vierte su tinta de color una vez más sobre el lecho oscuro, enfebrecido, del animal solitario.

Nunca lo salva, pero le dice con qué ropa partir.

*UNA OSCURIDAD BRILLANDO
EN LA CLARIDAD QUE LA CLARIDAD
NO LOGRA COMPRENDER*
CARLOS FONSECA GRIGSBY
(2007)

XX Premio Fundación Loewe
Joven Creación

II

Algo se agita en mi pecho con forma de un leviatán ojeroso; es la pantera —la noche— que entra por el cielo de mis pupilas a devorar mi ceguera; o un animal-soneto de cien versos que vaga y aterroriza en la selva de la literatura. Brincando sobre su propio cuerpo, un joven ve a su sombra reír-y-reír-y-reír-y sembrar luz como si fuera un lirio acuclillado en algún jardín del sol. Ya la soledad de un hombre se volvió una mujer que tuvo que prostituirse. Ya el crepúsculo muestra sus enfermedades y sus luminosas cicatrices.

Y yo me canso de ser hombre. De la realidad y sus monstruos. Del corazón que saca sus patas de mi pecho y se mece en su columpio. De la poesía que aún no existe pero que ya escriben mis manos con versos de silencio en el aire cuando camino. De la sombra de nadie que me encarna y habla a través de Mí y a través de Mí se queda escribiendo versos en las empañadas ventanas del olvido, como:

«El lenguaje del dolor es las sonrisas»,
«La noche es un gigante monumento a tu mirada»,
«El olvido es la memoria de los inmortales».

Palabras triviales, quebradizas.

Cómo asesinar el dolor sino con dolor. Te ofrezco un puñado de ojos parpadeantes que vuelan como colibríes; unas letras acendradas como una estrella sin fulgor; esa oscura región de la luna que sólo yo conozco; flores raras, extravagantes, que sólo se encuentran en el interior de las mujeres.

De este dolor, quedará su poesía.

Poesía que lucha contra la poesía de otro dolor que se acerca.

(Marzo 2006)

III

DIECISIETE

I

Con el mismo desaliento de una estrella
que de repente pierde su marbete,
mi rostro se apergamina
y se disipa el chorro de la infancia.
La virginidad de mi alma se evapora
para después transformarse en una única lluvia:

Nadie se toma la vida en serio a los diecisiete.

Una supernova es mi corazón.

(Entre el soto de mis ojos anda una pantera
¡Ó simetría perfecta!
es la noche hecha animal
devorándome
bajo la noche de mis ojos.)

II

Nadie se toma la vida en serio a los diecisiete.
Es la edad en que mi risa ya no conmueve al corazón de la
nada
y mi cuerpo aún no es el cadáver de un ahogado que flota en
el río del tiempo—
en que la sonrisa de la muerte aún no muestra sus dientes de
amalgama—
y en mi corazón hay tanta sustancia de sombras
que podría convertirme yo en el obrero de un abismo.

Es que entre tanto silencio agrietado, entre tantos gestos
eléctricos,
a veces pareciera que mi sombra asusta y pajariza al sol
y es una sombra que habla con otras sombras
sobre el tiempo en que ellas dejaron de conmover al corazón
de la nada;
sobre cómo aprendieron la orografía de los cuerpos
y el culto del beso
y el rito del tacto
y el lenguaje de la mirada hambrienta.

(Aaaaah... Sí. También hay días —esto ocurre recientemente—
en que en el momento exacto en que muestra su cuerpo
embalsamado
el alba, me parece que con mis párpados, y bajo mis cejas,
el silencio ha abierto sus ojos).

III

Entro en la noche como entra un nadador en la ola;
y retirado a esa oficina nocturna, sueño.
(Nadie se toma la vida en serio a los diecisiete)

Sin embargo, Hoy,
después del retrato de la soledad
—un columpio que se queda meciendo solo, solo—
y debajo de la palabra vida,
sobre un pedestal que heredó la tiniebla
mi sombra besa las muñecas de la claridad.

El mundo es el sueño que se escapó de mi cráneo
y se desnudó en el río de la materia.

Las cosas ya escriben su poema en Mí.

(Marzo 2006)

PLAYSTATION
CRISTINA PERI ROSSI
(2008)

XXI Premio Fundación Loewe

FIDELIDAD

A los veinte años, en Montevideo, escuchaba a Mina
cantando Margherita de Cocciantè
en la pantalla blanca y negra de la Rai
junto a la mujer que amaba
y me emocionaba

A los cuarenta años escuchaba a Mina
cantando Margherita de Cocciantè
en el reproductor de cassettes
junto a la mujer que amaba,
en Estocolmo,
y me emocionaba

A los sesenta años, escucho a Mina
cantando Margherita de Cocciantè
en Youtube, junto a la mujer a la que amo,
ciudad de Barcelona
y me emociono

Luego dicen que no soy una persona fiel.

ENTREVISTA

La estudiante era de Illinois o algo así
y quería hacerme una entrevista

la universidad le había pagado el viaje

(qué manera de gastar el dinero, en lugar
de destinarlo a enfermeras y hospitales)

le dije que el tema me aburría mucho

¿por qué no me hacía la entrevista sobre otra cosa?

¿Sobre qué? —me preguntó, complaciente.

Sobre números —le dije. Me gusta mucho hablar de
números. Y de animales. Me gusta todavía más hablar de
animales. De osos pardos, de monos, orangutanes y cosas así.

—Tengo que hacerle una entrevista —insistió.
Así son las universidades: tienen ideas fijas.

De modo que empezamos.

—¿Por qué escribe usted?

Esa pregunta me la habían hecho unas dieciocho mil
doscientas treinta y cuatro veces, que es un número largo
y bonito, pero en ese momento no me acordaba de esas
respuestas comodines que quedan bien en las entrevistas.

Como Hemingway, que contestó que escribía porque tuvo una infancia difícil. Conozco miles de personas con una infancia difícil que no escriben. También escuché una vez a una escritora decir que escribía porque su madre era una mujer muy guapa y ella se había sentido muy fea, pero no creo que esa respuesta me sirviera a mí, porque mi madre era muy guapa, yo me había sentido muy fea, pero nunca encontré la menor relación entre eso y escribir un cuento, una novela o un poema. Virginia Woolf escribía para no volverse loca, pero según los médicos, igual se volvió loca, aunque lo más cuerdo que se podía hacer ante el bombardeo de Londres era tirarse al río desde una roca, de modo que le contesté:

—Escribo porque me gusta, aunque a veces no me gusta nada y es lo último que haría en esta vida.

La segunda pregunta era para quién escribía.

También me la habían hecho muchas veces, por lo menos dieciocho multiplicado por mil (el dieciocho me gustaba) y siempre contestaba lo mismo: para que la gente me quiera, pero mi editora me había dicho que era una mala respuesta, porque yo no era nada comercial, de modo que daba la sensación de que tenía un interés muy limitado en que la gente me quisiera. Tampoco podía decir que para ganar dinero, como había dicho una vez William Saroyan, otra Norman Mailer y otra Bukowski, porque lo que ganaba con mis libros no me daba más que para pagar dos meses de alquiler. Conocía a un par de tíos y de tías que escribían para que los invitaran a viajar, a las fiestas del pueblo o a las ferias de libros, pero todo el mundo sabe que no me gusta mucho viajar en clase turista y sin compañía, que es como los invitan, y todavía menos las fiestas de pueblo o las ferias de libros. Así que le dije que escribía para mi editora, pero

en los últimos tiempos, mi editora y yo no nos veíamos para nada, salvo para discutir, porque ella quería que yo escribiera los libros que necesitaba para conservar su empleo de directora de una gran editorial, un best seller, quiero decir, y a mí no se me daban.

Después me preguntó si había tenido dificultades con mi sexo y la literatura, y le contesté que en general había tenido problemas con ambas cosas, pero no juntas, sino por separado. Aunque a veces las había tenido también juntas, como cuando la mujer a la que quería me dijo “No tengo ningún interés en mantener una relación con una escritora famosa” justo en el momento en que yo acababa de ganar un premio y pensaba dedicarle el libro. No fui a la fiesta de entrega del premio, me limité a cobrarlo, y no se lo dediqué.

La última pregunta fue: ¿cree que la literatura sobrevivirá a las nuevas tecnologías? Esa pregunta la había escuchado cientos de veces, con relación al cine y a la televisión, a la televisión y a Internet, sin contar las veces que la había escuchado dicha de la misma manera. Le contesté que dudaba mucho de que yo estuviera presente en el futuro próximo, por lo cual, que cada palo aguantara su vela. Le pareció una respuesta enigmática, dijo, porque no sabía suficiente castellano como para entenderla. Yo tampoco sabía muy bien qué quería decir, pero estaba de acuerdo en que era algo simbólica, llena de velas y de palos, algo un poco freudiano, algo así como el pene y la vagina o la literatura y el falo.

Le recomendé un restaurante barato donde yo suelo comer el menú de mercado; ella se fue para Illinois o donde fuera y yo encendí enseguida la playstation. Había dejado una partida en suspenso.

RECITALES DE POESÍA

Me habían invitado a un festival de poesía
en un pueblucho de gente adinerada
gente con pretensiones
—o sea, gente que no lee poesía—

Pensé que el Ayuntamiento necesitaba
blanquear dinero

dobles facturas de hoteles taxis restaurantes
al treinta por ciento o así

pero yo también necesitaba un poco de dinero
y además el hotel estaba frente al mar

eso era lo que más me importaba

ver el mar desde el hotel

escuchar el mar desde el hotel

y además era invierno

cuando el mar no está infectado infestado de bañistas

En el tren pusieron una película detestable
de modo que me dediqué a mirar
la especulación inmobiliaria

urbanizaciones
pareados
y cosas así

el vagón iba repleto de adolescentes
y adolescentas
que gritaban
por los móviles

de modo que yo no podía estar de malhumor en paz

vi como sepetecientos mil pareados

y ningún árbol

la costa es así
donde había árboles
ahora hay chiringuitos

el mar ya no huele a mar
huele a huevos fritos

El organizador era un tipo amable
creo que se sentía un poco culpable
del aspecto francamente hortera del pueblucho
lleno de suvenires y restaurantes de menú fijo para turistas

La lectura fue en un teatro
entrada gratis
para que la gente no tuviera que pagar
por escucharnos

(seis poetas, yo la única mujer)

después de la lectura se fueron por ahí a cenar y de copas

yo me fui al hotel
tenía ganas de mirar el mar

pero de noche desde la habitación no se veía el mar

sólo podía escucharlo

A lo lejos de vez en cuando veía la luz de un barco

o quizás era un faro lejano

como los que pinta Eduardo Sanz

Pedí un sándwich de jamón y queso

me estiré en la cama

cama grande

cama de hotel de lujo

Sentía un poco de culpa por no estar comiendo y bebiendo
con mis
colegas los poetas

Encendí la luz de afuera y pude ver al gran animal oscuro

que parecía quieto
adormilado
pero roncaba

el mar negro de mis peores pesadillas

A la mañana siguiente después de un succulento desayuno
(venía incluido en el precio que el Ayuntamiento había
pagado)

me despedí del organizador.
Estaba contento

todo había ido bien
bien la lectura
bien los poetas
bien los aplausos
bien la prensa
y los medios de comunicación

El único problema —dijo
era la factura de habitación de los poetas:

habían alquilado películas porno
por televisión

y se fueron sin pagar.

Le dije que no me parecía bien
pero en el fondo me reí

Serían las únicas facturas que no podría
blanquear.

EPITAFIOS

Un editor me pide
que escriba gratis mi epitafio
Prepara un libro con epitafios
de varios autores vivos

—qué idea más macabra
debe de habérsela copiado
a un editor anglosajón—

Seguramente el editor no sabe
que hace veinte días
me atropelló un auto
y estoy postrada
la pierna derecha en alto
una fractura
un hematoma interno
una quemadura de tercer grado

(el auto no me hubiera dado tiempo
a escribir mi epitafio)

Rechazo la idea

pero al cabo de un tiempo me hace gracia

así que le envió un email
con mi epitafio
“Si no pedí que me trajeran
¿por qué me echan?”

IMAGINARIO
JAVIER VELA
(2008)

XXI Premio Fundación Loewe
Joven Creación

LAS APARIENCIAS

Arte poética

Belleza, flor de plástico, olor de lo real,
siempre de mano en mano como una prostituta

de lujo, te persigo detrás de cada imagen,
de cada forma pura, sin alcanzarte nunca.

Nacimos para el éxtasis y el canto.

Somos una excrecencia innecesaria
en torno a nuestro sexo: padecemos
la tiranía de los escaparates.

Pálidos maniqués, ficciones adorables,
qué importa que seáis ciertos, si sois bellos;
jamás tendréis el alma del modelo,
pero tenéis su cuerpo mejorado.

Tu aparición me exalta y me consuela.

Por ti, ninfa intocada, idea hecha de carne,
úlceras de oro líquido en mis ojos
he oído supurar.

Sé que bajo la alquimia de tus máscaras
se hace posible un mundo sin contornos.

Levántate las faldas, putita de mil nombres.
Levántate las faldas para que yo lo vea.

JORDÁN

*Imagen del mar muerto,
sin turistas*

La sal nos purifica:
si sufrimos,
si con resignación disimulamos
la escocedura, el fuego genital,
es por temor a dios; el agua adensa
la fe de los hambrientos y los desposeídos,
la fe de quien se cansa
de esperar.

Como una nieve sucia, la sal nos purifica.

Por el dolor, llegamos a la vida:
por él, una vez más, la abandonamos.

EL HIJO PÓSTUMO

No sé cómo te llamas.

Si tu llanto
de pronto me barniza
las mejillas,
qué nombre te pondré.

Hay una sangre antigua
que retiembla
dentro de mí y es tuya:

la memoria
de haber estado
—cuándo— en tu lugar.

Oh flor innoble que naciera un día
de lluvia subjuntiva,
sin amor,

qué amargo pan me traes.

En ti se encarna el verbo
y se desgaja
de su matriz efímera:
el tiempo, los taxímetros.

Así lloran mis labios, hijo mío.

RECUERDO A MARÍA A.

Sobre un poema de Brecht

Llegaba el cercanías. Los viajeros
tomaban puntualmente los andenes
con anodino gesto de cansancio
vital. La voz de dios, atronadora,
se acaparaba por megafonía.

—Ella surgió de entre la masa informe
como una luminosa holografía.
Su imagen aún golpea en mis retinas
con la insistencia de lo que no vuelve.

Llegó el vagón igual que un basilisco
y la perdí de vista. Los viajeros
subieron enseguida y me dejaron
solo y enceguecido en el andén.
Tardaron aún en irse unos minutos.
Cuando volví a buscarla, ya no estaba.

—Si vino desde el cielo o el infierno,
no importa demasiado: estuvo allí.
Jamás he vuelto a verla desde entonces,
y hoy casi no recuerdo cómo era.
Pero la amé un instante, y eso basta.

BARROCO
JOSÉ LUIS REY
(2009)

XXII Premio Fundación Loewe

LAS GIGANTAS Y LA RESPIRACIÓN

Aparecen de pronto, sonriendo en los árboles.
Arde el mapa de Asia entre sus piernas
y tienen el Talmud tatuado en el hombro.
En sus pechos se esconden las legiones romanas y quién
pudo tocarlas otra vez.
Comen épocas verdes
y saltan chispas de su pelo eléctrico.
No será primavera mientras no se desnuden.
Mucho tiempo viví en su boca amarilla, como encerrado en
una catedral.
Las cúpulas soviéticas me recuerdan sus nalgas.
Llenaban Arizona con sus cuerpos redondos, con su grupa
de hierba,
con sus muslos elásticos.
Y ya nada existía, se apagaba la luz, y luego al pie
de la televisión había nevado.
Viví revoluciones, seguí rutas ardientes: era el fin de la tierra.
Y allí arriba, el castillo. Vampiresas desnudas
se amaban, se estrechaban a oscuras en hondas galerías,
y las llaves de plata sonaban al caer y las placas tectónicas
se movían con cada resfriado.
Ya conoces la moda americana: amar siempre lo grande,
abrazarse a sus piernas y no querer marchar. Morir, último sexo:
los guerreros clavados en las picas.
Pero ellas aparecen otra vez, con peineta, volantes de huracán.
Y meten la nariz en los aparcamientos subterráneos.
Por junio hay fresas en su pelo

y jirafas lentísimas en el fondo del mar.
Ya sabes cómo son: en los viejos armarios, a través de la
niebla de las sábanas,
desde el fondo del mundo,
se escucha ese susurro de sus pies.
Es la invasión del pan en los oídos.
Y los niños que no pueden dormir
piensan en ellas, en el frufrú del bosque
que sale del ropero. Pero ellas se acuestan con los pájaros.
En lo escaparates, en los cines,
en los grandes carteles que flotan en el metro, en este corazón,
en esos autobuses que regresan del mar,
las acecho.
Cada vez que respiro son más grandes.
Cada vez que respiro, cada vez que recuerdo, cada vez
que deseo otra vida,
son más grandes, más fuertes.
Y sus uñas, crujientes como el día,
y su espalda, la nave de los muertos,
pesan ya sobre mí como siglos del sol.
Las acaricio a veces en el baño, en la lluvia que cae sobre el
mundo,
en la lluvia que cae sobre el mundo.
Yo nada sé, nada soy.
Cada vez que respiro piden más.
Se pondrán a charlar en el último día
y saltarán los sellos con sus chismes.
En qué infancia perfecta viviré
al entrar en su sexo para siempre.

INDIGESTIÓN

Si el mar no hubiera entrado por mi boca,
¿qué sería de mí? De noche, las estatuas
dicen pedanterías y el crujido del tiempo en el tejado
es su rara salud.

Entra, mar; entra, mar; oh límpiame mi peso.
La astilla de la luna se ha disuelto en mi boca.
Y cuando esto ocurre
oh cómo necesito el oleaje, ahí, donde la mano
oprime el nacimiento de los soles. Cómo pesa el estómago;
toda Francia golpea por salir.

Oigo siempre sus pasos
en cada restaurante: son los aparecidos.
Son los aparecidos con su rara bandeja, con blanca pajarita
y servilleta en el brazo.
¿Desean algo más? ¿Qué tomarán ahora?
Son los aparecidos que avanzan con linternas
por el túnel de junio y sus pasteles
caen ya como el granizo cayó sobre Sodoma.
Y sus barcas de pesca permanecen flotando:
allí van por los arcos del azúcar.

Me sentó algo mal: fue la luz de la tarde,
el dulce de las ciénagas tal vez.
Largo banquete del estar aquí.
Aquellos que sanaron no lo olvidan.
Oh mi plato de algas, regado con los vinos de la noche.

Por eso vuelven a oscuras, esperando beber
el cáncer llameante de la infancia.
Pero sólo los vivos se envenenan,
tan solamente ellos.
Así mi sangre llena de uvas de Nerón.

La luz
es mi colesterol. Reunión de las brujas
en mi plato de lodo.
Vomita, Macbeth, vomita.
Se detendrá el sonido de la luz.
Los caballos y el musgo romperán las ventanas.

Terribles tiendas típicas que, en mitad de la noche,
permanecen flotando, llenas del gran aceite
que cae por la tarde sobre todos los muebles
a partir de las seis:
cuántas caras oscuras he visto en reuniones, sumergidas
en el aceite fetal, emitiendo burbujas
cuya historia tendrá una Grecia tal vez,
donde las aceitunas aún penden del olivo.
En cuántos sitios así
me he detenido de pronto, en estaciones oscuras, en las
gasolineras
llenas de chocolate y tacones de Gretel.
Y la comida pesaba como las preguntas de Job. Pero además
la luz sonaba entonces al cruzar la vidriera
hecha con envoltorios de las chokolatinas.
Piruletas flotantes, bandera americana de puro caramelo,
y el cielo daba golpes en mi estómago,
deseando salir.

Yo que estaba al principio de todos los banquetes,
yo que apenas comía.
Pobrecito de mí, vegetariano
mordiendo las hojitas de San Juan,
masticando maíz
caído del telar rojo de junio.
Cosas intrascendentes, pero escucha:
todo aquel mes de marzo creciendo trigo en la boca,
aquel herpes de hierba junto al labio, y la cena era pronto,
maquillando una raza, ocultando los gestos de un destino.
También el mar devolverá su ágape.

En la televisión
había siempre un mundo de pan y de piononos.
Al llegar de la escuela la encendíamos
y todo era naranja:
los rostros en la gloria, el coro de los ángeles vendrá
a merendar con nosotros. Tempestad, tempestad en el paté.
Había algo en ti, mi desayuno.
Pero esto fue,
esto fue hace tanto. Ay. Aún hoy vuelvo a oír
a aquel niño invisible que vivía allí a oscuras,
en el desván. Mi madre le llevaba
fruta en sueños, casi nunca podíamos llamarlo.
Yo abría la ventana para ver el futuro.
Mis visiones manchadas por tanta confitura. No desayunaré
ya nunca más,
noche llena de migas,
estrellas que rodáis por esta ropa.

Oh qué antigua la historia de vivir en cabañas,
de amigos que yo tuve y se fueron flotando
agarrados a un trozo de pan con mantequilla.

¿Dónde vais?, les decía, la merienda jamás acabará.
Pero ellos se iban
a las posadas antiguas abiertas bajo el agua,
donde ponen cerveza y el salmón
es culto y transparente.
Escuchadme, ya rugen
los Alpes en mi estómago.

Porque habrá consecuencias.
Sé que tomé hace mucho
algo casi en ruinas,
algo en llamas, los monjes
que se quedan dormidos y aparecen
en el arroz con leche, las abadías sin techo
que resurgen flotando en el café.
Algo fue, algo fue.
Y ahora
vomitaré los huesos, echaré
la infancia por la boca.
Mi alimento será al fin estudiado
por los grandes geógrafos.
Me veréis vomitando estrellas que comí
a los ocho o diez años.
Y toda cicatriz se abrirá y allí dentro
habrá playas, lo supe
cada vez que venía la cuchara.
Será verano en la tierra
y yo, por fin, me quedaré vacío.

MI ESTONIA

Yo sé que mi país ha de crecer
hasta llenar la tierra de tornillos
y lápices gastados.
Y las cáscaras frías, que caían al suelo,
y los cansados huesos,
los neumáticos viejos, los utensilios rotos
tendrán en mi país la fama que merecen:
aquí, mirad el trigo.
Y las blusas a rayas de los niños antiguos,
los adornos mojados en un día de fiesta.
Y serán encontradas estas cosas
por otra arqueología en nuestra sangre,
excavando hacia arriba. Bien sabéis
que nunca conocimos ningún mar.
Las cosas de la vida... ¿Quién se acuerda?
Pero aquí quedaremos: se abrirán nuestras casas
a la experiencia de la luna llena
y en nuestro cuerpo un día resonará ese tacto
de los dedos del aire. Y la mano del rey, llena de anillos,
se deshará en la lluvia: nombres, vidas.
Bello nacionalismo de los que
tan sólo se dedican a dormir.
Aquí estamos, debajo de vosotros.
Y solamente arriba podéis vernos.
La tierra es tan pequeña que una casa
es un pétalo a veces o una muerte muy estrecha.
Yo comprendí que el cielo es diminuto,

sólo un reloj de cuco de donde sale el sol.
Pero los grifos cantan y las ventanas baten.
Y el general dorado entra en el mapa y con su espalda empuja
el techo hasta romperlo. Crece, crece,
mi pequeño país, silencio mío,
donde pies y cabello son fronteras
y el ejército empieza a desertar:
mis células caídas en la nieve, con las botas manchadas
de belleza y de brea. Crece, crece,
mi pequeño país, destierro mío,
que tienes tu bandera, ésta de mayo,
tú que tienes tu idioma, el que los cuerpos
son capaces de hablar hasta sin voz,
mi pequeño país con tu pobre moneda
que no pudo comprar la eternidad,
crece en mí, crece, crece.
Que nadie sepa dónde estás no importa
porque yo sí lo sé. Las estrellas serán
las divisas que gane con mi gloria:
aprended geografía si volvéis.
Porque allí, en el olvido,
bajo la arena de la luz de junio,
encerrado en pirámides, mi cuerpo
despliega nuevas tropas y decreta otras leyes:
la primera, ser libre,
definitivamente ser ya libre.
Y la segunda, poseerlo todo.
Esto nos basta: dominar el mundo
desde una nuez partida.
Mi noche blanca, sí, mi noche blanca
ha de empezar aquí.
Yo buscaré el helecho florecido
y en un huevo de Pascua pintaré

la verdad.

Y los muertos, los buenos ciudadanos,
y el poder de los pájaros, cruzar
el silencio y volver desde la luz,
todo en ti será historia. Crece, crece,
mi escondido país, mi encendido país
donde al fin seré niño.

LOS MAESTROS CANTORES

Cuando al fin se despierten los maestros
y la luna parezca una alemana
bonachona y rechoncha,
cuando los pájaros idos golpeen las paredes del amor
y de tus ojos bajen los niños que se perdieron en la mañana,
cuando los ahogados salgan por los grifos
y las bañeras se llenen de público cuyos zapatos ya no suenan,
cuando lleguen al aire y se abracen y saquen
sus violones y entonces
se pongan sombreritos muy pequeños y verdes
y calcetines del Tirol terrible,
ay entonces, entonces
los maestros cantores ya nunca callarán.

Y hasta ese día, ay,
hasta ese día debéis oírlos gritar,
ensayar en el triste descampado
con sus trombones que escupen pompas de jabón.
Habrá mil años de sed, habrá mil años de olvido.
Cerraréis asustados cada puerta, pero no la niñez.
Y en los establos de la sangre entrará temblando
un coche de bomberos.

Los maestros cantores jamás perdonarán.
Llegarán a través de todas las paredes, sus panderos
atravesando oídos, apartando maleza a golpes de machete
como dicen que Livingstone se paseó en el Congo.

Rompiendo el esternón con su desafinar, a dentelladas, cometas
que llaman con los mismos modales que la tos
o con los golpes brutos
de todas esas quintas sinfonías.
Y la lluvia vendrá detrás de ellos,
los tacones, campanas, los cristales
rotos por una piedra
y todos los nudillos que golpean el cielo.
¿Qué queréis? ¿Nadie abre?

Nadie abre; tan sólo yo,
que me quedé dormido y una vez
oí en la garganta del gigante una historia sencilla,
un suspiro educado, un timbre todo abril
que sonaba tan puro como una suite inglesa.
Y en sus músculos vi las huellas rojas
de los maestros cantores, su pequeña ciudad, sus leyes rotas,
sus calles sumergidas. Y el olor de la música
estalló en esa cueva de Babá.

Bendita burguesía que se esconde
después de dar la lata y nunca más
sabremos quién llamaba. Cuando abrimos ya hay sol
y se han largado todos los cantantes.
Volveremos a oír, volveremos a oír,
nos decimos y aún
cremos que Jonás en la ballena
ni siquiera cantó una nana dulce
ni la canción de moda colonizó Belice.
Sé que hay casas oscuras, donde nada percute salvo el
tiempo,
el tiempo de hulla y su pecado rojo:
sonar aún. Y también

sé que hay sartenes que cuelgan
y son el gong secreto de los aventurados.
Cuando caigan los cuerpos
en la putrefacción de la mañana,
y el óxido de la belleza los desgare y corrompa
y los disuelva para siempre en la luz,
sé que habrá un tarareo, cancioncillas:
oh la Tarara, sí, ay mi Tarara.
Los viejos tocadiscos sonarán otra vez
en esta rotación de los planetas,
girasol de la música que salva.
Que no se callen nunca los maestros
cuya boca fue atada por el polvo.
Que vengan aquí siempre y golpeen sus jarras de cerveza.
Y que se rompa todo otra vez más.
¿Quién va a callarse aquí, quién va a callarse?
Oh cantata del mar, oh catarata que sube por los huesos.
Oh benditos los hombres que sí cantan
golpeando su vaso contra el sol.

LA CIUDAD DE LAS DELICIAS
SERGIO DE COPETE
(2009)

XXII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

LA CIUDAD DE LAS DELICIAS

Joven de diecinueve años y una habitación perdida,
muy pobre, en el centro más antiguo de Barcelona.
Desnudo abre la ventana y así respira
algo del gentío que madruga, de las labores,
del frescor de la mañana y de sus sueños.
Y es que son estas las únicas horas
en que su alma descansa, en que su cuerpo
se entrega al esfuerzo del deporte
y más tarde se sumerge en los textos en griego,
en castellano, en las sabias palabras.

Pero ¡ay! en cambio el anuncio de la tarde,
cuando las horas bajan y reposan y los colores
ceden sus energías a los jóvenes cuerpos.
¡Ay! el sopor del atardecer, tan delicado,
y la conversación distendida en los cafés,
el aroma de las flores, la algarabía de las ramblas.
Qué encantador y pintoresco resulta todo,
qué inofensivo, qué inocente.

Pero el muchacho, aunque extranjero,
conoce Barcelona mejor que muchos.
Sabe que la sonrisa de quince años que la ciudad enseña,
que el leve rubor, que el brillo de sus ojillos,
no son, en absoluto, inocentes, que algo esconden,

y la ciudad, como él, espera impaciente —tiembla de excitación—
los gestos extasiados, los cuerpos entregados que, junto a la noche,
a vicios y placeres se entregan sin reparos.

ATLETA

Nada más hermoso bajo el cielo
que un joven cuerpo fuerte corriendo entre la lluvia
insolente
a través de las sombras de las calles,
siempre e inmutablemente firme,
indiferente ante el invierno o el verano,
sin pararse un solo instante a entretenerse,
hasta alcanzar el destino que lo aguarda,
el pecho jadeante,
las piernas destrozadas,
los cabellos empapados
por el agua congelada y el sudor y extenuación
de su energía.

JOVEN ACTOR COMO ANTINOO

“¡Desgárrate las ropas, injuria a los dioses,
grita, jura, llora y que el teatro lllore contigo,
y serás así digno de llamarte actor!”

Pero el muchacho ni era actor, ni era nada,
y miraba como no sabiendo muy bien
—una mirada deliciosa, por cierto— dónde se encontraba,
qué le imprecaba ese severo hombre histérico,
que en una tarde de verano, en un parque,
lo había encontrado y le había dicho:
“tú serás, sí, tú serás el héroe que necesito”.

Él se limitaba a asentir, como siempre,
—todo aquello le parecía divertidísimo—
y con soltura se había defendido hasta ahora
actuando como el joven, encantador Antinoo.

“¿Pero qué es esto de suicidarse? —dice—
¿Por amor? ¡Menuda tontería! No entiendo nada.
¿Por qué tanto y tantísimo drama innecesario?
Ya encontraré emperadores en otros reinos,
mis líneas y contornos son todo belleza.
En fin, que se desgarre las ropas otro, yo me marchó”.

EN RECUERDO DE DARÍO

Caminando de tanto en tanto llegamos al cementerio
a honrar el recuerdo de nuestro amigo Darío,
de todos los jóvenes de Barcelona el más hermoso él,
el más ideal.

Que venía del sur lo decían sus ojos
y la sal de sus modales y sus miembros,
pero era su elegancia la de un príncipe y su sensualidad extrema.
Pero esto tan sólo lo recordamos nosotros,
pues de él tan sólo permanece esta lápida,
erguida con austeridad cristiana por sus padres, que dice:

*“Aquí descansa nuestro hijo Darío, de 19 años,
lo juramos, Señor, de corazón puro,
que su juventud y nuestros lamentos
lo rediman de sus pecados”.*

Es, sin embargo, aunque hermoso, un epitafio injusto.
Los que le vimos gozar sin miedos y apasionadamente
hubiéramos mencionado algo, alguna cosa,
en nuestro mejor castellano,
sobre sus ojos negros y la luz de las velas.

LAS OLLERÍAS
JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE
(2010)

XXIII Premio Fundación Loewe

UNA FOTO INVERNAL HACIA 1981

Eran los días felices de la celebración.
La luz era muy blanca, aun más blanca
sobre el pinar abierto en el camino.
Escribir era aquello, y yo ya lo sabía,
lo supe justo entonces,
cuando todos brillábamos, esbeltos,
con las sillas de chapa en el lagar
y aquella ceremonia
de camisa de cuadros y gafas de sol grandes,
de hombres y mujeres con los niños recientes
bajo la vista recia, de plomo encarnecido,
de los viejos luciendo cicatrices.
El camarero, entonces, disparó.
Allí estábamos todos, para el resto del tiempo.
Lo supe justo entonces, con sólo cuatro años,
que la vida era aquello, que era ese instante mismo.
Después, año tras año, visita tras visita,
la foto fue cambiando de sitio, hasta de casa,
porque todos morimos y las cosas
han de ir a parar a alguna parte.
(Seguramente fue camino de El Muriano,
quizá un fin de semana hacia el 81:
mi hermano todavía estaba por venir.
El bar, con su explanada,
sorteando la serpiente monte arriba,

era La Virgencita. Quizá hasta éramos otros,
con algo de inconsciencia en el abrazo
y aquella plenitud de insolación).
El marco es lo de menos, pero ahora
forma ya una corteza con la foto,
es más que una adherencia indisociable;
es ya su cuerpo mismo, es su sustancia.
Tus manos, muchas veces,
se pusieron de acuerdo con la foto;
podían casi tenerla sin mirarla,
como una arpista ciega
que supiera tocar todas las notas
de su historia inconclusa.
Pero no había un final para esa imagen.
Unos años después sobrevivió
a un tumulto de muebles, a tu piso vacío
como una biografía escrita al aire libre.

LA CASA AZUL

Al principio vivimos en una casa azul.
Habíamos acotado un territorio
que era del todo nuestro, que incluía
pedir el desayuno en cualquier otro idioma.
Porque ella era mi idioma y su contexto,
mi fonética alzada por un son tropical.
Fue por ella que un día pude escribir:
al principio dormíamos desnudos.
Y era casi una fiebre despertarme
con una religión dentro del cuerpo,
con un vapor rizado bajo el vientre
que nos hizo soñar el calor de unos hijos.
Cómo explicarte bien qué nos pasó.
Puedo decirte
que tú te hubieras puesto de su parte.
Fue por ella que al fin pude cantar
una verdad más grande que yo mismo,
que era debilidad por los temas pequeños
que jamás se confiesan:
igual que aquella vez en Estambul,
con los niños risueños
a los que ella introdujo de la mano
en la casa del rico, pagándoles la cena,
quebrando el orden sucio de un cristal.
Ellos nos regalaron sus pañuelos

de aquel papel violáceo, tierno como el pómulo
limpio de la mujer que no he entendido nunca.
Pero ya estoy contando lo invisible,
mancillando el misterio. Y no creo que le guste.
¿Cómo era aquella casa azul donde estuvimos?
Pudo ser aquel coche, un Renault 5 blanco
encallado en la arena de una noche infinita.
Pudo ser otra noche, con la sierra vibrante,
aquélla en que murió el amigo sensible.
Pudo ser Nicaragua, un teléfono tiembla
cerca de la laguna, entre los cedros machos,
el biquini vaquero que después, en Madrid,
cayó entre las macetas de un vecino secreto.
Pudo ser Montpellier, fue Montpellier
el escenario azul de la cocina,
desayuno en la cama, un bizcocho de fresas,
y cenar con retraso en cualquier restaurante
de aquella plazoleta de Saint Roth.
O pudo ser Ibiza, playa de Figueretes,
con un licor de oro demorado en la loza
y la arquería de muslos bajo el roce más blanco;
o pudo ser Madrid en los meses de guerra,
con ese chaquetón rojo de cuero
que era pura alegría, mientras nos abrazaba
cierto miedo en la calle como una salvación.
Así vivíamos,
y así la conocí: plena como una luz
que casi pareciera inextinguible,
tu casa está donde yo esté,
acabo de leerme tu novela y, de verdad, me encanta,
no pude dejar toda la noche

de recoger tu palpitar del pecho
y esa agitación nerviosa en tus tobillos;
aunque luego la luz se fue apagando
o yo la he ido agotando a bocanadas.
Pero antes, mucho antes, bailábamos descalzos.
Fuimos a muchas bodas, pero nunca a la nuestra.
Ella amaba al bailar.
Ella era danza. Y yo dancé de pronto:
incluso cuando ella estaba lejos,
en otra latitud libertina del mapa,
yo la encontraba entera cada noche bailando.
Qué más puedo contar,
si he tardado en gastarla una vida tras otra
y tengo en la garganta una cama vacía.
Quizá ahora nos amemos
en un mundo que no nos pertenece.

LA CONTRACTURA

La vieja contractura de la espalda
ha vuelto a aparecer,
como un amigo incómodo que un día
nos viera cometer los pecados feroces.
La noto entre las vértebras más altas,
como una garrapata aferrada a mi ánimo,
que es una incisión fina y consciente
sobre cada escalón de mi memoria.

La poesía no debe ser confesional,
porque todos tenemos una historia;
quizá, al menos, no deba ser confesional
únicamente: hay que darle el barniz
de la escritura, travestirla en lenguaje.

Recordar esta vieja contractura en la espalda
es hablar también de mis quince años,
de su primer chasquido como un fósforo ardiendo
sobre el lomo de felpa de un antílope.
Todo era duro en mí, todo diamante.

La poesía ha de ser honesta, la poesía es un artificio,
la poesía ha de ser mentira en su verdad objetiva.

Todo entonces también era muy cierto
hasta ese primer golpe en mitad de los hombros,
ese crujido tosco, su punzada de luz
convertida en incendio al sacudir la tierra
que también era cuerpo, y un temblor de onda corta
para amansar la lumbre de mi espalda creciente.

Detrás de la rotura hubo una sed,
tan delicada y tierna como una amante joven
en su mitad del sueño, el visillo turgente
amasando las horas para enviarlas después
a cualquier otra parte. (Entonces no había tiempo,
porque tiempo era todo lo que el sexo tenía).

La vieja contractura, como entonces y ahora,
reapareció en la noche despierta de un hotel,
en un amanecer sobre el hambre en La Habana
y tras una pelea que resolví con suerte.
Así suele venir, sin avisar,
como todo el dolor de cualquier biografía.

El poema, ¿por qué ha de travestirse? ¿Por qué ha de ser
lenguaje?
¿Por qué no puede ser, hoy nada más, una verdad honrada?

Así ha venido ahora la vieja contractura,
como un recordatorio de la vida.
La he reconocido nada más levantarme
y le he buscado sitio en mi asiento del tren,
le he pedido algo para desayunar
y he tratado al fin de protegerla
al coger las maletas. Y me he puesto a escribirla.

Cuántos poemas caben en el puño de un hombre.
De qué sirve escribir cuanto no cabe en el puño de un
hombre.

Pensando en ella he visto las antiguas lesiones:
las muñecas abiertas, un esguince de agua en los tobillos,
el menisco cansado de golpear el cemento
como un gran paredón de hierba seca.
Y también unas cuantas cicatrices
que a veces me acarician con una suavidad de mariposa.

En ella puedo ver mi única verdad
como una herida antigua que no nos hace daño:
me hace percibir que estoy en casa,
que a pesar de las costras y de las vidas nuevas
nunca me he movido de mi casa.

TRASPLANTE

Tu vida vive en mí. Es una casa abierta
con un recibidor de maderas suaves.
Tu vida late en mí, en la nueva cocina
con el pastel de carne, con los muebles pastel
despejando las vidas hacia el patio interior,
sosteniendo tu voz un bastón muy pequeño
que fue el eje solar de la infancia arcillosa.
Tu vida vive en mí, pero no soy semilla:
sólo el destinatario de tu carta ulterior,
metáfora encarnada bajo los azulejos
con ese tono antiguo de despensa cubierta,
de provisiones secas en los meses de frío.
Quiero encontrar en mí esa hospitalidad,
la del salón cobrizo en el sitio de encuentro,
hule de carbonilla, despertares de amianto
—silicato de sal, alúmina de hierro—
con el gallo fantasma repicando en la luz.
Dame ese viejo cuarzo de su tumba de mina,
aquel sifón granate, la botella más verde
del embudo perplejo, déjame revolver
el telar de tu ropa transparente y ligera.
He buscado en la calle San Antonio de Pádua,
en el San Rafael que vigila la plaza
igual que un arponero de la vida invisible.
He comprado un almendro para verlo crecer.

CANCIÓN EN BLANCO
ÁLVARO GARCÍA
(2011)

XXIV Premio Fundación Loewe

Los dos somos el pájaro
que se posó en el hueco
entre dos mesas
y se asustó por un trozo de miga
como aparece el miedo en la conversación:
amar: abandonar el hábito de un daño.
Algo enlaza este instante y su sentido,
una acumulación de luces vivas,
la simultaneidad de la memoria,
la materia final de lo que insiste.
Una música afuera por la calle
son húngaros que pasan con canciones
con algo de poner mínimamente
a tañer y bailar gotas de luz.
Tocan como si el rostro
fuera una melodía,
o por el sacramento de hacer algo,
como sonó el violín del barco hundido:
música: simulacro de una salvación.
El amor y la música
reordenan el mundo
mientras parece que lo desordenan.
La avenida respira ondas del aire,
cambios donde no hay sitio,
la música incendiada,
el tiempo sin final.
El futuro, sin ser, es armonía
que abre la puerta a ser,
contra el sobrentendido,

contra la paz culpable,
contra el lugar y el tiempo
que son sólo un lugar y sólo un tiempo.

. . .

Quise escapar del tiempo
igual que un astronauta,
incierto, libre, ingrávido,
a punto de asociarme con el éter
y ahora se revela
por qué viniste y vine.
¿Es discreto venir de pronto al mundo?
¿Es discreto morir sin saber?
Ahora somos humanos
y también es humana nuestra sombra.
Así es solar la vida y es la muerte,
que siempre le hacen sitio a lo que arman
alrededor, o dentro, o sin querer.
No se puede ni estar. Todo es conciencia.
Es conciencia sin más. Por qué pararla.
Majestad sigilosa de las plantas,
goteo de lo que no puede saberse,
espirales en una malaquita,
dadnos algún sentido minucioso
igual que a quien comprende sin pensar,
blanco de mar el pacto con el mundo.
Yo comprendo de pronto la gravidez de un
tránsito
mirándolo brillar en esos coches.
Pasan dos disfrazados de una fiesta
y nos despiertan de una breve siesta.
Van andando deprisa

con la sonrisa aún de alguna risa.
La calle de la noche
se detiene a reír con los que ríen.
La máscara sin gesto
otorga, por fugaz, firmeza al transcurrir,
salir purificados como quien va a mirarse
en el cristal entre la noche y dentro
y se queda más vivo
al comprobar que vive y que no vive.
Las luces serpentean
y la avenida no se apaga nunca
en la ciudad con luces que son puntos
que forman una brasa

. . .

Querernos siempre o más: hacia el pasado:
habitar en la infancia uno del otro.
De pequeño, la bola de frontón
en la alberca vacía
era como un billar hundido en luz
con un pájaro muerto en una esquina
y rodaba en la bola el día desplazado,
el vuelo ahogado contra el muro seco,
huella del tiempo que se agrieta, sombras
fijas en cal que aguarda o que recuerda,
el agua en un verdín como constancia
o vida de una mancha en la pared.
El musgo revelaba un terciopelo vivo,
aplazamiento de la historia, vivo
el día en que voló el pájaro muerto.
El tiempo: una insistencia
que late: una constancia como el pulso,

igual que si un latido
pudiese reavivar otro latido.

. . .

Ahora extraño la vida al estar juntos
y ser como dos reyes sin reinado,
una conformidad de anacronía
desplazada de todo
pero no de esta ardiente irrealidad
traída de la sangre
en una fortaleza clausurada,
en el recodo último de un río de la altura
adonde no van pájaros ni nubes.
No fluye aquí otro pulso
que el exacto,
inútil y rotundo de la naturaleza,
igual que un sol que se enaltece a solas,
rumor de los secretos
sin más sentido que su ser secretos,
ser reyes sin reinado
recordados por dos o tres familias
en calles de un exilio
que justifica el reino sin sentido,
esta quimera intacta,
aceptación tenaz
del sueño al que otro orden deja al margen:
pura concentración de lo irreal
en un modo que existe.
Veo una luna diáfana, abombada,
tersa de su postura en fondo oscuro.
Te dejaste las botas y el abrigo

un poco ruso y áspero, casaca de cosaca.
Me entrego en esta luna blanca y suave
igual que quien se sale de la vida.

ATENAS
JUAN VICENTE PIQUERAS
(2012)

XXV Premio Fundación Loewe

MUSEO DE LA ACRÓPOLIS

Una mano de mármol, pero sólo los dedos,
sobre un hombro de mármol sin cabeza.

Un brazo erosionado que nadie tiende a nadie.

Un caballo sin patas.

Un jinete que es sólo sus muslos.

Dionisos a pedazos, recompuesto.

Un toro sin cuernos que está siendo devorado
por un león que no está,
sólo sus garras.

Admiramos lo desaparecido.

Tal vez nuestra cultura nace de estas ausencias,
de lo vacío, de lo que no hay.

También nosotros somos lo que queda
de nosotros,
lo que nos falta,

el hueco que nos cuida.

TEBAS

Es hora de luchar contra nosotros.

Afilad en la espera las espadas
y cubrid los espejos con un lienzo de lino.

Nacidos de los dientes del dragón
que Cadmo sembró un día en esta tierra
que no cultivaremos, será nuestro destino
morir mordiendo, dando dentelladas,
hermanos entre sí,
los padres a sus hijas, los hijos a sus madres.

No importan los saqueos ni el sitio ni la sed.
El peligro peor está en nosotros.

Nosotros, de la estirpe de los hombres sembrados,
seremos segadores y cosecha,
hoz y espigas,
paja a quien pega fuego el que sacó la parva.

Hasta quien nos ataca es nuestro hermano.
Hasta nuestro enemigo es de los nuestros.

Los dioses te odarán si tú te odias.
Moriremos a manos de quien nos ama. Huyamos
sin descanso ni adónde.

Oigo en mi voz entrechocar de lanzas.

LÁGRIMAS DISTINTAS

La poesía es fruto de la guerra,
nos dijo sollozando.

Que donde nace un animal allí tiende a morir.
Que ser eterno y fugaz es una y la misma cosa.

Nos hizo ver que no somos los mismos
que ayer ni que mañana,
que pasado y futuro son un sueño
y que el presente es un puñado de agua.

Nuestros instantes de felicidad
no son sino las chispas de espadas al chocar.

Sobre los hombros de todos los hombres
cae el polvo y las pavesas que despiden
la lucha y el incendio de otros hombres.

Los dioses tienen frío y para calentarse
nos usan como leña de su lumbre,
como cándalos, di, ¿cómo es posible
que quien juega con fuego tenga frío?

El mundo es fénix, sabe renacer
de sus cenizas, breve e infinito,
feliz de ser fugaz.

Nos dijo sollozando que las almas son húmedas
y sin embargo en ellas cabe y canta el desierto.

Que sólo a quien espera puede ocurrirle algo inesperado.

Los perros ladran a quien no conocen.
Los pájaros se lavan con polvo y con ceniza.

Todo lo gobierna el rayo.

Lloró escribiendo lágrimas distintas.

SÚPLICA

Sigue tejiendo, amor, y destejiendo
jerseys y leguas para mi derrota,
bufandas para el viento que me lleva,
el frío de mi fuga
y el invierno que soy. Sigue tejiendo.

Sigue diciendo no
al desaliento y a tus pretendientes.
Y no les digas no, diles mañana,
y mañana también diles mañana.
Lo mismo que yo a ti. Hasta que regrese.

Cuando cansado ya de derroteros,
harto ya de perderme y demorarme
en regazos de magas o en riesgos de sirenas,
regrese a ti, y no sepas
qué hacer con el quehacer de tanta espera
como ahora no sé qué hacer conmigo.

Me he convertido en nadie.

Tendré que regresar a tu regazo,
apoyar mi cabeza donde ahora está el ovillo
que guía mi retorno.

Y cuando llegue a ti ya no sabrás quién soy.
Cuando te abrace abrazarás el aire.

LOS DESENGAÑOS
ANTONIO LUCAS
(2013)

XXVI Premio Fundación Loewe

INTEMPERIE

Ahora que vuelvo al tiempo de estar solo
y duele más la luz que se hace himno en cada objeto.

Ahora que recorro la distancia de mi cuerpo a mi pasado
y algo en ese viaje suena ya desposeído.

Ahora que sabemos que volver no es regresar,
sino un perderse con conciencia de naufragio.

Ahora que no anochece en la noche solamente.

Ahora que mis manos son casa desolada.

Ahora que los parques no allanan desamparos.

Ahora que vivir no es un verbo seguro.

Ahora que la sangre es tan distinta
a la herida de haberla imaginado.

Ahora que no somos los del sueño de haber sido,
aquel caudal de abrazo y fiebre y laberinto.

Ahora que el futuro no admite ser cantado
y es sólo un insistir de días sucesivos.

Ahora que los hombres no valen su misterio
y huyen despojados también de su pobreza.

Ahora que te pienso reverso de mí mismo.

A esta hora en que la vida ya nunca será nuestra
con la misma sed que un día la habitamos,
¿será que nunca merecimos su belleza?

RILKE

Imaginaos la vida como si fuera esto. Exactamente lo que veis y lo que os duele. La misma sombra muda en cada hombre. El hielo. El fulgor de un sueño y su quebranto. El abrir los ojos y educarlos (sin pasión) a no entenderlo todo. Jamás darle a las cosas su significado exacto. Asumir desde el origen ya la muerte. La belleza con que ésta se disculpa. Sólo así la soledad cumple su ciclo y es un alto don irrenunciable. Mi soledad y yo. El color de mi orina. Las rosas feroces. Los deseos. Despertar en la noche con la infancia anegada bajo el portal del párpado y sentir que lo terrible es un momento entre dos nombres. Que todo éxtasis es un desván a destiempo del mundo. Es un rumor de flor que no se pudre. Yo quise escribir con el ansia del que llega a existir demasiado tarde. Escribir por no lastimarme. Por ser transparente. Anticipar mi extrañeza y después confirmarme en ella. Yo, Rainer María Rilke, mitad miseria, mitad maravilla. No saber vivir más allá de mí mismo: ésa fue mi conquista.

ALTURA

Valle de Ordesa

Y a dónde llegaremos cumplida ya la cima.
A qué celeste desperfecto, a qué tejado construído,
hasta qué amarre de cielo.

Para qué las palabras donde el idioma no llega.

Y cómo será lo que nunca se ha visto,
nuestra pureza de hombres,
el embalaje del fuego.

Y cómo será la vida
cuando la luz pierda astucia,
cuando derrumbe su escaso prestigio la noche.

Qué servidumbres habitan del lado inminente del rayo;
tras su costura y su siete, quién nos llama hermanos, quién
deja señal en su estrépito, en qué momento la nieve restaña
como un pueblo aullando, en qué instante es un sol
asesinado, una lenta catedral hecha de huesos y de
agravios... Si vierais esto mismo, la claridad naciendo de
aguas solas... La delicada paz de tanta culpa... Si estuvierais
en la cumbre que pisamos con su silencio alto y su desprecio
urbano, con su humilde economía de certezas...

Qué vértigo. Qué máquinas de llover. Qué gran siglo para el luto. Qué número violento es la montaña.

Aquí nada nos puede ser negado. La altura es lo perpetuo.

Si cojo tu vida entre las manos,
si la inscribo en la roca para oponerla al viento,
verás lo que una cima esconde,
lo que tu nombre acoge, sus miserias.
No el origen de tu vuelo, sino el porqué del impulso.
La levedad de lo inmutable, la resina del olvido,
el ser tan sólo un gesto
en la cosecha lenta de los fríos. Todo eso que conoces
porque eres fruto pleno de tu tiempo. Y te has enamorado.

Hemos llegado arriba dejando en el camino el poliéster de la vida.

Un seísmo de sangre. Un verano invencible. Un esmalte de voces.

Estás en la cumbre a solas, protegido por aquello que negabas.
Por las dudas. Por el sueño. Por el asco. Eso es todo.

El mundo es tránsito y ventana,
algún lance de luz si tienes suerte.
Y demasiadas veces, cuando el afuera parecía domado,
tan sólo la sospecha de una huella que aún no ha sido,
tan sólo un contrapeso del documental del daño.

CHATTERTON
ELENA MEDEL
(2013)

XXVI Premio Fundación Loewe
Joven Creación

MACETA DE HORTENSIAS EN NUESTRA TERRAZA: ASCENSO

Morado o violeta o azul sucio, más
bien: una maceta de plástico negro con una hortensia
que se asoma al balcón. La vida costaba
dieciocho euros y no había
nada que temer. Para la supervivencia compré un
manual
sobre jardinería; bastaba con anotar cuándo
crecer en un tiesto de cerámica, cuándo el pulgón y
cuándo
los esquejes.

Porque toda mujer se casa con su casa,
desde la terraza
mi salón con ropa de domingo:
mesa en el centro, mantel blanco, muchos platos
rebosantes,
mi amor feliz,
sereno,
y en el primer plano de la fotografía
una maceta
de plástico negro con una hortensia
morada o violeta o más bien azul sucio
que se asoma al balcón.

En su sitio el estribillo de los electrodomésticos, el servicio
de dos para cada comida, todavía dos

—él, yo: las plantas cuentan por su cuenta— sentados al
almuerzo,
todavía los designios familiares —flechazo, noviazgo,
aceptación, convivencia: más tarde matrimonio, hijos, nuevos
volúmenes en el álbum de sus casas— todavía sentados
al almuerzo. Todo en su sitio.

Mientras tanto, en la casa, el hombre duerme.
La mujer
no.

MACETA DE HORTENSIAS EN NUESTRA TERRAZA: CAÍDA

Fiel al mecanismo de la época en la que los narradores
omniscientes
habitaban en cada personaje
ensayé la justificación: un balcón lleno de plantas
cultivando su propio idioma.

En él
con él
hablaba. No atendía a los consejos
por teléfono; nunca comprendí
las advertencias de los manuales de jardinería.

Pese a los genes que indicaban mi buena disposición
ante una maceta de hortensias en las peores condiciones,
no conseguí más que unos brazos de plástico negro y unos
pechos como
hortensias de color morado o violeta o azul sucio
cuando miento y respondo como si algo fuera bien.

Ninguna mujer se casa con sus plantas.

Ante el pulgón, dos únicos remedios: arrojar la planta a la
basura
o cederla a mis mayores. En esta situación

—para el insecticida es tarde—
una madre sabrá cómo actuar.

Mientras tanto, en la casa, la mujer duerme.
El hombre
ya no está.

EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Bienvenido, hueco; bienvenidas,
fechas señaladas, vidas de tres o cuatro
años en cajas
de cartón. Tanto entregué que se marcha conmigo.
Ni un vacío: vidas de tres o cuatro años,
sus siluetas marcando la pared.

Después, allí donde me hablaban
los encajes, allí donde me hablaban, el edificio
y su diccionario —cuánto dejarían escapar— los pintaron
de blanco. Me acusaron del comercio.
Pequeñas cajas, ¿qué pensasteis de mí?

El poema se prende entre una casa y otra
y entre una casa y otra, de esta manera,
se empieza otra vez.

Bienvenida, pródiga:
¿qué pensaron que haría? Me libré
de los templos. Sonreídme, decid
adiós al hueco: dadnos hoy
la boca que sople y apague el volcán.

CANCIÓN DE LOS ADULTOS CON RESPONSABILIDADES

De las bocas abiertas, de los cuerpos pequeños: todo
cuanto sabíamos.
Hurgaban en el cubo y en su eco, a veces los gusanos; sin
cebos para el ocio
familiar, todo lo conocíamos. Rugoso y mojado en el tacto
de otro el tacto
de las yemas de los dedos, te despertaba el asco y a la vez te
despertaba
la sensación de conocer la piel que ahora descubres.

Ahora descubres aquello que narraban las leyendas: a
nuestra edad
y con nuestras obligaciones caminamos al río para asumir
las escrituras. Honrabas sin saberlo los rituales de una
generación
tras otra generación. Hurgaban todos en el cubo, y los
gusanos
se arrojaban al agua para que lo tuvieras todo:

para que lo tuvieras todo se sacrificarían los animales,
carne para la carne de alimento. Recogidos por las manos
fuertes:
los otros para ti. Te han preparado los domingos y te han
espabilado
con dulzura para que apenas notaras el contraste.
Tu mullido aterrizaje: te comerás el mundo.

Te comerás el mundo, bostezarás, te desperezarías:
alguien limpiaba para ti la piel hermosa del pescado.
Está escrito, está escrito: estaba escrito. Te despertaba el
miedo y a la vez
te despertaba —de acuerdo, muchachos y muchachas ya
sin sueño—
la conciencia de saber que todo se torcerá y que te tratarán
bien,

y te tratarán bien aunque en la mesa falten los cuchillos,
aunque se deslicen los gusanos sobre tu chaqueta y los
zapatos.

Quedémonos aquí, aquí, aquí, velando por el ocio familiar,
cebos ya por fin amontonados unos contra otros,
dispuestos para
la mañana de la fiesta. En el fondo habláis de mí,

habláis de mí, de lo que poseíamos: ¿es préstamo o herencia?
Todo lo sabíamos, todo lo tendríamos, todo lo que se espera:
asumir a estas alturas el tacto de otro en el tacto nuestro,
mismo,
el sonido que despierta del sueño —aunque te falte—,
la fea ceremonia de los cuerpos pequeños, de las bocas
abiertas.

LOS ESPEJOS COMUNICANTES

OSCAR HAHN

(2014)

XXVII Premio Fundación Loewe

DESNUDO BAJANDO UNA ESCALERA

Este es el traje
con el que el alma cubre
sus vergüenzas
el traje
que un día se convierte
en polvo
 en sombra
 en nada
y deja el alma a la intemperie
sin manos con que taparse
las partes pudendas
Entonces en algún closet por ahí
en algún colgador cuelga el alma
en la
 más triste
 desnudez

TRANSFORMERS

De pronto
mis brazos surgen
de tus brazos
mis piernas
de tus piernas
mis ojos
de tus ojos

Nos transformamos
en automóvil
con vidrios polarizados
y asientos reclinables
pero sin frenos

Hundidos
el uno en el otro
ahora somos
la bestia
de dos espaldas:
transformers
con lenguas
que se multiplican
y armas de fuego
que combaten
entre ellas

y se acoplan
Hasta que el orgasmo
nos separe

LA SUPREMA SOLEDAD

A don Miguel de Unamuno

Tres mil
personas murieron
en el atentado a las Torres Gemelas
Más de cien mil en la guerra de Irak
Doscientas mil
en el tsunami de Indonesia
Y aún así
no existe la muerte colectiva
No partimos al unísono
No compartimos la muerte con nadie
Cada una de las víctimas
que se desintegraron en Hiroshima
murió su propia muerte
Todos esos difuntos multitudinarios
no están menos desvalidos
que el vagabundo que expiró
debajo de un puente
acompañado sólo
por el rumor del río

LOS ESPEJOS COMUNICANTES

¿Con quien se comunican los espejos
comunicantes?

¿Con qué interlocutor inconcebible?
¿Con qué figura cautiva en el azogue?

De lo que hablan no sabemos nada
De lo que piensan lo ignoramos todo

A veces
cuando me veo reflejado
en un espejo de medio cuerpo
tengo miedo de que me succione
de la cintura para arriba
Mi otra mitad
de la cintura para abajo
saldría huyendo
como un grotesco enano

Anoche
vi que alguien del otro lado
del espejo había escrito:

«El día llegará»

Entonces oí la voz
del cristal que me decía:

Y las imágenes almacenadas
adentro de los espejos
serán vaciadas en la realidad:
sujetos lavándose los dientes
mujeres maquillándose y peinándose
señoras ajustándose el corset
caballeros arreglándose la corbata
jóvenes afeitándose
quinceañeras probándose
el primer sostén
gente mirándose desnuda

Y agregó con tono solemne:

Todos los reflejos de personas
y animales emergerán de los espejos
e invadirán aldeas y ciudades

Será el día de la confusión universal
el día en que nadie podrá distinguir
entre los objetos y sus íconos
entre los seres vivos y su imagen
entre los nombres y las cosas

Y después será el fin del mundo

Así habló el espejo comunicante
y estalló en mil pedazos

CONTRATONO
MARÍA GÓMEZ LARA
(2014)

XXVII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

MUDANZA

*Rara vez nos asiste
en las tareas pesadas
como mover los muebles,
cargar las maletas,
o recorrer caminos con zapatos apretados*

WISLAWA SZYMBORSKA, "Algo sobre el alma"

Dice Szymborska que al alma
le aburren los trasteos
no corre armarios
no empuja cajas

Ojalá sea esta vez la rara vez

Ahora
que moví ciudades
y libros
y maletas

y atravesé la tierra
cargada de equipaje

y llegué a este país de extranjeros

no estaría demás
un alma

que me echara una mano
llevando algunas cosas

Mi alma
 si la tengo
 si la tuve

está perdida en estos huesos torpes
que no levantan
ni una mesa ni una silla

está atascada en este cuerpo enclenque y distraído

que poco sabe
 poco entiende
 poco carga

y hasta se lleva a sí mismo a duras penas:

un día
por ejemplo
le sobran las manos
no ve dónde ponerlas

otro
en cambio
tiene unos pies
que se despiertan
extraños a la tierra

se creen alas
pero no vuelan
lo intentan y tropiezan

y al otro
la espalda se le tuerce
aunque no lleve nada
quizás le pesa el aire

tal vez en esos días
el alma se aparece:

le endereza la espalda
le entrelaza las manos
le empuja los pies para que avancen

Convendría
entonces
mudarme
un día de esos

(no antes
ni después)

cuando pueda caminar
con los zapatos apretados

EMILY DICKINSON

Nací el mismo día que Emily Dickinson
casi dos siglos después
y las cosas han cambiado un poco
desde entonces

no tuve
su entereza ante el dolor
ni su oído sutil para las revelaciones

vivo en un edificio alto
donde no llegan los pájaros
sólo un ruido de sirenas
que no canta

es una ciudad inmensa
aquí todos somos Nadie
pero no hemos aprendido
a guardar el secreto:

al caminar regamos
nuestra nada en las esquinas

Nací con la piel oscura
en un país del trópico
y vine a buscarla a este estruendo

tan lejano de su voz
que se enredaba en las praderas

la imagino callando en los ladrillos
veo sus manuscritos de letras apretadas

como ramas de tinta negra
que se quiebran
en cualquier envoltura
en la lista de mercado
y se enlazan otra vez
para inventar el mundo

Nací un diez de diciembre como ella
y no traje ese silencio

sin embargo

gracias al conjuro
de repetir sus versos
mientras cambian los semáforos

estoy a flote

todavía

algo nos cantaba
en contratono

que esta vez huir
sería quedarse

AHORA A TIEMPO

iba a llorar por él y por mí y por todos los que andamos
perdidos sin retorno
pero esta vez no me quiebro estoy a tiempo
esta vez ya sé y aún no es tarde aunque parezca que él va a
correr que no está que nunca estuvo que sus pasos son
huellas que se ha ido que no puede quedarse
porque no porque no porque no quiere

aunque sí quiera aunque a veces me lo diga y me mire de
cierta manera
como si yo cargara el mundo para ayudarlo por un rato con
su peso con su propia sombra

como si yo fuera también un poco tonta como la otra vez
como antes con el otro él que no era él pero el mismo
sentido de estar huyendo perpetuamente huir como
quien se queda y no hay quien pueda perseguir atajar
rastrear semejante voluntad de fuga

vuelvo a él que me mira a veces como el otro él como si yo
fuera un poco tonta otra vez retrocediendo sin haber
aprendido nada de la última caída de tener que
derrumbarme y rearmarme con cenizas y gritar y
buscarme entre la nada y reconstruirme como pude
mientras el tiempo afuera no pasaba
como si yo fuera otra vez a suspenderme para querer
quedarme en sus brazos para siempre

pero pero pero

aquí hay un pero y tres y cuatro aquí me salvo porque esta vez aunque no parezca aunque quiera llorar por él y por mí y por todos los que andamos perdidos sin retorno esta vez

no me quiebro no me engaño estoy alerta que se vaya y no vuelva nunca más

que se vaya que se vaya antes de romperme esta vez no me rompo que se vaya si la historia es igual y ya sabemos algo se aprende de los golpes ya sabemos desde antes que no va a abrir la puerta no me va a dejar llegar

despegue
VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ
(2015)

XXVIII Premio Fundación Loewe

[SANTA MARÍA]

sin media luz donde caerse muerto
tirado en esta playa
como el cangrejo que no tuvo suerte
y el niño perdonó

compadeces a la piedra que te guiña un ojo
su fresca militancia
y la bicicleta cargada de caracoles
te cruza entre las muelas

la arena en las cesuras
hace que las claves no estén en tiempo
el mundo es una güira pintada como quiera

para la discreción de los turistas
nadie te contó antes
lo que se aprende si sales del agua

VUELO

10

no basta con la huella
se precisa el error
bracear fuera de cámara
no esperes que el miedo te dé una mano

requeridos la altura
remontar turbulencias
no creer más en ti estar atento
cada instante toda una noche en claro

hincar una familia vertical
al encanto del sitio
esto como el amor no se hace solo

aunque el después se ausente como el antes
eres raíz con miedo
deseo y algo más

[PASEO DEL PRADO]

este país se nos fue de los pies
y tomó otro camino
con su densa rutina
que ni una rumba puede alebrestar

mulatas legendarias
abanican la espera maduras de calor
y chinos hacen cola sonrientes
a las puertas de nada

país de reggaetón doble moneda
estridencia ideológica
donde lo único decente es el sol

país alzado en ruinas triangulares
sin aire en la escalera
que ya no queda aquí ni regresa contigo

EL COLOR DE LA GRANADA
CARLA BADILLO CORONADO
(2015)

XXVIII Premio Fundación Loewe
Joven Creación

La vida es un terreno salvaje
¡Acostúmbrate!
Serás dueño de tu circo
pero nunca faltarán payasos
que intenten matarte.

CANTO I

Quien ahora escribe sobre esta página
pretende interpretarme
volverme a la vida a través de estos poemas
Pero soy yo, Sayat Nova, maestro de los cantares
quien dirige sus manos, la cadencia de las palabras
la exactitud del verso.
Alguien me escucha tocar el laúd y se conmueve
Sus dedos, mensajeros entre dos mundos conectados
por la belleza y el horror, benditos sean.
Quien ahora escribe sobre esta página
traduce el canto de mi infinita soledad
y se refugia en ella como un mendigo.
Mi voz, en efecto, proviene de la eternidad
morada donde habitan los verdaderos poetas
criaturas inmoladas por su capacidad de soñar
artesanos del gozo y del dolor
sobrevivientes de un tiempo que jamás fue suyo
ángeles ebrios de placer, santos de nadie
alquimistas / bufones / demiurgos.
Ustedes —dueños de todo lo que no sé nombrar—
benditos sean.

CANTO V

Escribir
romper las paredes del tiempo
revelar palabras de otros siglos
y sin embargo
seguir usando el mismo lenguaje
de quien no se cansa de buscar
en todas las noches
en todos los cuerpos
en todos los rostros
una sola calle
por la que regresar a nosotros mismos
ese: el verdadero idioma.

CANTO VIII

La palabra *límite* me genera sospecha porque encierra jerarquía
la palabra *jerarquía* me genera sospecha porque encierra poder
la palabra *poder* me genera sospecha porque encierra ambición
pero también la *palabra* me genera sospecha
porque ella encierra todas las descripciones a la vez
por eso me fío del silencio y de su capacidad de albergar
los mayores misterios del universo
¿Acaso las melodías no conjugan espacios vacíos
respiros necesarios de la creación?

LA LENGUA DE LOS OTROS
JOSÉ RAMÓN RIPOLL
(2016)

XXIX Premio Fundación Loewe

(Quién es mi cicatriz)

BAJAN las nubes negras
a la llanura de mi pensamiento,
celajes que presagian silencios y vacíos:
grietas en la memoria que duelen y supuran
el mercurio oxidado de un espejo.

Duelen sin saber cuándo,
qué señal o motivo,
qué navaja
horadaron su fosa.

En ellas me refugio sin saber quién me espera,
en qué lengua he de hablarme,
quién es mi cicatriz
y quién mi herida.

(La casa vacía)

NO habita nadie bajo el techo de esta casa vacía,
ni el zumbido de las palabras
que brotaran de la complicidad
con el miedo y la noche
resuena entre sus muros.
No queda ni el perfume de las rosas
que vagaba en el aire
invitándome a un sueño envenenado
por la sustancia misma de la flor.
Ni siquiera la punzada monótona
de la noche y el miedo
contra mi corazón
vuelve a latir ahora.

¿Dónde la voz intrusa
que me llamaba en el relámpago
desde un rincón sin nadie?
¿No vibra su incisivo filamento
ni en la memoria de su eco?
¿Quién clama en el silencio a las palabras
para tapar el hueco de la muerte?
¿Quién es muerte o palabra
en esta casa del vacío?
Me adentro en la penumbra
de las habitaciones
mientras tanteo la nada,
buscando un roce en la materia,

un tropiezo carnal,
un rostro antiguo,
una señal que me confirme
en las ruinas del recuerdo.

Solo un espacio huérfano me envuelve
en la oquedad de mi propia figura,
nieve deshecha entre las manos:
la memoria
vacía
como esta casa.

(Plegaria)

GUÁRDAME de mentar esta palabra,
la que me aprehende,
la que vuela,
aquella que sostiene cuanto nombro
y al nombrarla se esfuma,
arde
y quiebra por dentro.

Revela oh santo que yo no,
evócala en tus labios solo ya,
dila sin turbación
tú que la creas
antes de que yo nazca en este día,
antes de que la nada.

Hosanna en la materia
y en el hueco sombrío
donde me falta
esta palabra tuya
—hosanna, hosanna—,
esta palabra que era mía
antes de ser y de no ser,
esta palabra que has robado
y que te eleva, santo,
que te eleva
por encima del miedo,
más allá de la noche
y del insomnio.

(La lengua de los otros)

QUIERA la noche que este idioma
de herrumbres y murmullos cárdenos,
que en duermevela me musita
la canción de la noche,
no me abandone nunca,
ni me ofrezca desnudo a la otra lengua
bajo el pretexto de la vida.

Quiera el oscuro mar que guarde
en el acuoso intento de mi respiración
el arcaico compás de la tormenta
donde aún naufragan las palabras
que nunca se dirán.

Quiera el errante viento no otorgarles
la forma de otro cuerpo,
ni otra voz que me enuncie,
ni que me represente
más allá de la gruta
donde habito sin nombre,
sin causa y sin materia.

Quiera el verbo del mundo ser el eco
de un eterno silencio que amalgame
el azar y el destino,
la reverberación de un filamento
que vibra en el olvido igual que en la memoria,

punzada monocorde
de un laúd que acompaña la canción de la noche
con la que me resisto a la otra lengua:
la lengua de los otros.

EL FRÍO DE VIVIR
SERGIO GARCÍA ZAMORA
(2016)

XXIX Premio Fundación Loewe
Joven Creación

UNA CASA SIN ÁTICO

I

Amor mío, piensa en las ventajas de vivir en una casa sin ático: jamás vas a caerte al subir la escalerilla; ni van a caerse los niños que gustan de jugar allí; ni tendrás que limpiarlo, aunque sea apenas una vez al año. Imagina el horror de descubrir algunas ratas. No creo que logres soportarlo. Además, de ningún modo las familias se deshacen de las cosas inútiles, solo las dejan en el ático. Un ático nunca sirve para nada, salvo para guardar cadáveres: juguetes rotos, santos de madera, el árbol con los adornos navideños. Cadáveres de la infancia perdida, de la fe perdida, de la felicidad perdida. Y fotos, cientos de fotos en cajas de zapatos.

II

Me encierro en el ático de una casa sin ático. Me encierro a escribir de la vida escondido de la vida. Si preguntan, dirás que salí a caminar un rato. Una excusa verosímil que los amigos perdonan. Una excusa verdadera. Prefiero pasear en invierno para no encontrar a más de dos o tres conocidos. Nada personal. Lo mejor de los misántropos es que nunca celebrarán un congreso. Lo mejor de los misántropos es que

saben reconocerse como un asesino reconoce a otro asesino en esas mesas de un café cualquiera. Si preguntan, dirás que salí a caminar conmigo. Me encierro a escribir. Me encierro a escribir. Me encierro. Qué frío hace en el ático de una casa sin ático.

III

Peor que una casa sin ático es un país sin ático. ¿Dónde queda el ático de un país? ¿En su montaña más alta? ¿En su mente más lúcida? ¿En su mejor líder, en su mejor héroe, en su mejor poeta? ¿O en su hijo más inocente? Desempolvar el ático del país. Atisbar por su ojo de buey la tormenta que se avecina. Peor que una casa sin ático es un país sin ático: un país hecho de sótanos.

POEMA A LA SOLEDAD DE MI MADRE

Viendo la soledad de mi madre vi el rostro venidero de mi propia soledad. Tomaré el próximo tren y viajaré sin aviso. Qué clase de hijo sería, qué clase de hombre sería si después de escribir este poema olvidara ir a visitarla. Quiero grabar su gesto cuando me descubra en el umbral. Quiero grabar su gesto cuando me desconozca; cuando busque en mí al otro, al que era su muchacho. Siento nostalgia por ese encuentro que aún no ha sucedido. Ella preguntará cuánto tiempo ha pasado como si nada supiera, como si en realidad nada supiera. Ante la soledad de mi madre, ¿qué puedo justificar? ¿Volverme un escolar ante el maestro gravísimo? ¿Decir: Estuve enfermo, terriblemente enfermo? Pero la soledad de mi madre nunca pide explicaciones. La soledad de mi madre me acaricia el rostro como se acaricia el rostro de alguien que uno sabe para siempre perdido.

EL BIOMBO DEL MAESTRO AKUTAGAWA

A mi mujer le produce escalofríos
las terribles figuras del biombo
que envió el maestro Akutagawa.
Mientras se desviste tras el biombo
el fuego comienza a cercarnos.
No debería funcionar en el trópico
un objeto así, dice mi mujer, un objeto
arrancado de la tradición que lo nutre.
A este biombo solo lo nutre el Infierno,
respondo al tiempo que la abrazo,
y el Infierno se encuentra en todas partes.

JAULA PARA OSOS

Qué es el poema, sino una jaula para osos.
Debo mantenerla limpia y bien pintada.
Debo alimentar con cuidado al animal;
evitar que otros lo hagan: podrían envenenarlo.
Pocos celebran el arte de respirar a través de los barrotes.
Miro las zarpas y escojo mis palabras.
Qué es el poema, sino una jaula para osos,
un mecanismo para contener la perfección,
un herraje más contra aquello que libre
logra siempre destrozarnos.

LA POLICÍA CELESTE
BEN CLARK
(2017)

XXX Premio Fundación Loewe

CUANDO LLEGUE EL POEMA

Cuando llegue el poema que te quiero
escribir, cuando acuda vivo y joven
a los ojos primero y a las manos
después, sencillamente,
predicando que nada hubo más fácil
que esperarlo, a pesar
de haberlo hecho en un cuarto sin ventanas
durante muchos años, desde siempre.
Cuando llegue y te lea ese poema,
y el poema envejezca y muera solo
como un santo incorrupto y no sepamos
dónde habita: si en ti, si en mí, si vaga
entre los dos igual que una promesa
que no puede cumplirse, cuando llegue
y exija ser, no sé si voy a estar
preparado. Pensarlo me atormenta
tanto como temer que no vendrá,
o que ya vino y no logré acogerlo;
ahora no podré decirte nunca
lo que sólo el poema, aquel poema
que podría llegar como llegaste
tú, de pronto, llenando de palabras
el espacio vacío, lograría
decirte como quiero yo decirte
y que te digo así, mientras espero,
con la urgencia y torpeza con que escriben
todos sus versos los enamorados.

CERES

Para Fabio de la Flor

Admiro a los amigos que hacen pan
y los cuido y protejo con conjuros
inventados, escribo
poemas en su honor y, si se mudan,
vendo mi biblioteca y doblo mal
la ropa y la introduzco
en bolsas de basura y voy con ellos;
a su barrio, a su calle,
a su mismo edificio si es posible,
y así me dan el pan, el pan que han hecho
esta mañana, anoche, ayer, no importa,
tierno siempre, caliente aunque esté frío.
El pan. Y mis amigos me comprenden
y no se espantan, saben que no sé,
que no puedo, que nada
me gustaría más que no tener
que molestarlos siempre con el mismo
cuento; el pan, vuestro pan, me da la vida,
hace que me arrepienta y que me alegre
a la vez del tratado que firmamos
mucho antes de nacer: habrá personas
fecundas que harán pan, que enseñarán
a sus hijos el truco y que no tienen
a cambio que hacer nada.

Y habrá personas huecas como yo,
hijos sin hijos, nombres moribundos,
que a cambio de una pizca de ese amor
tendrán que proteger a los que saben,
cuidarlos siempre, amar a los que saben
y no pedirles nunca lo que es suyo
y agradecer las migas cuando falte
el pan, y ser amigo cuando no
haya nada de nada y sólo queden
palabras sobre el pan, y si eso ocurre
ser abrazo de roca y ser su barca,
porque esa es su tarea, la tarea
de un hombre que no puede y que no sabe,
pero que ama y comprende los milagros.

VIEJOS DIOSES

No me preguntes cómo, pero sé
que los dioses antiguos han llorado
por nosotros. Lo intuyo
en los cantos rodados de los ríos
(dicen que son sus lágrimas)
y también, cuando es tarde,
y salgo a la terraza con los pies
descalzos y la noche
se expande y sopla el viento creo oír...
No sabría decirte, como un eco
que no rebota en nada y que sacude
recuerdos de los árboles
en las plazas sin árboles ni niños.

Un retumbar de voces que se alejan
como un circo extranjero en la distancia:

lamentos pronunciados
en un idioma mucho más antiguo
que las palabras; voces mortecinas
de aquellos viejos dioses
que en su día lloraron por nosotros
y que algunos,
sin ánimo de herir a los felices,
sospechamos que lloran todavía.

ESTRELLAS EN INVIERNO

Esta noche te hablo a ti, padre

LARRY LEVIS

Durante años pensé que las cosas no dichas
llegarían de pronto, confiscando el pasado
e iluminando un sitio que hasta entonces
había sido sombra.

Pero empiezo a entender que la distancia
es demasiado grande,
que todo llegará, de eso no hay duda,
pero será muy tarde cuando llegue.

UN HOGAR FUERA DE MÍ

LUCIANA REIF

(2017)

XXX Premio Fundación Loewe

Joven Creación

Los chicos que nadan en la pileta del barrio
son tiernas gacelas deslizándose veloces,
no podrían ir contra el curso del río,
no podrían despreciarlo.
Los deseo porque no tienen miedo de ser delicados,
sus manos ingresan con suavidad
cuando hacen la brazada
y se terminan desplegando fuera de mi vista.
Ese gesto: el dedo índice estirándose
en su punto máximo, permanece oculto
como un tesoro en el fondo del mar.
A mí me regalan, en cambio,
la flexión del antebrazo como las patas de una garza.
Podrían volar, lo sé,
pero eligen esta pose horizontal,
desplazarse sobre el plano, patinadores de hielo.
Así me gustaría tenerlos en mi cama,
mis muslos abriéndose como ellos abren el agua,
agarrando con sus manos un puñado de gotas,
que enseguida se disuelve, para impulsarse.
Los chicos que nadan se aferran a mí, soy
una especie desconocida en la inmensidad
del océano, la perla brillante y secreta que encuentran
después de hundir su cabeza por debajo
del vapor caliente
hasta el final del andarivel,
cuando se quitan las antiparras y exhalan.

Hombres como mi padre,
mi abuelo,
mis novios,
mis hermanos,
vi sus cabezas llenas de grandes ideas
como un plato de comida que rebalsa,
lustré desde chica esos cráneos,
soy el placebo de tranquilidad
con el que después brillan fuera de casa.

¿Para eso caí en este mundo?

Como bolas de bowling enormes y pesadas,
podría encerar y pulir sus labios,
mi madre pasó la vida entera haciéndolo:
la cabeza de él en altas ceremonias,
la corona de flores tejida por ella
delante de sus jefes,
delante de su maestro,
delante de su propio padre.

Vi la inclinación que tienen estos hombres al afirmar,
el mentón hacia abajo, rozando el cuello, cuando
dicen:

sí, señor.

¿Alguna vez agradecieron el pecho materno,
la comida siempre lista cuando llegan a sus casas?

Estoy cansada de ser la otra del éxito,
estoy cansada de esos hombres,

quiero brillar,
no ser la luna que resplandece
con luz ajena.

Podría arrojar con fuerza una por una sus cabezas,
mis dedos apretando su nariz y su boca,
deslizándose con gracia por el suelo encerado
y pulido de la pista de bowling,
podría verlos estrellarse contra los palos
derribándolos con dolor,
pero manteniendo la sonrisa imperial
de quienes creen —como en una guerra—
que han vencido,
que ahora son mejores que antes,
pero después vuelven hacia mí y los lanzo de nuevo.

Voy construyendo la soledad
como un galope, soy
Juana de Arco,
bella y majestuosa
arriba de mi caballo.
Alrededor mueren
y renacen los hombres,
no es su amor lo que me hace
valiente, es ser quien soy
a pesar de ellos, conservar
en mi centro un corazón
capaz de dar batalla.

Otra vez un chico en mi cama,
es tan dulce su rostro contra la almohada,
parece que no respira o que respira apenas
como un silencio sutil.

Me gusta verlo ensimismado en sus secretos,
tan desnudo que abruma, mientras miro distraída
el techo de mi cuarto, la puerta entreabierta;
afuera el living, la cocina, el baño.

De repente me encuentro imaginando
una posible forma de escapar,
no tengo razón para pensar en eso, pero lo hago:
cientos de mujeres fueron asesinadas
este último año, no entiendo por qué este chico
no habría entonces de meterme un palo
entre las piernas. Pienso en ellas,
esposadas al respaldo de una cama
por sus novios, por sus padres, por sus amantes.
¿Cómo es que alguna vez encontraron consuelo
en sus anchos hombros?

Imagino sus rostros desencajados,
sus muñecas atadas, tensas hasta la sangre.
¿En qué momento su cuarto se convirtió en una prisión
y su novio en el carcelero que entra
sin pedirles permiso en mitad de la noche?

Vuelvo la cara contra mi chico,
él descansa y entredormido me abraza,
la bruma de mis miedos lo tapa.
Su ternura, como una gema,
resplandece en el cuarto.

ÍNDICE

Prólogo 7

GALERÍA DE FANTASMAS

JUAN LUIS PANERO (1988)

Noche de San Juan 19

El último baile 20

La Duse en Piazza Cavour 21

Caballos en la noche 23

SEMÁFOROS, SEMÁFOROS

JAIME SILES (1989)

Semáforos, semáforos 27

Variación barroca sobre un tema de Lucrecio (I y II) 31

Himno a Venus 33

Mayo del 68 34

LA COLECCIONISTA

JUAN PABLO ZAPATER

Eres todas las hembras que me excitan... 37

Pesa el sol en las páginas del libro... 39

Al intentar de nuevo la distancia... 40

Amarte desde un guante... 41

FÓRMULAS PARA CRATILO

BERNARDO SCHIAVETTA (1990)

Espejo del exorcismo 45

Conjunción de opuestos	46
La poesía de los otros	47
<i>Uróboro</i>	48

REPÚBLICA DE VIENTO

AURELIO ASIAIN (1990)

De qué modo se escriben los poemas	51
Artificio	53
Después de todo	54
Dedicatoria	55

LOS OJOS DEL EXTRAÑO

VICENTE GALLEGO (1990)

Mi idea del autor.....	59
La noche de las ciudades	60
In dubio pro reo	61

UNA OCULTA RAZÓN

ÁLVARO VALVERDE (1991)

La sombra dorada	65
Una oculta razón	66
Escrito al alba	69
De un viajero	70

SOMBRAS PARTICULARES

FELIPE BENÍTEZ REYES (1992)

En contra del olvido	73
Noche de San Juan	75
Habitaciones prestadas	76
Aires del XV.....	77

TEORÍA SOLAR

VICENTE VALERO (1992)

II	81
V	82
XXI	83
XXIX	84

HABITACIONES SEPARADAS

LUIS GARCÍA MONTERO (1993)

Nuestra noche	87
Canción de brujería	89
<i>Life vest undeer your Seat</i>	91
Mujeres	93

DONDE ROMPE LA NOCHE

ALEJANDRO DUQUE AMUSCO (1994)

Escritura	97
Ofelia	98
Vicente Aleixandre visita Las Navas del Marqués (1965) ..	99
A una joven atleta	100

ESTADO SÓLIDO

RAFAEL COURTOISIE (1995)

Metales	103
Palabras de la noche	105
Arma blanca	107
Y el fondo	109

ELOGIO A LA MALA YERBA

JOSEFA PARRA (1995)

Cástor y Pólux	113
El soldado y su profecía	114

Primeras tardes en Lesbos	115
Profanaciones	116

TEMPLO SIN DIOSES

CÉSAR SIMÓN (1996)

Qué tiene este silencio	119
Las águilas	120
Algo secreto	121
Conocimiento	122

VIAJE AL FIN DEL INVIERNO

JENARO TALENS (1997)

Retrato de un poeta en Nueva Granada	127
Elogio de la voz	128
El fin del invierno	129
El bulevar de los sueños sin nombre (I y V)	130

PHYSICAL GRAFFITI

JOSÉ EUGENIO SÁNCHEZ (1997)

Probablemente aprendería a quererla si se rociara el cuerpo de bourbon	135
El asalto a las putas (música de Ry Cooder)	136
Descripción de la esposa de un cuadro de Paul Klee	137
Mick Jagger no cantará satisfacción a los 50	138

LA LÁGRIMA DE AHAB

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ (1998)

Anatron	143
Piedra del sueño	146
Bezaquid o Piedra de la serpiente	147

LA NOCHE DE LOS BUEYES

SILVINA LÓPEZ MEDÍN (1998)

La casita de los pisos de hilo	153
La noche de los bueyes	154
Otneimicán	155
Nano a los dieciséis	156

EN LA ESTACIÓN PERPETUA

ANTONIO CABRERA (1999)

La estación perpetua	161
El perdón	162
Lugar de ruiseñores	163
<i>L'illa dels pensaments</i>	164

EL LABORATORIO

BRUNO MESA (1999)

Abū Nuwās	169
Tacto	170
El laboratorio	171
Variación sobre un tema de Edgar Lee Masters	172

PUNTOS DE FUGA

LORENZO OLIVÁN (2000)

Interior	175
Teseo en el laberinto	176
Ciudad de nadie	177
La subida a la torre	179

SANTA DERIVA

VICENTE GALLEGO (2001)

Cántaro	183
---------------	-----

El espíritu de la carne	185
De recogida	187
El barro del prodigio	189

LA MIEL SALVAJE

MIGUEL ÁNGEL VELASCO (2002)

La rosa secreta	193
Resina	195
Albert Hofmann	196
Las garzas	199

FUERA DE MÍ

CARLOS MARZAL (2003)

Fuera de mí	203
Hecho de nada	205
Color	207
Felices los felices	209

EL IDIOMA DE ADÁN

JAVIER CANO (2003)

Árbol genealógico	213
Solo de silencio	214
Aria	215
Lento	216

FUENTE DE MÉDICIS

GUILLERMO CARNERO (2005)

—¿A qué vienes? Tuviste tu verano... ..	221
---	-----

EL JERSEY ROJO

JOAQUÍN PÉREZ AZAUSTRE (2005)

Confesión	227
-----------------	-----

Breve historia del gin-tonic	228
El fotógrafo (I y II)	230
El jersey rojo	232

EROS ES MÁS

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS (2006)

Vltimvs Romanorvm	237
Si me despierto en medio de la noche	238
El reinado de Adriano	240
Gimnasta	241

DÍAS DEL BOSQUE

VICENTE VALERO (2007)

I	245
II	246
III	247
V	248

UNA OSCURIDAD BRILLANDO EN LA CLARIDAD QUE LA CLARIDAD NO LOGRA COMPRENDER

CARLOS FONSECA GRIGSBY (2007)

II	251
III. Diecisiete	253

PLAYSTATION

CRISTINA PERI ROSSI (2008)

Fidelidad	259
Entrevista	260
Recitales de poesía	263
Epitafios	268

IMAGINARIO

JAVIER VELA (2008)

Las apariencias	273
Jordán	275
El hijo póstumo	276
Recuerdo a María A.	277

BARROCO

JOSÉ LUIS REY (2009)

Las gigantas y la respiración	281
Indigestión	283
Mi Estonia	287
Los maestros cantores	290

LA CIUDAD DE LAS DELICIAS

SERGIO DE COPETE (2009)

La ciudad de las delicias	295
Atleta	297
Joven actor como Antinoo	298
En recuerdo de Darío	299

LAS OLLERÍAS

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE (2010)

Una foto invernal hacia 1981	303
La casa azul	305
La contractura.....	308
Trasplante	311

CANCIÓN EN BLANCO

ÁLVARO GARCÍA (2011)

Los dos somos el pájaro.....	315
------------------------------	-----

ATENAS

JUAN VICENTE PIQUERAS (2012)

Museo de la Acrópolis	323
Tebas	324
Lágrimas distintas	326
Súplica	328

LOS DESENGAÑOS

ANTONIO LUCAS (2013)

Intemperie	331
Rilke	333
Noctámbulos	334
Altura	335

CHATTERTON

ELENA MEDEL (2013)

Maceta de hortensias en nuestra terraza: Ascenso	339
Maceta de hortensias en nuestra terraza: Caída	341
Expulsión de los mercaderes del templo	343
Canción de los adultos con responsabilidades.....	344

LOS ESPEJOS COMUNICANTES

OSCAR HAHN (2014)

Desnudo bajando una escalera	349
Transformers	350
La suprema soledad.....	352
Los espejos comunicantes.....	353

CONTRATONO

MARÍA GÓMEZ LARA (2014)

Mudanza	357
---------------	-----

Emily Dickinson	360
Contratono	362
Ahora a tiempo	364

despegue

VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ (2015)	
(Santa María)	369
Vuelo 10	370
Paseo del Prado	371
Casa de Zenaida	372

EL COLOR DE LA GRANADA

CARLA BADILLO CORONADO (2015)	
20	375
Canto I	376
Canto V	377
Canto VIII	378

LA LENGUA DE LOS OTROS

JOSÉ RAMÓN RIPOLL (2016)	
Quién es mi cicatriz	381
La casa vacía	382
Plegaria	384
La lengua de los otros.....	385

EL FRÍO DE VIVIR

SERGIO GARCÍA ZAMORA (2016)	
Una casa sin ático.....	389
Poema a la soledad de mi madre	391
El biombo del maestro Akutagawa	392
Jaula para osos.....	393

BEN CLARK

LA POLICÍA CELESTE (2017)

Cuando llegue el poema	397
Ceres	398
Viejos dioses	400
Estrellas en invierno	401

UN HOGAR FUERA DE MÍ

LUCIANA REIF (2017)

Los chicos que nadan en la pileta del barrio	405
Hombres como mi padre	406
Voy construyendo la soledad	408
Otra vez un chico en mi cama.....	409

Juan Luis Panero
Juan Pablo Zapater
Aurelio Asiain
Álvaro Valverde
Vicente Valero
Alejandro Duque Amusco
Josefa Parra
Jenaro Talens
José María Álvarez
Antonio Cabrera
Lorenzo Oliván
Miguel Ángel Velasco
Javier Cano
Joaquín Pérez Azaustre
Vicente Valero
Cristina Peri Rossi
José Luis Rey
Joaquín Pérez Azaústre
Juan Vicente Piqueras
Elena Medel
María Gómez Lara
Carla Badillo Coronado
Sergio García Zamora
Luciana Reif

Jaime Siles
Bernardo Schiavetta
Vicente Gallego
Felipe Benítez Reyes
Luis García Montero
Rafael Courtoisie
César Simón
José Eugenio Sánchez
Silvina López Medín
Bruno Mesa
Vicente Gallego
Carlos Marzal
Guillermo Carnero
J. A. González Iglesias
Carlos Fonseca Grigsby
Javier Vela
Sergio DeCopete
Álvaro García
Antonio Lucas
Oscar Hahn
Víctor Rodríguez Núñez
José Ramón Ripoll
Ben Clark



 LOEWE
FUNDACIÓN

VISOR POESÍA

